

JAZMIN

Una esposa recuperada

Day Leclaire

Una esposa recuperada

Argumento

Shayne Beaumont se vistió para el baile sabiendo que jamás encontraría a nadie como su ex marido. Habían pasado nueve años desde que su hermano Rafe la obligara a anular su matrimonio con Chaz Mcltyre, y no había vuelto a verlo. Chaz no tenía ni idea de quien le había enviado la invitación, pero enseguida se fijo en una bella mujer enmascarada. Sólo que al final resultó ser Shayne, su ex-esposa.

Los dos deseaban casarse ¿pero perdonaría Chaz alguna vez a Shayne?

PRÓLOGO

Los Beaumont, Forever, Nevada

ELLA BEAUMONT rodó por la cama y miró a su marido. La luna llena bañaba la habitación de una luz plateada y le concedía un tono marfileño a los duros rasgos de Rafe.

¿Estás seguro de que estamos haciendo lo mejor, Rafe? Quizá no debiéramos de interferir.

-Para empezar la razón por la que mi hermana está en esta situación es mi intervención anterior. Me he mantenido al margen durante los últimos nueve años, esperando en contra de toda esperanza a que Shayne encontrara a alguien, pero nunca encontrará a nadie. Ningún hombre conseguirá-conquistar su corazón.

-Excepto Mclntyre -repuso Ella en voz baja.

-Excepto Mclntyre -confirmó Rafe asintiendo.

-¿Y cómo sabes que no está casado? ¿Cómo sabes que accederá a venir?

-He estado observándolo desde que anulé el matrimonio.

Ella se tomó unos instantes para asimilar aquella nueva información antes de decir:

-No puedes jugar a ser Dios, Rafe.

-No estoy jugando a nada -respondió él con un gesto severo-, solo trato de enderezar lo que está torcido. Si sale bien Shayne será feliz por fin.

-¿Y si no sale bien?

-Entonces al menos le habré devuelto la oportunidad que le arrebaté hace años -contestó Rafe apesadumbrado.

Lullabye, Colorado

-¡No puedes estar hablando en serio!

Doña Isabella inclinó la cabeza con un gesto regio y se aferró a su bastón de oro.

-Completamente en serio, McIntyre. Sabes que contacté contigo el mes pasado bajo esa condición, y sin embargo no has hecho nada para cumplirla.

-¿Esperabas que encontrara esposa en solo un mes?

-No -replicó ella con ojos brillantes-, pero ahora espero que la encuentres en una semana.

Aquello era todo. McIntyre caminó a grandes pasos por el despacho tratando de mantener el control, pero era tan difícil como

meter en vereda a un caballo salvaje. No dudaba ni por un instante de que doña Isabella esperara verlo con una novia del brazo, y no importaba ni lo más mínimo que eso fuera lo que él menos deseara en ese momento. Ni importaba que no tuviera ni una sola oportunidad de que una mujer se casara con él en cien kilómetros a la redonda, ni que no tuviera absolutamente nada que ofrecerle a una esposa. Lo único importante era que ella se lo había ordenado, y si no lo hacía le negaría lo que más quería. Forzado a admitir que no tenía otra opción McIntyre actuó del único modo que pudo: se echó a reír.

-Y supongo que no tendrás ninguna candidata, ¿verdad?

Doña Isabella apretó los labios. Según parecía no tenía mucho sentido del humor.

-Me marcho a México dentro de una semana, McIntyre. Si para entonces cumples mis condiciones le daré lo que quiere, si no... -se encogió de hombros-. La elección es suya.

-No, madam, no lo es -replicó él serio-. Si lo fuera no estaríamos teniendo esta discusión.

Entonces sonaron unos golpes en la puerta y Penny, el capataz de Chaz, asomó la cabeza temeroso de molestar a la señora.

-Eh, jefe...

-Creí haberte dicho que...

-Sí, lo sé, lo siento, pero hay aquí un tipo muy raro que quiere verte.

-Disculpa un momento.

Chaz salió al vestíbulo y se enfrentó a algo que creía haber dejado atrás hacía nueve años. Un hombre con traje de bolero engalanado en blanco y dorado, con la camisa llena de lazos y las manos sudorosas y enguantadas, que portaba una bandeja de oro. En el centro de la bandeja había un sobre. Aquel tipo no casaba con el rancho, y los tres eran conscientes de ello.

-Estoy buscando a un tal señor Cassius McIntyre -anunció el hombre.

-Es Chaz, y acabas de encontrarlo.

-Permítame que le ofrezca una invitación especial para el Baile de Cenicienta -dijo entonces el hombre ofreciéndole el sobre de la bandeja.

Chaz trató por todos los medios de no echarse a reír. Y lo consiguió.

-Yo no he solicitado ninguna entrada para el baile.

-No, caballero, pero alguien lo ha hecho en su nombre.

Chaz frunció el ceño y sus ganas de reír se desvanecieron.

-¿Y quién supone usted que ha podido hacer algo tan temerario?

-No sabría decirle, señor.

-Bueno, pues puede llevarse la invitación a... -de pronto se interrumpió, comprendiendo dolorosamente dos hechos irritantes.

El primero que aquello podía proporcionarle exactamente la solución a su problema. Y el segundo que las personas que le proporcionaban esa solución eran precisamente las últimas personas a las que él hubiera deseado ver. El destino, según parecía, había decidido otra cosa.

-Vamos, dile que se lleve eso al infierno -lo alentó Penny.

-Tú vuelve al trabajo, viejo.

Por supuesto el capataz desobedeció. Clavó los talones al suelo y se cruzó de brazos. Chaz suspiró.

-¿Qué ocurriría si rechazara la invitación? -le preguntó al hombre vestido de seda y lazos.

-Me han ordenado que deje aquí el sobre, lo que haga usted después es asunto suyo. Yo no puedo volver, bajo ninguna circunstancia, a casa de los Beaumonts con ella.

-¿Los Beaumonts? -repitió Chaz atento-. ¿Rafe Beaumont?

-Sí, señor.

-¿Y qué ha sido de los Montagues?

-Los ancianos señores Montagues se han retirado. Su hija Ella está ahora casada con el señor Beaumont, y son ellos los que ofrecen el baile.

-Deme el sobre, vamos.

-Inmediatamente, caballero -respondió el hombre asintiendo y extendiendo el brazo tembloroso.

Chaz tomó el sobre y el capataz condujo al hombre de uniforme hasta la puerta principal, donde lo esperaba una limousine.

-¿Qué hay en el sobre? -preguntó Penny suspicaz.

-Una invitación.

-¿Qué clase de invitación?

-Una invitación a muchas cosas.

A volver al pasado, a vengarse... pero lo más importante de todo era que aquella invitación le permitiría cumplir con la exigencia de doña Isabella.

-¿Sí?

-Ya has oído a ese hombre, Penny -respondió Chaz con la vista puesta en el sobre, sintiendo que el aire del cambio comenzara a soplar sobre Rocky Mountains. Era un aire seco y violento que se originaba en el implacable desierto de Forever, Nevada-. Es una invitación para un baile... para una boda. Encuentra a la mujer de tus sueños y cásate. Todo en una sola noche.

-¿Y vas a ir a ese estúpido baile? -preguntó el capataz incrédulo.

-Desde luego, viejo, por supuesto que voy a ir -aseguró Chaz con frialdad-. Y no solo voy a ir, sino que volveré con una esposa.

Residencia Beaumont, Finca La Esperanza, Milagra, Costa Rica.

Shayne miró para arriba, hacia el cielo costarricense. La luna lucía llena sobre su cabeza, blanca y más bella que nunca. Abrió la mano y miró la invitación que había llegado ese mismo día. Reflejaba la luz de la luna, pero además tenía un brillo ardiente que ella recordaba muy bien, un brillo que hablaba de esperanza, de amor... de sueños perdidos.

-¿Por qué me la ha mandado? -preguntó en voz alta.

Por supuesto no hubo respuesta. Tampoco ella esperaba ninguna. No tenía ninguna duda de que era su hermano quien andaba detrás del ofrecimiento. ¿Trataba de incitarla, de sugerirle que tenía que seguir adelante con su vida? Eso ya lo había hecho. Bueno, era cierto, no estaba felizmente casada pero... su profesión era satisfactoria. Y estaba contenta, si no feliz. ¿Que más podía pedir?

Chaz McIntyre.

Aquel nombre acudió de nuevo a su mente con la misma rapidez con que venía haciéndolo nueve imposibles años atrás. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo? ¿Pensaría en ella, en lo que estuvieron a punto de tener, o habría olvidado esa parte de su vida?

Shayne permaneció inmóvil, bajo la blanca luz, con la invitación en la mano. Por fin cerró el puño y elevó el rostro a la luna.

-Lo haré, asistiré el Baile de Cenicienta una vez más.

Aquel baile sería la llave de su futuro. Daría un paso adelante y comenzaría una nueva vida. Dejaría el pasado atrás de una vez por todas. Y nunca más volvería a mirar atrás con arrepentimiento.

CAPÍTULO 1

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

No sé si esta carta llegará algún día a tus manos, ni si sabrás cómo te he buscado durante los dos últimos meses, desde que nos casamos en el Baile de Cenicienta. Pero te he buscado.

Por todas partes.

Los Montagues no han querido darme ninguna información sobre ti, a pesar de enseñarles nuestra licencia de matrimonio. He hablado con Ella. Ella está dolida también, a causa de tu hermano. Es como si te hubieras borrado de la faz de la tierra. Estoy pensando en contratar a un investigador privado para buscarte, pero no sé dónde decirle que busque. Lo único que me dijiste era que vivías en una plantación de café pero, ¿dónde? ¡Maldita sea, no se me ocurrió preguntártelo! Pensé que tendríamos todo el tiempo del mundo para descubrir los detalles de nuestro pasado.

Pero quiero que sepas una cosa, luz de mi vida: lo único que nunca se apagará es lo que siento por ti. Eres mi vida y mi amor, mi única estrella en el oscuro firmamento. Lucha por lo nuestro. Y vuelve a mí.

Hasta ese día vives en mi corazón, en mi Eterno Amor.

Baile de Cenicienta de los Beaumonts, Forever, Nevada.

Chaz McIntyre apoyó un hombro sobre la pared mientras esperaba a que la cola de los invitados avanzara. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? Precisamente en ese lugar, el rincón del Infierno en el que recordaría, sin duda, la peor experiencia de su vida. Sin embargo no se movió. Se quedó quieto como un tonto, esperando a que Rafe Beaumont volviera a atizarle una última vez.

Chaz juró entre dientes. Había pasado años tratando de protegerse del tipo de heridas que Beaumont era especialista en hacerle. Sin embargo una orden irracional de una vieja y arrogante mujer había conseguido llevarlo justo a donde menos deseaba estar.

La fila se movió ligeramente hacia adelante y Chaz pudo ver de lejos al hombre que tanto había disfrutado destrozando su vida. Asombroso. Habían pasado nueve años, y no obstante no había cambiado. ¿Qué habría sido de Shayne? No podía dejar de pensar en ella. ¿Habría cambiado? Tenía que haber cambiado. Ella tenía diecisiete años la última vez que se vieron, no era más que una niña fingiendo ser una mujer. Ya tendría… ¿cuántos?, ¿veintiséis? Casi veintisiete. ¿Asistiría al baile?, ¿sería esa la razón por la que Rafe lo había invitado?

Un estremecimiento helado, penetrante e inexorable, lo consumió. Era una emoción que le resultaba familiar. Ella Montague estaba junto

a Rafe. Muy correcta. Ella Beaumont. La última vez que la vio era una Montague. Rafe había conseguido una esposa mientras le robaba a él la suya. Aquella agria ironía le hizo sonreír.

-Mclntyre -lo saludó Rafe con un gesto serio.

-Beaumont -respondió Chaz sonriendo casi irritado-. Suponía que te encontraría aquí.

-Has venido, no estaba muy seguro de que fueras a venir.

-¿Te importa contarme por qué me has invitado?

Rafe vaciló e inclinó la cabeza señalando un rincón en el que dispondrían de más intimidad. Una vez a solas dijo:

-Pensé que te lo debía.

-¿Y por qué has pensado que me lo debías? -volvió a preguntar Chaz mordaz.

-¿Quieres que lo admita?, ¿es eso? Muy bien. Me entrometí en tu matrimonio, en tu relación con mi hermana. ¿Estás satisfecho?

Aquello hubiera debido de satisfacerle, pero por alguna extraña razón no fue así. Chaz trató de controlar su malhumor, consciente de que sería un error darle rienda suelta. Después sería incapaz de contenerse.

-Solo estabas protegiendo a tu familia, lo comprendo. Probablemente yo habría hecho lo mismo si mi hermana se hubiera ido con un hombre mayor.

-Pero no os fugasteis, os casasteis.

-Bueno... -replicó Chaz incapaz de controlar su ira, sorprendido de ver que aquello aún le afectaba después del tiempo transcurrido-. Tú te encargaste de anular la boda, ¿no es cierto?

-¡Shayne no era más que una niña! Se coló en la fiesta sin que nadie la viera y se enamoró del primer hombre que le sonrió. ¿Qué esperabas que hiciera?

-Que nos dieras una oportunidad.

-¿Cómo? ¿Por qué? -preguntó Rafe lleno de frustración-. Yo tenía que volver a Costa Rica. ¿Esperabas que dejara a mi hermana aquí, abandonada con un hombre al que solo conocía desde hacía unas horas? Tú no eras más que un cowboy errante, sin casa, sin raíces, sin metas. ¿Qué habría ocurrido si hubiera salido mal, si ella me hubiera necesitado?

-¡Era mi mujer, maldita sea! ¿Crees que le hubiera hecho daño?

-¿Y cómo iba yo a saberlo? Dijiste que habías venido al baile por capricho, ni siquiera tenías invitación, te colaste. ¡Podrías haber sido cualquiera! Y tú mismo confesaste que ibas a la deriva.

-Sí, era un vagabundo.

-Nunca permanecías demasiado tiempo en ninguna parte. ¿Qué

clase de vida es ésa para ella?

-Tú no me diste la oportunidad de buscar una casa para ella. Entraste en la habitación del hotel, me golpeaste y te llevaste a mi mujer sin darme siquiera una explicación.

-¡Era mi hermana!

Chaz intercambió una dura mirada con Rafe y logró controlarse a tiempo. Aquello era ridículo. No tenía sentido mantener una disputa a propósito de un suceso ocurrido hacía casi una década. No merecía la pena. Además tenía otros asuntos de los que ocuparse.

-Olvídalo, Beaumont. Ya no importa.

-Está bien -asintió Rafe tras un largo silencio-. Aprecio mucho que hayas venido.

-Claro -respondió Chaz impaciente. No tenía tiempo ni ganas de mantener una charla cortés-. Si me disculpas...

-¿Pero es que no vas a preguntarme por ella? -preguntó Rafe deteniéndolo.

-No -replicó Chaz sin volverse siquiera. -Y entonces, ¿para qué has venido?

En ese instante Ella se les acercó y posó una mano apaciguadora sobre el brazo de su marido.

-Calma, cariño, no irás a enfurecerte, ¿verdad? Esa es una buena pregunta -añadió volviéndose hacia Chaz-. Si no has venido para saber qué ha sido de Shayne, ¿por qué estás aquí?

Chaz se volvió. Interesante. Según parecía los Beaumonts tenían designios ocultos. ¿Pero por qué eso no lo sorprendía? Incapaz de resistirse, Chaz atacó.

-Por la misma razón que el resto de invitados, para encontrar esposa -añadió elevando una ceja-. ¿Alguna objeción?

Rafe apretó los labios. Lástima. Según parecía sí tenía una objeción, pero no iba a decirla.

-No, ninguna. Como no es esta tu primera visita no voy a entretenerte. Estoy seguro de que te acuerdas de dónde está la comida y la bebida.

-Sobre todo las mujeres -sonrió Chaz insolente-. La comida puede esperar.

-En ese caso me temo que no lo sabes todo. El de hoy era un baile de máscaras.

-Sí, lo leí en la invitación. Lo olvidé.

Rafe inclinó la cabeza con un gesto tan regio como el de doña Isabella.

-Encontrarás antifaces en la mesa que hay detrás de ti. Sírvete tú mismo.

Demasiado tenso. Demasiado arrogante. Con demasiado control sobre su mundo y sobre las personas que había en él. Chaz hubiera deseado poder restarle rigidez a su ex cuñado. Pero no se atrevió. Por mucho que le molestara necesitaba a Rafe. O, mejor dicho, necesitaba lo que el baile de Rafe podía proporcionarle a manos llenas: mujeres.

-Muchas gracias, lo haré -contestó Chaz mirando a su anfitrión.

-Ha sido un placer. Que encuentres mujer.

Chaz recogió un antifaz y se dirigió al salón de baile. Y no dejó de maldecirse a sí mismo por el camino. Una extraña y cálida chispa ardía junto al mismo hielo que guardaba su corazón. Hubiera debido de dejarle a Beaumont que le contara qué había sido de Shayne.

Shayne estaba de pie en el balcón mirando para abajo, hacia los invitados. Ya estaba. Aquél sería su último Baile de Cenicienta. Era la última vez que se permitía a sí misma recordar, que permitía que el dolor proyectara su sombra sobre lo que la vida le ofrecía. La última vez que se permitía estar dolida y adormilada cuando hubiera debido de estar viva. Se enfrentaría al futuro una vez transcurrida la noche, cuando el sol naciera a un nuevo día. Dejaría de mirar constantemente hacia atrás.

Observó la cola de invitados. Hacía tiempo que habían acostado a su sobrino Donato, y sin embargo los invitados no dejaban de llegar. Quizá debiera de ofrecerse a recibirlos. Rafe había insistido en que se divirtiera, pero se sentía culpable por dejarles todo el trabajo a él y su cuñada.

Shayne observó a Rafe y frunció el ceño. ¿Con quién estaba hablando? Hubiera jurado que estaba irritado, más que irritado. Tenía lo hombros rígidos, los puños cerrados. ¿Qué diablos lo había alterado? La gente de la cola dio un paso adelante y entonces Sháyne lo vio.

Chaz McIntyre iba en cabeza.

Aquello fue un shock. Shayne escuchó el clamor distante de unos cascabeles y comprendió que estaba temblando, que las cintas de las que colgaban los cascabeles que decoraban su máscara se movían. Se aferró a la balaustrada para evitar caerse y las campanas dejaron de sonar. ¿Cómo podía ser? Después de tantos años su marido había vuelto. Pero, ¿por qué? ¿Por qué precisamente en ese momento, cuando había decidido dejarlo todo atrás? ¿A qué había venido? ¿O hubiera debido de preguntar mejor a por quién? Chaz se acercó a la mesa de las máscaras para invitados y eligió una. Y después entró en la sala de baile.

Una idea cruzó la mente de Shayne tan dolorosa y potente como un puñetazo en la mandíbula. Por fin sus plegarias habían sido

escuchadas, su marido había vuelto. La terrible ironía era que... seguramente no había vuelto por ella.

Por primera vez en años Shayne actuó sin pensar. Tenía el antifaz colgado del brazo. Era una elaborada máscara con cascabeles diminutos que anunciaban su más ligero movimiento, y le cubría casi todo el rostro haciendo imposible que nadie la identificara. Se lo colocó con un sonido urgente de campanas, bajó las escaleras que daban a la sala de baile levantándose las largas faldas y buscó entre la gente a un hombre alto y bien formado, de pelo castaño con mechones dorados, vestido con un traje de etiqueta del Oeste.

Pero tardó siglos en llegar a la pista. Tres personas diferentes requirieron su atención, y Shayne no quiso abandonarlas hasta haber satisfecho sus demandas. Por fin llegó, y vio a Chaz casi de inmediato. Estaba de pie, a un lado, examinando con calma a tres mujeres que lo rodeaban: una rubia, una pelirroja y una morena. Aquello la detuvo.

¿Qué diablos estaba haciendo Chaz? Era imposible que hubiera acudido al baile a buscar una mujer. El pulso se le aceleró. ¿Sería cierto? Shayne se acercó y lo vio sacar a bailar primero a una mujer y luego a otra. Seguía moviéndose con tanta gracia como ella lo recordaba. Sus movimientos eran seguros y poderosos. Un hombre tomó entonces a Shayne del codo.

-Disculpe, ¿querría usted bailar?

-No, gracias.

-Por favor... -sonrió el hombre encantador-. Solo un baile.

¿Qué daño podía hacerle? Ayudaría a un invitado, y además tendría la oportunidad de examinar a Chaz de cerca sin que se diera cuenta.

-Está bien.

-Me llamo Sotherland -añadió el hombre haciéndola girar-. August Sotherland.

-Hola, señor Sotherland. Yo soy Shayne.

-¿Y quieres casarte?

-No, me temo que no.

Aquella respuesta pilló al hombre por sorpresa. No pudo evitar dar un traspiés.

-¿No?

-Lo siento -se disculpó ella-. Mi hermano y su esposa son los anfitriones en el Baile de Cenicienta, yo solo estoy observando. Supongo que debería de habértelo explicado antes.

-¡Lástima! -comentó él recobrando el ritmo del baile-. Bueno, me imagino que un baile no va en contra de las reglas, ¿no?

-De ningún modo.

Shayne miró en dirección a Chaz por encima del hombro de su pareja. La rubia y la pelirroja habían desaparecido, Chaz estaba bailando con la provocativa morena. Iba vestida de Cleopatra con una falda tan estrecha que era inconcebible que pudiera moverse. Quizá fuera ésa la razón por la que encontraba necesario inclinarse por completo sobre Chaz, para que él pudiera arrastrarla por la pista sin tener que mover un pie.

-... pero si tuvieras que buscar un marido, ¿cómo querrías que fuera?

Shayne se esforzó por prestarle atención a August. ¿Cómo querría que fuera? Su vista se desvió de nuevo hacia Chaz.

-Inteligente. Recto. Protector. Honorable.

Su marido había sido todas esas cosas. Al menos con ella. Sotherland sonrió.

-Hasta ahí todo bien.

¿Hasta ahí todo bien? ¿Pero no estaría pensando que...? No, no lo estaba pensando, comprendió Shayne aliviada. Lo sabía por el brillo de sus ojos. August era encantador, de modo que decidió seguirle el juego.

-Ah, pero es que hay más.

-Cuéntame -la alentó él.

-Si estuviera pensando en casarme desearía que mi marido fuera alto, de anchos hombros, castaño con mechones rubios, de intensos ojos azules. ¡Ah, y con una marca en el diente canino izquierdo!

-¡Vaya! Yo no tengo ninguna marca -sonrió demostrándolo.

-¡Dios mío!, pues me temo que no me servirás. August sacudió la cabeza y chasqueó la lengua. -Supongo que eso significa que no estamos hechos el uno para el otro.

-Supongo -respondió ella con un leve suspiro de lástima.

-Pero creo que ese tipo de ahí detrás tiene los ojos de un azul intenso.

-¿En serio? -preguntó ella con un estremecimiento.

-Sí -respondió August maniobrando para acercarse y observar mejor-. Admito que no soy el mejor juez, pero me parece que además es alto. Eso por no mencionar el ancho de sus hombros.

-¡Qué... interesante!

-¿Verdad? -murmuró August-. Es una lástima que tenga mechones grises en lugar de...

-¡No son grises!

-¿Ah, no? -preguntó él inocente-. Ha sido un error. Y ahora, si pudiéramos descubrir si tiene una marca en los dientes... -antes de que Shayne pudiera protestar August se interpuso en el camino de la otra

pareja-. ¡Oh, lo siento! No los había visto -se apresuró a disculparse.

Chaz giró y los miró. Por un instante Shayne se quedó sin aliento, segura de que la había reconocido, segura de que él sentía también el calor y las dulces emociones que electrificaban el aire entre los dos. Pero tras un rápido e impersonal examen Chaz se volvió hacia August.

-No ha sido nada.

-Oiga, ¿es una marca lo que tiene en ese diente?

Chaz apretó la mandíbula y sus ojos brillaron.

-¿Y qué si lo es?

-Que es una increíble coincidencia. ¿No es cierto, querida? -preguntó dirigiéndose a Shayne-. Mechones blancos, ojos azules, dientes con marcas. Es magia.

Chaz dejó de bailar y se cruzó de brazos.

-Amigo, estás empezando a irritarme. Quizá fuera mejor que desaparecieras antes de que te hiciera una marca en el diente yo a ti.

-Tiene razón -contestó August guiñándole un ojo a Shayne y capturando a Cleopatra en un entusiasta abrazo para arrastrarla por la pista.

Shayne buscó algo que decir durante los instantes de silencio que siguieron. Los ojos de Chaz, tras el antifaz, seguían tan penetrantes como los recordaba, y estaban clavados sobre ella. Aquello no contribuía mucho a su habilidad como conversadora.

-¿Te importaría contarme a qué ha venido eso? -preguntó él al fin.

-August solo trataba de ser útil.

-Útil.

-Sí. Él... él me pidió que describiera al hombre con el que me gustaría casarme y... -se encogió de hombros, confesando con dolorosa sinceridad-... te describí a ti.

-¿Por qué?

-Porque me recuerdas a alguien -a alguien del que siempre había creído que era el hombre perfecto. ¿Acaso August había captado sus sentimientos y había decidido ayudar?-. Cuando mi amigo te vio decidió tomar cartas en el asunto.

-¿Estabas tratando de deshacerte de él? ¿Es esa la razón por la que me describiste a mí? -preguntó Chaz frunciendo el ceño.

Shayne observó en Chaz una severidad que nunca antes había notado, una ira apenas controlada.

-No estaba mintiendo, si es a eso a lo que te refieres.

-¿Y por qué me has descrito a mí? No puede ser solo por ese parecido que dices.

-Pensé que éramos compatibles -contestó Shayne con cautela.

-¿Y qué te hizo pensar eso?

Todo. El pasado. La forma en que él le había hecho el amor. El hecho de que estuviera ahí, de pie, delante de ella, después de todos aquellos años.

-Bueno, es un presentimiento.

-Yo no confío en los presentimientos. Ni en los sentimientos.

El frío que salió de él la heló. Aquella respuesta la alarmó más que cualquier otra cosa que él hubiera podido decir. ¿Tanto había cambiado?

-¿Y en qué confías?

-No lo sé. En lo que puedo ver y tocar. Incluso entonces albergo mis dudas.

Lágrimas acudieron a los ojos de Shayne. ¿Habían sido Rafe y ella quienes lo habían transformado así? ¿Eran ellos los responsables de ese frío intenso que acompañaba a cada una de sus palabras?

-¿A qué has venido? -preguntó ella desesperanzada.

-A buscar esposa.

Por un segundo la esperanza volvió a recorrer su cuerpo.

-¿Qué esposa?

-Eso no importa demasiado mientras llegue a un acuerdo con ella.

Shayne se volvió bruscamente, dejando que el aire saliera desesperado de sus pulmones. Le dolía respirar, le dolía parpadear, le dolía pensar.

-¿Qué acuerdo? -volvió ella a preguntar con un hilo de voz.

-Señorita, estamos en medio de una pista de baile. ¿De verdad quieres negociar los términos de un acuerdo matrimonial aquí?

-Podríamos... podríamos bajar a tomar un café -sugirió buscando un calor que oponer a sus primeras y frías palabras-. ¿Te parece bien?

-Claro.

De pronto Shayne estuvo a punto de echarse a reír histérica pensando en lo ridículo de la situación. Su ex marido, si es que se le podía llamar así dado que el matrimonio había sido anulado, quería tomar con ella una taza de café mientras discutían sobre cómo necesitaba él que fuera su esposa. ¿Podía ser más extraña la vida?

Shayne miró en dirección a August y Cleopatra.

-¿Acaso te estoy apartando de alguien?

-No, de nadie -respondió Shayne sintiendo cómo él ponía la mano sobre su espalda.

Ambos abandonaron la pista de baile mientras los cascabeles de la máscara de Shayne tintineaban suavemente. Por alguna razón aquel melódico sonido le inspiró confianza. Era como el anuncio de un cambio y de un despertar espiritual, cosa que le hacía mucha falta.

Chaz le dio un rápido golpecito a una de las cintas adornadas con

cascabeles.

-Con esto no te perderé entre la multitud.

-Es fácil perderse -respondió ella aludiendo al pasado.

-Tranquila, volvería a encontrarte.

-Eso suponiendo que quisieras encontrarme.

-Ah, claro que querría encontrarte -contestó Chaz sonriendo con mirada seria.

Shayne miró hacia la cola de invitados mientras abandonaban la sala de baile. Rafe y Ella ya no estaban. ¿Qué harían si descubrieran que estaba con Chaz? ¿O era ese su plan? ¿Acaso su hermano los había invitado a los dos con la esperanza de propiciar aquel encuentro?

Entraron en el comedor y pasaron por delante de un montón de mesas repletas de todo tipo de delicias, encontrando una discreta mesa libre en un rincón.

-Iré a por el café -dijo Chaz-. ¿Cómo lo quieres?

-Solo y sin azúcar, por favor.

-Una mujer de armas tomar, ¿no es eso? Y yo que creía que eras una de esas aficionadillas al café...

-¿Creíste que me gustaría el cappuccino?

Chaz inclinó la cabeza a un lado mientras la escrutaba.

-Hubiera jurado que tomabas el café con leche. -¿Doble?

-Bueno, uno grande.

-Pues no. Sin espuma -frunció el ceño mientras lo consideraba mejor-. O quizá mejor un café largo.

Chaz alzó las manos y sonrió borrando de su rostro la dureza y dejando que ella vislumbrara al joven que una vez había conocido.

-Bien, yo tomaré un café negro.

-¿Cuanto más negro, mejor? -bromeó ella.

-Sí, de ese que hay que cortarlo con cuchillo y tenedor.

-Así que te gusta fuerte, ¿no? Quizá debieras de probar...

Había estado a punto de sugerirle que pidiera un café de Costa Rica, pero se interrumpió en el último momento. Mencionar ese país hubiera sido como meterse en un callejón sin salida.

-¿Sí?

-Un barista -dijo en su lugar-. El camarero sabrá cuál es el más fuerte.

Para alivio de Shayne Chaz pareció no darle importancia al comentario. No quería que la descubriera. Aún no. No hasta que no hubiera estado más tiempo con él. Quería averiguar qué había ocurrido durante los últimos nueve años, saber si podían recuperar lo que una vez habían compartido.

Era un sueño ridículo, y tan estúpido como temerario. Pero no podía evitarlo. Igual que aquella primera noche, que lo había encontrado atractivo de inmediato, en aquella segunda ocasión se sentía atraída hacia él con la misma fuerza.

-Aquí está. Dos cafés. Negros -afirmó Chaz sentándose frente a ella-. Creo que no nos hemos presentado -añadió ofreciéndole la mano-. Soy Chaz, de Lullabye, Colorado.

No había dicho su apellido. Eso simplificaba las cosas.

-Yo me llamo Marianna.

Era cierto, era su primer nombre. Shayne había comenzado a utilizar su segundo nombre de pila cuando Rafe la rescató de su infernal vida en Florida.

-Marianna. Es bonito. ¿Y por qué has venido?

-Por la misma razón que los demás. Me gustaría encontrar un marido -pero uno muy especial, uno para siempre-. ¿Y tú? -preguntó tratando de no delatar su ansiedad.

-Estoy buscando esposa.

-¿Por qué? ¿Y por qué aquí? -preguntó Shayne sin poder evitarlo.

-Me mandaron una invitación -respondió él encogiéndose de hombros. Rafe.

-¿Has venido solo por eso, porque recibiste una invitación?

-Tengo otra razón -admitió él jugando con la taza-. He comprado un rancho.

De modo que por fin Chaz McIntyre había dejado de vagar por los caminos.

-¿Y ese rancho requiere de una mujer? -Sí.

Aquella respuesta, directa y brutal, sugería que Chaz no tenía ganas de responder a demasiadas preguntas. Mal asunto. Tenía preguntas que hacerle, y muchas. ¿Acaso esperaba aparecer en un baile y conseguir esposa así, sin más? ¿Se conformaría con una cualquiera, con una superficial y poco exigente?

-¿Por qué quieres casarte, Chaz?

Chaz dio un largo sorbo de café como si estuviera pensando cuánto revelar. Shayne sospechó que diría lo menos posible, lo justo para hacerla callar.

-El rancho necesita reparaciones. Yo puedo arreglármelas con la reforma estructural, pero no con el resto.

-¿El resto?

-Es la típica casa de soltero -explicó él apretando los labios-. No hay una mujer en muchos kilómetros a la redonda. La casa necesita un toque femenino.

Shayne lo miró incrédula.

-¿Te casas para que alguien se encargue de coordinar los cojines?

-¡No! -exclamó Chaz dejando la taza de golpe sobre la mesa-. Necesito a alguien que pueda hacer de aquello un ho... -Chaz musitó un tenso oh y miró a otro lado.

-¿Un hogar? -terminó ella la frase por él.

-Sí.

De modo que confesar aquello era ya admitir demasiado. El rubor coloreó los angulosos rasgos de Chaz y la tensión recalcó las duras líneas de su rostro, grabadas allí por algo más que sus treinta y un años. Sin duda habían sido treinta y un difíciles años, llenos de desilusión y de dolor. Su semblante estaba lleno de heridas de ésas que les resultan irresistibles a las mujeres y que en cambio odian ver en sí mismas. Chaz se pasó una mano por el cabello revolviendo los mechones de arriba, dorados a la luz del sol, con los de abajo, castaños.

-Pero supongo que esperas algo más que una simple ama de llaves o una decoradora, ¿no?

-Mucho más.

-¿Y qué estás dispuesto a ofrecer a cambio?

Aquella pregunta no debió de gustarle, porque contestó:

-¿Qué quieres a cambio?

-No es eso lo que te he preguntado. Supongo que ofreces una casa con todas sus comodidades básicas.

-Yo no soy un hombre rico -advirtió él.

-Entonces es una suerte que yo no necesite grandes riquezas, ¿no crees? -respondió ella observándolo con calma.

Chaz le devolvió la mirada. Sin duda sus años de vagabundeo le habían enseñado a calar a las personas rápidamente y con precisión.

-Dejemos lo que yo quiero de lado, Marianna. Tú buscas algo. ¿De qué se trata?

Shayne se quedó pensativa y tan quieta que los cascabeles no hicieron el menor ruido. Chaz deseaba una mujer para crear un hogar. Y ofrecía a cambio comodidades físicas. ¿Pero qué pasaba con los sentimientos? ¿Y con los de él?

-¿Compartiremos la cama?

-Sí.

-¿Esta noche?

-Sí -respondió él sin vacilar.

-¿Y esperas que una mujer se acueste contigo conociéndote tan poco? -preguntó ella curiosa.

-Estaremos casados.

-Así que tú le ofreces tus posesiones materiales y ella te ofrece su

cuerpo y un hogar. ¿Es esa tu idea del matrimonio?

-Si estás buscando algo más te has equivocado de mesa.

-¿Nada de amor, ni de afecto?

-Te trataré bien. Nunca te haré daño, al menos no intencionalmente.

Chaz estaba mintiendo. Lo intuía, se lo decía el instinto. Era un hombre desesperado por encontrar amor, por mucho que lo negara y que luchara por reprimirse. Así que la verdadera cuestión era si... si ella podía ofrecerle ese amor. Aquel era un riesgo mayor que el que había asumido nueve años atrás. En aquel entonces él se había mostrado abierto y despreocupado, deseoso de entregarle su corazón a una mujer, de entregarse a sí mismo por entero. Shayne no podía estar segura de que ese joven siguiera existiendo, de que Chaz volviera a confiar en ella y admitiera el amor de nuevo en su vida una vez que hubiera descubierto su identidad.

-¿Te interesa? -preguntó él en un tono de voz indiferente, como si no le importara demasiado la respuesta.

Sus manos, sin embargo, se aferraban a la taza de café con fuerza, y sus ojos la miraban fijamente. Eso, más que nada, le dio esperanzas. Chaz estaba decidido a ignorar el amor durante el resto de su vida, y no obstante había acudido al Baile de Cenicienta para encontrar a una esposa capaz de crear un hogar para él.

-Sí, me casaré contigo.

-No recuerdo habértelo preguntado.

-¿Quién está jugando ahora? -preguntó Shayne sin darle tiempo a responder-. ¿Quieres casarte conmigo o no?

Chaz hizo una pausa que duró un segundo eterno.

-Está bien, de acuerdo. Pero primero tienes que hacer algo por mí.

-¿Qué?

Chaz se inclinó sobre la mesa con ojos de un azul incandescente y, con un gesto decidido y una pasión controlada, contestó:

-Quitarte la máscara.

CAPÍTULO 2

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

Cuento los días que faltan para verte. Hace casi un año y aún no he podido sacarte de mi cabeza... ni de mi corazón. Tu hermano me ha mandado los papeles de la anulación, pero no me importa lo que digan. Tú siempre serás mi esposa, la mujer que dará a luz a mis hijos, mi Amor Eterno, la persona a la que adoraré hasta el final de mis días. Eres lo más dulce en un mundo a menudo amargo.

He estado trabajando duro durante estos largos meses, ahorrando cada penique. Sé que una de las preocupaciones de tu hermano era que no podía mantenerte. Pero he sido muy inteligente. He invertido mis ahorros y estoy proyectando la casa perfecta para ti. No será mucho para empezar, pero será nuestra.

El baile de Aniversario será dentro de una semana. Es para celebrar el primer Aniversario de aquellos que se casaron en el Baile de la Cenicienta, y aunque nuestro matrimonio fue anulado sé que tú estarás allí y que esta vez, cuando nos convirtamos en marido y mujer, nadie podrá separarnos. Sigue luchando, Shayne. Y vuelve a mí.

Hasta que vuelva a tenerte en mis brazos...

Para sorpresa de Chaz los cascabeles de la máscara de Marianna tintinearon al unísono en una protesta. -¿Quitarme la...?

-La máscara, sí. ¿Algún problema? -Preferiría no hacerlo -admitió ella.

La devastadora sinceridad de aquella respuesta llevó a Chaz a mirarla suspicaz.

-Y eso, ¿por qué?

-¿Qué importa el aspecto que tenga? -preguntó Shayne. Entonces fue ella la que se aferró a la taza con desesperación-. No recuerdo que lo hayas mencionado como condición. Querías a alguien que convirtiera tu casa en un hogar, que estuviera dispuesta a vivir en Colorado, que...

-Que se acostara conmigo...

Era un milagro que Shayne no hubiera derramado el café. ¿Acaso encontraba insoportable la idea de acostarse con él? Chaz acabaría pronto con sus dudas.

-Sí -admitió ella-. Alguien que se acostara contigo.

Chaz se puso en pie y se acercó a ella.

-¿Y no crees que deberíamos de vernos el uno al otro sin las máscaras para asegurarnos de que seremos capaces de soportarnos cada mañana a la hora del desayuno?

Shayne lo miró con ojos negros intensos, con ojos que le hacían recordar cosas que hubiera preferido olvidar.

-¿Y si no te gusta mi aspecto cada cual seguirá su camino?

Chaz juró en silencio. ¿Acaso creía que era tan insensible?

-Yo no he dicho eso.

-Entonces lo importante no es si puedo crear un hogar o no, sino si soy lo suficientemente atractiva para estar contigo en la cama, ¿no es eso?

Chaz se detuvo a su lado y la tomó de las manos.

-Cariño, por si no lo sabías... en cuanto las luces se apagan ya no importa demasiado el aspecto que tenga tu pareja. Lo que importa es si la parte A encaja placenteramente en el hueco B.

La había insultado. No lo había hecho de un modo intencional, simplemente había sido un ataque de brusca franqueza. Chaz quería una esposa. O más bien la necesitaba. Y si había de ser sincero no le importaba lo más mínimo cómo fuera con tal de quedar satisfecho en la cama. Ya había tenido a una belleza. Forzado a tomar una segunda esposa prefería mostrarse más práctico.

Chaz estudió a su presunta futura mujer. Podía ver en ella la intención clara y patente de marcharse en ese mismo instante. Algo, sin embargo, la retenía. Algo que él no acababa de comprender. Lo veía en el delicado perfil de su mandíbula y en el brillo airado y oscuro de sus apasionados ojos marrones. Una sonrisa se esbozó entonces en sus labios, una sonrisa tan femenina y atractiva como la que más. Entonces Chaz comenzó a sentir un calor intenso en su interior, una reacción espontánea como no la había sentido en años.

-Pues si no importa entonces no me quitaré la máscara -afirmó ella-. Tú decides. ¿Estás dispuesto a casarte sin vemos primero?

Chaz juró en silencio y le soltó la mano.

-Me pides algo para lo que hace falta mucha fe.

-Y tú no eres un hombre de fe, ¿verdad?

-En absoluto.

-¿Qué ocurrió? -inquirió ella con una amabilidad que él era incapaz de soportar, una amabilidad que no merecía.

-Perdí a una mujer, hace mucho tiempo.

-Quizá algún día puedas recuperarla.

-Si es eso lo que esperas vas a llevarte una buena decepción -advirtió Chaz irguiéndose como una torre a su lado-. Te estoy ofreciendo una casa y una cama caliente. Lo más cerca que puedes llegar a estar de la fe es confiando en que seré fiel a los juramentos de nuestro contrato matrimonial mientras dure. Nunca te faltará nada que esté en mi poder darte. Lo tomas o lo dejas.

-¿Y no esperas amor?

-Imposible.

Ella frunció los labios como considerando la oferta, formando con ellos un beso a medias que le resultó tremendamente tentador. Si no hubiera pronunciado una palabra justo en ese instante Chaz se habría inclinado sobre ella para probar esos labios rosados y comprobar si sabían a lujuria tal y como aparentaban.

-¿Y por qué iba yo a acceder a esa clase de matrimonio?

-Francamente, no se me ocurre- ni una sola razón -respondió Chaz tomando su taza de café y terminándosela. Luego consideró de nuevo sus palabras y dijo, dejando la taza sobre la mesa con decisión-: Escucha, he venido aquí a buscar esposa. Te he dado mis razones y he sido sincero en cuanto a lo que espero. Brutalmente sincero. Si lo que vendo no te interesa dímelo ahora, aún tengo tiempo de encontrar a otra.

Shayne se puso también en pie y respondió:

-Yo no estoy interesada en buscar otra pareja.

-¿Seguro? -inquirió Chaz observándola deliberadamente, permitiendo que su rostro expresara solo en parte su irritación. Ella lo había presionado al máximo, no estaba dispuesto a dejarse presionar más. Y si se echaba atrás deprisa se daría una vuelta por. el lugar y buscaría otra esposa-. No estoy de humor para juegos.

-Ni yo. De hecho solo tengo una última pregunta.

-¿Cuál?

-¿Qué opinas de los niños?

-Lo primero que he guardado en la maleta eran unos cuantos protectores que me garantizaran que iba a poder evitar esa complicación -respondió Chaz levantando una mano para que ella no lo interrumpiera-. No me opongo a ellos, solo trato de ser sensato. Arreglemos las cosas en nuestro matrimonio antes de mezclar en él a ningún niño.

-¿Pero entonces no descartas la posibilidad en el futuro?

-No -contestó Chaz estudiándola con atención-. ¿Qué opinas tú sobre los niños?

-Me encantan -sonrió ella-. Si no quieres tener ninguno de inmediato me conformaré con adoptar a cualquiera de los hijos de tus empleados hasta que desees tenerlos.

Aquella respuesta ganó la aprobación de Chaz.

-Hay muy pocos pequeños en el rancho en este momento, pero veré qué puedo hacer.

-Me muero de curiosidad.

Chaz torció los labios.

-Y dime, ¿por qué no me sorprende eso?

-No tengo ni la menor idea -bromeó ella.

-Continúa -suspiró Chaz-. Venga, suéltalo. ¿Qué te produce tanta curiosidad?

-Ver cómo vas a decidir si seré capaz o no de transformar tu casa en un hogar. ¿Qué cualidades se necesitan para ser tu mujer?

-Creo que ha llegado el momento de hablar del asunto en privado. Hay un pequeño balcón en un extremo del jardín. Probablemente está fuera de los límites de la fiesta, pero yo estoy deseando arriesgarme -Chaz sacó una mano callosa, de trabajador, y se la tendió con la palma hacia arriba-. ¿Quieres acompañarme?

Shayne se quedó quieta. Recordaba demasiado bien ese balcón. Era el lugar en el que había conocido a Chaz por primera vez. Él había aparecido en el jardín, justo debajo, y, espiándola, había hecho una pobre imitación de Romeo recitando una versión estilo cowboy de Shakespeare. Y después había subido a buscarla ignorando las escaleras de caracol ocultas entre los arbustos y escalando por la balaustrada del balcón de al lado. Un solo vistazo a aquellos ojos azules llenos de felicidad y a aquella sonrisa traviesa y se había perdido para siempre. Chaz había saltado por encima de la barandilla de hierro y había capturado su corazón en el instante mismo de capturar sus labios. Habían hablado durante horas, y habían planeado una vida de ensueño que se había convertido en realidad al dar las campanadas de medianoche y hacerse mutuamente unas promesas que ella aún seguía cumpliendo.

Shayne inclinó la cabeza e ignoró el clamor de protesta de los cascabeles.

-Perfecto.

Chaz le mostró el camino y enseguida encontró las escaleras ocultas. Ella lo precedió sin decir palabra, temerosa de delatarse si hablaba. ¿Se daba cuenta Chaz de que tras las puertas acristaladas del balcón estaba su dormitorio? Por supuesto en ese momento la cama y los muebles estaban cubiertos con sábanas polvorientas. El dormitorio estaba tan dormido como lo había estado ella misma durante todos aquellos años.

-Bien, Marianna, vayamos a los detalles.

Shayne luchó por no reaccionar al oírlo llamarla por ese nombre. Le traía recuerdos de su tía y de Florida, recuerdos que hubiera preferido no tener que resucitar.

-Adelante.

-Ya te he dicho que vivo en un rancho. Es de buen tamaño, lo que significa que me toma mucho tiempo.

-¿Quieres decir que no estás mucho en casa?

-Depende de la estación del año y del trabajo que haya. Solo pretendo decirte que hay temporadas en las cuales estarás más tiempo sola que acompañada. ¿Podrás soportarlo?

-Sí, no será un problema. Cuando tengo tiempo libre me dedico a pintar.

-¿Entonces eres artista?

-Bueno, solo cuando no tengo que ocuparme de la hacienda familiar.

Aquello sorprendió a Chaz.

-Entonces, ¿es que estás familiarizada con ese estilo vida? -preguntó él aliviado-. ¿Conoces su aislamiento?

-Lo conozco, supongo que las tareas de tu rancho serán muy similares a las de la hacienda en la que vivo. Yo puedo llevar las cuentas, tratar con los empleados, hacerme cargo de pagar los salarios y llevar la casa.

-¿Hay algo que no puedas hacer? -preguntó él divertido.

-Bueno... Tengo un fallo muy notable. Pero trataré de solucionarlo. ¿Te vale con eso?

Chaz se cruzó de brazos y frunció el ceño. -¿Y puedes decirme de qué fallo se trata?

-En realidad no -respondió ella sacudiendo la cabeza.

En lugar de irritarlo aquella confesión debió de resultarle divertida. Una amplia sonrisa descubrió la marca de su diente.

-Así que voy a casarme con una mujer enmascarada y que tiene un serio fallo. Esto se pone cada vez más interesante.

-Tenemos mucho que aprender el uno del otro en el transcurso de nuestro matrimonio.

-De modo que te gusta el misterio en las relaciones

-de pronto la sonrisa de Chaz se desvaneció-. Está bien, lo haremos a tu modo.

Durante una décima de segundo Shayne se quedó atónita y en silencio.

-¿Entonces estás de acuerdo?

-Y me doy por advertido. Yo también tengo mis secretos. Si no te molesta que haya cierto misterio entre marido y mujer entonces a mí tampoco.

-Y ese secreto tuyo... ¿es algo ilegal?

-Nada por lo que puedan mandarme a la cárcel -respondió él con los labios apretados, dejándola atónita. -¡Oh, Chaz! -susurró ella acercándose para rozar su brazo, preguntándose qué habría hecho-. ¿De verdad es tan serio tu secreto?

-Bastante serio, mi dama enmascarada. -¿Y lo lamentas?

-No.

La respuesta de Chaz había sido rápida, segura. Suficiente como para que ella tomara una decisión.

-Entonces eso es lo que importa.

-No del todo. Estoy deseando verte sin máscara y aceptar ese defecto que dices que tienes, pero hay un aspecto importante de nuestra relación que debemos explorar antes de comprometernos definitivamente.

-¿Y es ésa la razón por la que me has traído aquí?

-Sí.

-¿Para disponer de intimidad?

-Sí.

Shayne no quiso mostrarse tímida o coqueta, de modo que preguntó:

-¿Te refieres a tener intimidad para hacer el amor?

Chaz no apartó la vista de su mirada directa para contestar:

-Tenemos que estar seguros. El sexo es un aspecto muy importante del matrimonio.

De modo que debían de disfrutar de buen sexo, pero sin emociones. ¿Acaso Chaz no se daba cuenta de lo equivocado que estaba?

-¿Y si no somos compatibles?

-Lo reconsideraremos.

Los cascabeles de la máscara de Shayne resonaron en forma de aviso.

-Estoy nerviosa -confesó ella-, ¿te sorprende?

Los ojos de Chaz parecían negros en la oscuridad de la noche, la luz distante apenas era suficiente para iluminarlos y darles color. Chaz se volvió y se inclinó sobre la barandilla, agarrándose a ella y mirando al cielo estrellado. Shayne vio sus ojos vagar por los jardines y por el terrible paisaje del desierto. La luna llena lo bendecía todo de suavidad, pero las cortantes sombras de la noche resultaban duras e impedían que el paisaje fuera delicado o pastoral. Aquello concordaba con el carácter del hombre que tenía a su lado.

-Te vi nada más llegar -dijo él al fin-. No lo sabías, ¿verdad?

Shayne se alarmó. ¿La habría visto sin máscara? -¿Te refieres a cuando llegué?

-Sí, a unos minutos antes de que bailaras con Sotherland. Bajaste por las escaleras hasta la sala de baile.

Tu máscara oculta muchas cosas, pero pude notar tu nerviosismo e impaciencia por llegar.

Por encontrarlo a él, estuvo Shayne a punto de decir. -¿Y?

-Un hombre mayor te detuvo.

-Sí, lo recuerdo. Se había torcido el tobillo y necesitaba ayuda.

-Lo ayudaste.

-¿Y eso te impresiona? -preguntó ella incrédula-. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Es una cuestión de decencia.

-Nadie lo ayudó hasta que no llegaste tú -declaró él mirándola por encima del hombro-. Y además no fue él el único. Había una chica joven sentada sola, llorando prácticamente. Debiste de quedarte a hablar con ella durante al menos diez minutos.

-Me recordaba a una persona a la que conocí, una vez -admitió Shayne.

-La mandaste a casa, ¿verdad?

-No estaba en el lugar correcto. Había venido al baile huyendo de su casa. Le sugerí que había otras formas de hacerlo sin tener que casarse con un perfecto extraño.

-¿Al contrario que tú?

Aquella pregunta daba exactamente en el clavo.

-Yo no tengo dieciocho años, no estoy tratando de escapar de una vida infeliz en casa.

-¿De qué tratas de escapar, entonces?

-De nada -respiró hondo, luchando por abrirle su corazón. En una ocasión había compartido con él sus pensamientos y sentimientos más íntimos sin ninguna dificultad. Pero con los años se había vuelto más cautelosa-. No trato de escapar de nada, Chaz. Estoy buscando algo.

La tensión enderezó entonces los hombros y la espalda de él.

-Encontrar, ¿qué?

Un respiro del pasado, un amor largamente perdido.

-Mi futuro.

-¿Y crees que ese futuro está conmigo?

-No lo he decidido aún -admitió Shayne con perfecta inocencia.

-Si estás buscando algún tipo de cuento de hadas romántico te has equivocado de hombre. Yo no estoy interesado en el amor. Solo busco a una persona que quiera mantener una relación práctica, ayudarme a crear un hogar. Una mujer con sentido del humor y espíritu generoso que sea capaz de luchar cuando la vida se ponga difícil -Chaz se volvió para mirarla-. ¿Eres tú esa mujer?

-Deja que trate de comprenderlo. ¿Compartiré la vida contigo, pero no el amor?

-A menos que desees vivir en un mundo de dolor.

-¿Y eso, supuestamente, debe servir para convencerme de que me case contigo?

-No, debe de hacerte pensar. ¿Has venido al mercado dispuesta a comprar algo práctico o eres la Cenicienta esperando a tu príncipe? ¿Fantasía, o realidad?

¿Acaso no se daba cuenta? Él era su príncipe, sus corazones y sus almas se habían unido en una noche fatal nueve años atrás. Quizá él se hubiera arrepentido, pero lo que habían compartido había sido algo muy especial. Y se negaba a pensar en ello de otro modo. Su unión había sido una deliciosa combinación de fantasía y realidad, de otro modo sus sentimientos se habrían desvanecido con el tiempo, y solo en raras ocasiones se hubieran acordado de ello para examinarlo a la luz de la razón con un suspiro de lástima o una sonrisa distante de placer.

Shayne lo miró y se sintió terriblemente pequeña y frágil frente a su fuerza indomable. Tenía que ganar la batalla de la voluntad. No tenía elección. Tenía que conseguir que él volviera a creer en los sueños.

-¿Y por qué no me besas, Chaz, y así vemos si se trata de fantasía o de realidad?

Algo oscuro y poderoso se inquietó en la mirada de él.

-Muy bien, cariño. Loo haremos a tu modo -sus intenciones quizá fueran prácticas, pero su tono de voz decía algo muy distinto. Le advertían de que estaba excitado, de que era un hombre que tomaba lo que deseaba, de que no le iba a dar cuartel-. Déjame probarte que no es el príncipe encantado el que te está besando, sino un hombre real.

-0 quizá un poco de los dos.

-No te engañes, cariño -advirtió él tomándola en sus brazos con fuerza y firmeza, agarrándola por la espalda para deslizar las manos por sus caderas encendiendo una chispa bajo su cintura-. Tengo la intención de hacerte entrar en este matrimonio con los ojos bien abiertos.

-Los tengo abiertos.

-Pues mantenlos así.

Chaz levantó una mano y se quitó la máscara enseñándole los rasgos que la habían perseguido durante todos aquellos años. No quedaba en él nada de infantil. Sus líneas se habían hecho más angulosas, enfatizadas por una nariz recta y unos pómulos fuertes e interesantes. Tenía los labios más anchos, lo suficientemente generosos como para considerarlos sensuales, y sin embargo eran decididamente masculinos. Y la forma de su mandíbula advertía de que se trataba de un hombre decidido. Pero sus ojos... sus ojos sostenían los de ella, se veían arrastrados por los de ella con una

pasión que negaba toda la frialdad de sus palabras. En algún lugar detrás de la barrera que formaba el dolor, enterrado bajo años de sufrimiento y negación, subyacía un corazón capaz de amar tan profundamente, tan apasionadamente, que tenía que hacer lo que fuera con tal de volver a encontrarlo.

Chaz trató de arrancarle la máscara como si presintiera sus pensamientos.

-¿Aún quieres conservar esto?

-¡Por favor, no! -exclamó ella evitando su mano con un rápido giro que hizo sonar endiabladamente los cascabeles.

No tenía más elección que esconder su rostro. Cualquier intento de relacionarse con él acabaría en un fracaso en el mismo instante en el que descubriera quien era.

Chaz reaccionó sin pensar. Shayne no hubiera debido de apartarse y huir. El primitivo instinto de luchar lo obligó a darle caza. Él no hubiera podido explicar qué ancestral necesidad lo arrastraba, si era el misterio de sus rasgos, la gracia de sus movimientos o la generosidad de sus curvas femeninas. Quizá se tratara de algo más básico aún, de la sospecha de que ella lo deseaba. Lo único que sabía era que tenía que poseerla. De inmediato.

Shayne se detuvo al borde de la barandilla y giró para enfrentarse a él. El vestido se arremolinó a su alrededor y Chaz pudo escuchar su respiración entrecortada. Durante unos largos instantes ella lo miró. Y entonces bajó los brazos a los lados en una rendición incondicional. Era suya, y ambos lo sabían.

Él le ofreció la mano y ella lo complació deslizándose en su abrazo. Aquella mujer resultaba toda una tentadora contradicción, con los cabellos de color claro severamente peinados y ordenados en un moño y los ojos oscuros e intensos advirtiendo de su naturaleza apasionada.

-¿Me dejarás que conserve la máscara?

-Consérvala, si tan importante es para ti. Pero si no puedo verte al menos déjame saborearte.

Ella cerró los ojos, unos ojos que lo perseguían de una forma inexplicable, excitante.

-Chaz...

Aquel susurro resultó toda una tentación, como el canto de la sirena entonado para engañarlo al tiempo que le suplicaba su seducción. El aliento de ella se mezcló con el de él, su dulzura y calidez lo atraía exigiéndole que probara aquel lujurioso sabor. Chaz deseaba conquistar aquella boca apasionada y rápidamente. Pero en lugar de ello prefirió volverlos locos a los dos con su lentitud y minuciosidad.

Y bebió profundamente, con una sed voraz. La boca de ella era tan suave como la había imaginado, y se abría a él sin vacilar. Juntos comenzaron el más antiguo baile de los labios, de las lenguas y de los dientes, al principio con dulzura y después con ansiedad para terminar en mortal seriedad. Chaz la agarró de la nuca sintiendo sus desesperados gemidos vibrar contra la palma de la mano. Aquel sonido lamía su interior dirigiéndose directo al alma que no tenía. Conocía ese gemido típicamente femenino. Sabía lo que significaba. Sabía lo que exigía de él.

-Enseguida, cariño. Tengo lo que necesitas.

Chaz tanteó la cremallera del vestido, a la espalda, y comenzó a bajársela. Su ruido metálico se mezcló con el urgente tintineo de los cascabeles. Sus bocas volvieron a fundirse una y otra vez mientras los dedos de él se deslizaban por la suave extensión de la espalda de Shayne hasta el trasero. Entonces él la separó de la barandilla para introducirla en las sombras del balcón. La luz de la luna cortaba en dos su máscara, iluminando los cascabeles dorados y revelando el oscuro líquido de sus ojos. Ojos negros. Ojos familiares. Ojos que lo perseguían.

-No soy un príncipe, cariño. Soy un hombre, de carne y hueso, y tan duro como eso. Ella sacudió la cabeza, y con el abrazo sus cabellos se soltaron deslizándose como una pálida cortina alrededor de sus hombros.

-Eres un hombre que valora el honor y protege a aquellos que están a su cargo.

-Eso no puedes saberlo.

-Lo sé.

-Estás poniendo tu fe en un hombre que no cree en ese tipo de cosas. Y no es inteligente tener una fe ciega, cariño. No con alguien como yo.

-Ese beso ha borrado cualquier duda que hubiera podido tener.

Chaz bajó la vista hasta sus labios. La boca de Shayne se había hinchado con el beso, estaba húmeda y lista para volver a ser conquistada.

-No te engañes, ese beso ha sido pura lujuria -dijo Chaz tomándola de los hombros y gimiendo casi cuando el vestido de ella resbaló. Entonces levantó las manos en una súplica silenciosa. Una piel de marfil asomaba bajo la cortina de su pelo, excitándolo de un modo tan peligrosamente primitivo que tuvo que sacudir la cabeza-. Al menos nuestro matrimonio no se quedará corto en un área.

-No se quedará corto en ningún área. No si estás dispuesto a darle una oportunidad.

Chaz cerró los ojos y habló entre dientes.

-Una esposa, una casa, sexo. Eso es todo lo que quiero.

-No será así. No por mucho tiempo.

-Ese juego es peligroso, mi dama.

-No es un juego.

Shayne levantó los brazos libres de los tirantes del vestido y lo agarró por el cuello. Era como una diosa desnuda y mitológica. Enmascarada, su pelo caía en una tentadora maraña. Desnuda hasta la cintura, sus labios se alzaban hacia él en una generosa invitación. Entonces Chaz dio rienda suelta a sus emociones y dejó que su hechizo lo consumiera.

Ella lo marcó con su delicado contacto, encendiendo una chispa en él que ardió salvaje en su interior. Chad se inclinó sobre ella, cayó en ella, se llenó las manos con sus pechos, llenó su boca con lametones incontrolados y salvajes de su lengua. Su fragancia lo volvía loco, era como un sabor extrañamente familiar y a la vez distante que lo obligaba a actuar de un modo puramente instintivo. Chad mordió su labio inferior, lo succionó. Después encontró el delicado hueso que unía su cuello con su hombro, y finalmente probó las puntas de sus pechos. Sus suaves quejidos de placer lo excitaron aún más, lo obligaron a levantarle las amplias faldas de su vestido para ofrecerle lo que ambos buscaban con desesperación.

-Espera -dijo ella deteniendo su mano-. No podemos. Alguien puede vemos.

-No me pares ahora, no creo que pueda parar.

Le resultaba laborioso respirar, su pecho temblaba con la tensión de hablar cuando el momento solo pedía una expansión física. Hacía tanto tiempo que no poseía a ninguna mujer, tanto tiempo que no deseaba a ninguna mujer que estaba medio loco de necesidad.

-No hace falta que pares, pero no podemos hacer el amor aquí -contestó ella buscando por su espalda para agarrar el pomo de la puerta del balcón-. Estas habitaciones llevan años desiertas, nadie nos encontrará.

Si Chad hubiera prestado atención a sus palabras habría adivinado la verdad, habría sabido a quién tenía en sus brazos, habría entendido por qué aquellos besos le resultaban tan familiares, por qué lo volvían tan frenético, por qué podía anticipar cada uno de los deseos de ella y ella los de él. Pero no prestó atención. Aceptó sencillamente el comentario de que la habitación estaba vacía como si fuera posible que un dormitorio esperara en silencio la unión de dos amantes perdidos tiempo atrás.

La luz de la luna los guió hasta el interior para abandonarlos

después, forzando a Chad a confiar en la fragancia y en los sonidos. Por alguna razón aquello intensificó su excitación, lo llevó a buscar la unión de un modo imperativo. El crujir del vestido de ella lo ayudó a localizarla. Chaz la persiguió y la sacó de los brazos de la oscuridad para estrecharla en los suyos. Enseguida se deshicieron del vestido.

-¿Dónde? -preguntó él.

-Por aquí -respondió ella, que había comprendido la pregunta.

Tres escalones lo llevaron hasta una cama cubierta con una sábana. Chaz la hizo tenderse sobre el colchón quitándole las medias de seda y la ropa interior. Por un breve instante la luna volvió a desvelarse y él pudo verla.

Era blanca sobre la cama blanca, con una piel lustrosa de color perla sobre una cama de lechosa inocencia. La única nota de color de toda la escena eran sus largos mechones de cabello dorado, que rodeaban el rostro y daban textura al hueco entre sus piernas. Y sus ojos. Grandes, negros y llenos de vulnerabilidad femenina. Por alguna razón la máscara añadía más vulnerabilidad a ese rostro adornándolo de vergonzoso misterio.

-No te haré daño -susurró él.

-Lo sé.

-Te voy a hacer mía. Ahora. Pero te juro, por el poco honor que me queda, que me casaré contigo después.

-Eso también lo sé.

Aquella seguridad resultaba tan cortante y brutal como el azote de un látigo, lo mordía en profundidad y le dejaba una herida que llevaría sobre sí durante años. Él no merecía tanta fe. Pero la deseaba. La deseaba tanto y con tanta urgencia como deseaba hundirse en su suavidad. La luz de la luna se oscureció igual que la luz del día daba paso lentamente a la oscuridad. Pero antes de que desapareciera por completo él tenía intención de estar en los brazos de ella, de abrazarla con fuerza para que no estuviera sola en la oscuridad.

Las ropas de Chaz cayeron al suelo con desdén. Una vez desnudo fue a ella y la envolvió en calor antes de que la oscuridad descendiera, rodando sobre su espalda para ponerla sobre sí. La boca de Shayne roció su pecho de besos de fuego mientras su pelo caía sobre él como un largo manto que le llegara a las caderas. Chaz tembló, torturado por un placer tan intenso que creyó que aquello iba a matarlo. Si hubiera podido pronunciar palabra habría rogado piedad.

Pero en lugar de ello la hizo rodar para recostarla sobre su espalda. Sus besos eran intensos, exigentes. Y ella, en vez de quejarse, lo agarró de la cara y levantó los labios para pedir más.

-Dime que no es tu primera vez -dijo él con voz tan ronca que

apenas podía reconocerla como suya.

-No es mi primera vez.

-No sé si podré... hace tanto tiempo que...

-Te deseo. Terriblemente.

La urgencia por llenarla, por poseerla, por hacerla suya de la forma más básica posible clamaba en él. Pero Chaz luchó contra esa urgencia. La acarició con exquisito cuidado, encontrando instintivamente los lugares más deliciosamente femeninos que podían causarle el mayor placer. Los lados de sus pechos, sus endurecidas puntas, la sensible piel del punto más bajo de su vientre, los dorsos de sus rodillas, la redondez de su trasero y la suavidad de la parte interior de sus muslos. Chaz encontró todos esos puntos y ungió cada uno de ellos hasta que el cuerpo de Shayne gritó por que la poseyera.

Y cuando terminó la tomó, la llenó, cabalgó salvaje cruzando la explosión que estalló entre ellos dos. Solo en una ocasión había sentido tanta divinidad en el acto, solo una vez había conocido tal satisfacción en esa unión. Los recuerdos volvieron tormentosos a su mente, recuerdos que era incapaz de gobernar, recuerdos que lo poseyeron con tanta claridad como él había poseído a la mujer que yacía bajo su cuerpo. Los cascabeles de su máscara repiquetearon en jubilosa bienvenida. Incapaz de resistirse, Chaz tiró de ella para llevarla hacia el éxtasis. Y luego la siguió hasta esa brillante cima, a una con ella. A una con la naturaleza. Corazón, cuerpo y alma en perfecta concordia.

Pero era una concordia que no podía durar. Chaz escuchó en la distancia que alguien abría la puerta de la habitación y que la luz los atravesaba.

-Oh, disculpen... -gimió una voz. Era la voz de Ella. Y entonces...-¡Oh, Dios mío! ¿Chaz? ¿Eres tú? Y... ¿Shayne?

CAPÍTULO 3

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

Me ha llevado un año entero sentarme a escribirte esta carta. Estaba tan seguro, tan convencido de que estarías en el Baile de Aniversario... Estuve esperándote, esperé hasta que el amanecer rompió la noche en el cielo. Y después me marché.

Ni siquiera estoy seguro de por qué estoy escribiéndote. Quizá sea mi forma de decirte adiós, quizá no sepa cómo dejarte marchar. Y confieso que raramente me doy por vencido. ¿Qué te dije en el balcón aquella noche? Que lucharas hasta que acabaras inconsciente o hasta que los otros se rindieran. Bueno, pues yo no me rindo. Y no habré ganado esta batalla hasta que no vuelva a tenerte en mis brazos.

He vendido la propiedad que compré para los dos y de nuevo vuelvo a vagar de un lado a otro. Y lo más irónico es que... he hecho mucho dinero con la venta. Hasta tu hermano se sentiría impresionado. ¡Pero, diablos! ¿Qué importa eso ya? Solo una cosa me importa.

¡Maldita sea, esposa mía! ¿Por qué no asististe al baile? ¿A dónde has ido y cómo puedo encontrarte? ¿O es que lo que compartimos fue pura fantasía? Quizá fuera solo un sueño, un estúpido cuento de hadas. Y quizá yo sea el más estúpido de los dos por seguir creyendo en él.

Shayne ... cariño. Mi amor por siempre jamás, ¿dónde estás?

Chaz ladeó la cabeza como si hubiera recibido un puñetazo.

-¿Shayne?

-Puedo explicártelo -comenzó a decir ella mientras Ella se retiraba.

Chaz agarró la máscara y se la arrancó de la cara, tirándola al otro extremo de la habitación. La elaborada pieza capturó los rayos lunares mientras volaba por los aires y sus cascabeles resonaban nerviosos, llenos de pánico. La máscara cayó al suelo y quedó sumida en un doloroso silencio.

La luz que había entrado por el pasillo había revelado la presencia de una lámpara sobre la mesilla, de modo que Chaz buscó el interruptor. Setenta y cinco watios de luz incandescente recorrieron la habitación castigándola con su suave luz, entrando en cada rincón y atravesando cada objeto, incluida ella. Nunca antes se había sentido tan desnuda. Sin la máscara, tumbada en medio de la cama y repleta con el amor que Chaz había derramado sobre ella... todos sus

pensamientos y sentimientos quedaron expuestos a su castigadora mirada. Shayne tiró de la sábana tratando de ocultarse. Por fortuna Chaz clavó la mirada sobre su rostro mientras descubría uno de sus secretos, el secreto que hubiera podido averiguar si hubiera estado más atento.

La tensa calma que reinó en el ambiente durante aquel insoportable minuto estaba tan cargada como castigadora era la luz. Chaz juró. Sus palabras, brutales y crudas, desvanecieron toda huella de dulzura de la habitación.

-¡Ha sido un truco! -exclamó él saliendo de la cama-. Desde el principio tu hermano y tú habéis decidido tomarme el pelo.

-No, Chaz. Por favor. Deja que te explique.

-¿Qué hay que explicar? -preguntó él caminando por la habitación. Su desnudez contribuía a acobardar aún más a Shayne-. Tu hermano nos separó hace nueve años, y ahora, por alguna maldita razón, ha decidido unirnos de nuevo. ¡Es el maestro de los títeres, moviendo las cuerdas de nuevo!

-Ha sido culpa mía. Tú eres el único hombre al que he amado nunca y...

Chaz se acercó a la cama, magnífico en su ira y desnudez.

-¿Y por eso ahora ha decidido que sí soy lo suficientemente bueno para él? Ahora que tengo una propiedad, una casa y dinero, ¿resulta que ya sí que soy un marido aceptable para su hermana?

-Él no sabe que tengas todo eso. Ni yo tampoco lo sabía.

-Me ha investigado, Shayne. No hay otra explicación -continuó Chaz recogiendo los pantalones del suelo y poniéndoselos-. Eso explica tanto la invitación como tu presencia. Bueno, pues me alegro de verte, pero no, gracias. Ya he vivido una vez a golpe de batuta de los Beaumonts, y no voy a permitir que eso vuelva a suceder.

La historia volvía a repetirse. Una vez más había compartido una sola noche con el hombre que le había robado el corazón, y una vez más volvía a perder. el amor. ¡No! ¡No! Había permanecido pasiva durante demasiado tiempo, se había sentido temerosa durante más años de los que podía siquiera recordar. ¿Y a dónde le había conducido? Shayne se levantó de la cama y se envolvió en la colcha. Y se enfrentó a él llena de rabia y de decisión.

-Tú no te vas sin mí.

-Ahí es donde te equivocas, Shayne.

-Lo has prometido.

-Pero solo porque no sabía quién eras.

Tenía que convencerlo, costara lo que costara. Aquella era su única oportunidad de conquistar la felicidad: una oportunidad que él

necesitaba tan desesperadamente como ella, lo supiera o no.

-Has venido a por una -mujer, ¿o es que acaso lo has olvidado? Ya no hay tiempo de encontrar a nadie más.

-Aún hay tiempo -repuso Chaz metiéndose los faldones de la camisa desabrochada por el pantalón y mostrando el pecho que tanto había disfrutado ella besando-. Puede que no sea fácil, pero la fiesta aún no ha terminado.

-¿Y vas a marcharte a pesar de lo que acabamos de compartir?

-Por mucho que aprecie tu generoso sacrificio...

-¡No te atrevas! -exclamó ella tan dolorida que se tambaleó-. No te atrevas a empañar lo que ha ocurrido en esta cama. Márchate si quieres, pero no destruyas algo tan milagroso a tu paso.

Por un instante la expresión de Chaz se dulcificó y ella pudo entrever un atisbo del hombre que una vez había conocido, del hombre que la había hecho suya con una fiera adoración que nunca olvidaría.

-Shayne... -susurró él su nombre en el aire, lleno de recuerdos.

Tras ellos la puerta se abrió. Chaz, con un movimiento instintivo, giró sobre sus talones y se interpuso entre ella y la intuida amenaza que entraba por la puerta.

-¿Shayne? -la llamó Rafe-. ¿Te encuentras bien?

Ella respiró hondo, sobrecogida por lo que le habían revelado las palabras de Chaz. Lo admitiera o no aún sentía algo por ella. Sin duda esos sentimientos estaban profundamente enterrados, y sin duda él los habría arrancado de haber podido. Pero estaban ahí.

-Estoy bien, Rafe. Chaz y yo solo estábamos... -Shayne se habría echado a reír si no hubiera sido tan trágico-. Estábamos volviendo a entrar en contacto.

-Ella estaba... preocupada.

-Esto es entre tu hermana y yo, Beaumont -soltó Chaz-. ¿O acaso estabas planeando volver a interferir?

-Solo quería asegurarme de que no le habías hecho daño.

-Ya no es una niña, unos cuantos golpes no van a destrozarla.

Los ojos de Rafe brillaron de furia mientras daba un paso adelante y entraba en la habitación.

-Si la hieres de algún modo te...

Pero en esa ocasión fue Shayne la que dio un paso adelante y protegió a Chaz .

-Es una forma de hablar, Rafe, no lo decía en sentido literal. Chaz nunca me haría daño.

-Estás muy segura teniendo en cuenta que estaba a punto de irme cuando entró tu hermano mayor -murmuró él en su oído.

-Lo arreglaré todo para disponer de un salón de ceremonias donde celebrar la boda -dijo Rafe inclinando la cabeza y delatando, por su tono de voz, que no se sentía tan equitativo como pretendía-. ¿Tenéis alguna preferencia?

-Sí -respondió Chaz-. No habrá boda. Yo ya tengo lo que vine a buscar.

Rafe respiró irritado, y Shayne comprendió que si no actuaba pronto alguien iba a abandonar la habitación con mucho más dolor del que había entrado. Se volvió hacia Chaz y dijo, pillándolo de sorpresa:

-Podemos casarnos temporalmente, hasta que sepamos si estoy embarazada -alegó en voz baja y desesperada, rogando para que su hermano no la oyera-. Además así tendré tiempo de crear el hogar que deseas.

Chaz la miró como si acabara de darle un puñetazo.

-¿De qué diablos estás hablando?

-Dijiste que habías guardado protectores en la maleta, pero quizá hubieras debido de tomarte unos minutos para deshacerla antes de venir aquí.

-¡Es que no esperaba poseer a mi novia antes de hacerla mi esposa!

Por alguna razón aquello le pareció divertido a Shayne, que no pudo evitar sonreír.

-Nunca hacemos las cosas bien, ¿verdad?

-¡Embarazada! -repitió Chaz en voz excesivamente alta-. ¡Maldita sea!

-¡Emb...! ¡Basta! -gritó Rafe señalando a Chaz con un dedo-. Terminarás de vestirte y te presentarás en la biblioteca en cinco minutos. Para entonces tendré a un cura esperando.

-¿Y si me niego?

-¿Vas a dejar que lleve en el vientre a tu bastardo? Es tu estilo, ¿verdad?

Chaz se puso pálido y apretó los puños. Shayne los miraba alarmada. Entre ellos ocurrió algo sobre lo cual no se dijo nada, algo que ella jamás tuvo esperanzas de comprender. Pero fuera lo que fuera aquello los unía en una lucha de voluntad contra voluntad, en una explosiva y violenta batalla que requería de expresión.

Sin saber siquiera a qué los había expuesto, Shayne no tenía esperanzas de suavizar la tensión. Pero a pesar de todo tenía que intentarlo.

-¿Podríamos tratar de calmarnos y discutir esto de un modo más racional? ¿Qué ocurre aquí?

-Nada que te concierna -replicó Rafe-. Tu futuro marido y yo

estamos llegando a un entendimiento. ¿De acuerdo, McIntyre? ¿Vas a casarte con ella?

-Lo lamentarás, Beaumont.

-No lo dudo -repuso Rafe encogiéndose de hombros-. Pero es mi hermana, y haría cualquier cosa con tal de hacerla feliz. Por alguna extraña razón Shayne cree que tú eres el único capaz de hacerlo. Tienes cinco minutos.

Y sin decir una palabra más Rafe se volvió y salió de la habitación.

-¿Chaz...?

-No, no digas una sola palabra más -respondió él buscando las botas por la habitación. Luego se sentó al borde de la cama y se las puso-. Ya has oído a tu hermano. En cinco minutos se harán realidad los deseos de tu corazón. ¿Piensas vestirte para la boda o vas a casarte con esa colcha?

-No era mi intención engañarte, Chaz. Ni era mi intención terminar... -hizo un gesto señalando la cama-. Solo quería estar contigo, que nos conociéramos de nuevo antes de que descubrieras quién soy.

-Cariño, reconozco una trampa cuando la veo. Una mujer fácil, una cama oportuna, un pariente detrás de la puerta. El truco es más viejo que el mundo mismo.

-Pero...

-¡Basta, Shayne! -exclamó Chaz echándole una mirada que la silenció más que cualquier palabra, una mirada en la que se combinaban el cinismo más amargo con la ira más salvaje-. Tienes exactamente treinta segundos para ponerte algo, sino te juro que te arrastro escaleras abajo como estés.

Shayne no perdió más tiempo. Dejó caer la colcha y se metió el vestido por la cabeza. Después siguieron la ropa interior y los zapatos. No se molestó en ponerse las medias. Bajo la falda larga nadie lo iba a notar. Excepto por el pelo revuelto su aspecto no estaba mal. Levantó la cabeza y caminó hacia la puerta.

Chaz dio un paso adelante y le bloqueó el paso. Su mirada tenía una extraña expresión, una expresión que ella conocía bien, una expresión protectora y preocupada, casi amorosa. Lágrimas de anhelo se agolparon en sus ojos.

-Shayne -hasta su nombre pareció proceder de un viento traído desde el pasado-, no podemos volver atrás.

-Lo sé -respondió ella devolviéndole la mirada con una mezcla de esperanza y lástima-, pero nos queda el futuro. De ahora en adelante podemos elegir el camino que deseamos seguir.

Una tierna sonrisa rozó los labios de Chaz mientras sacudía la

cabeza en una negativa.

-Ese camino se decidió hace tiempo. Yo ya no soy el hombre que conociste, lo que estás a punto de hacer solo va a causarte dolor.

-Solo si tú decides hacerme daño.

Toda la ternura desapareció de golpe entre ellos, dejando atrás desolación.

-Yo no puedo hacer más. Aún no es demasiado tarde, Shayne. Dile a tu hermano que has cambiado de opinión.

-No he cambiado de opinión, Chaz. No he cambiado en nueve años, ni cambiaría en noventa.

-Lo que sientes no es real, no es más que un sueño.

-Entonces espero poder seguir soñando siempre.

Lo cierto era que llevaba nueve años soñando y de pronto estaba despierta. Había vuelto a la vida gracias a un beso, y no podía volver a esa otra existencia por mucho que lo deseara. La vida, una vida con Chaz, la esperaba.

-Entonces que así sea. Esperemos que tu sueño no se convierta en una pesadilla.

Chaz abrió la puerta y le hizo un gesto para cederle el paso. Y mientras pasaba Shayne tuvo la extraña sensación de que él la besaba en lo alto de la cabeza. Pero por supuesto tenía que estar en un error. Chaz estaba furioso con ella, furioso por su engaño, por los manejos de Rafe, por haber caído en la trampa de los Beaumonts una vez más. Cualquier sentimiento que hubiera podido albergar lo había destruido ella al abrirle el corazón mientras le ocultaba el rostro y su identidad.

De pronto recordó la máscara. Se dio la vuelta, pasó por delante de él y entró de nuevo en la habitación. No sabía por qué quería guardarla, pero no podía evitarlo. Los cascabeles tintinearon en señal de bienvenida.

-¿Qué haces? Eso ya no te hace falta.

-Lo sé, pero quiero conservarla.

-¿Como recuerdo? -inquirió Chaz.

-¿Tanto te cuesta comprenderlo?

-Sí, hay cosas que es mejor olvidar.

-¿Preferirías acaso olvidar esta noche? -exigió saber ella irritada.

-Solo hay una cosa de esta noche que quiera recordar -respondió él levantando la máscara y haciendo tintinear una de las tiras de cascabeles-. El resto me perseguirá sin necesidad de que guarde nada para recordármelo. Y ahora dime, ¿quieres unirte a tu hermano o prefieres que acabemos con esta farsa?

-Vayamos con mi hermano -contestó ella tocando su brazo y sintiendo sus músculos en tensión. Chaz estaba agitado. ¿Acaso aquel

mero contacto era capaz de provocarle eso? Si era así aún había esperanza para ellos-. Tenías una razón para casarte, Chaz, y eso no ha cambiado. Te prometo que haré todo lo que pueda para conseguir que logres tu objetivo. Y te lo digo en serio, si no estoy embarazada me marcharé si quieres. Lo único que te pido es una oportunidad.

Chaz estaba tan cerca que Shayne podía ver el gesto implacable de su mandíbula, la tensión que agarrotaba su cuello. Por un segundo una emoción brilló en sus ojos, una emoción que enseguida se apagó.

-No funcionará, cariño -respondió él con dulzura-. Quizá hubiera funcionado tiempo atrás, pero ya no.

-¿Por qué?

-Porque no me queda nada que ofrecerte. Si alguna vez conocí el amor fue hace tanto tiempo que no puedo siquiera recordarlo.

-Entonces yo lo encontraré por ti -replicó ella decidida-. Puedo hacerlo, lo haré.

-No, Shayne, no lo harás.

Shayne apenas podía contener su frustración.

-No comprendo. ¿Por qué no me dejas ayudarte? Podríamos encontrar lo que compartimos una vez. Sé que podríamos.

La mirada de Chaz se clavó sobre ella con una expresión fría, rotunda y segura.

-Porque yo no quiero eso que tú llamas amor. No si proviene de ti. Ni de ti ni de nadie. El amor no es más que una mentira, yo lo maldigo. Y como empieces otra vez a decir esas mentiras te mando con tu hermano, ¿queda claro?

Tan claro como el chasquido de su corazón rompiéndose. Shayne se echó a temblar y los cascabeles entonaron una canción de despedida.

-Sí, Chaz, queda claro.

Chaz permaneció de pie frente al párroco, sordo a las palabras que se estaban pronunciando. Solo tenía un pensamiento en la cabeza: no le debería de haber dicho a Shayne la verdad. Hubiera podido dejar claras sus objeciones sin mostrarse tan despiadado. Quizá entonces no hubiera tenido que ver la desolación de aquellos enormes ojos oscuros, ni sentir su respiración medio ahogada debido al dolor. Ni escuchar el repiquetear de los cascabeles al apartarse Shayne de él caminando con una dignidad tan frágil que hubiera podido volverlo loco.

Chaz se metió una mano en el bolsillo y jugueteó con la tira de cascabeles que le había arrancado a la máscara. Era mejor ser sincero. De ese modo ella sabría qué podía esperar de su matrimonio desde el

principio.

De pronto Chaz se dio cuenta de que todos llevaban un rato en silencio. Algo había ocurrido mientras él estaba perdido en sus pensamientos.

-Eh.... ¿sí, quiero? -se aventuró a decir.

-¡Oh, Chaz! -susurró Shayne con los ojos llenos de lágrimas, ojos en los que él hubiera podido perder su alma.

Chaz suspiró.

-¡Maldita sea, Shayne! ¿qué he hecho ahora?

Rafe golpeó a Chaz en el brazo con el puño.

-¡Bárbaro! Ella ha dicho que no.

-¿Ella ha dicho...? Discúlpenos un minuto -contestó Chaz agarrando a Shayne del codo y llevándola a un rincón de la habitación-. ¿Qué ocurre aquí?

-No puedo soportarlo -inclinó la cabeza-. No puedo permitir que Rafe te obligue a casarte conmigo. No voy a forzarte a casarte conmigo.

-Tú no comprendes.

-Sí, lo comprendo -respondió ella mirando el reloj-. Aún tienes tiempo. Yo puedo ayudarte a buscar otra mujer. Alguien que pueda...

-Es imposible -la interrumpió él-, ahora estamos aquí.

-Pero tú dijiste...

-Tenías razón, puede que estés embarazada.

Shayne apenas podía sostener la mirada de Chaz. Sus mejillas se ruborizaron.

-Ya lo afrontaremos más adelante si es así.

-Lo afrontaremos ahora -respondió Chaz soltando el aire contenido e inclinándose sobre ella. Su fragancia iba a volverlo loco, pero prefería estar cerca de ella y evitar que los demás los escucharan-. Escucha, cariño, en cuanto hubiera comprendido las consecuencias de nuestros actos habría vuelto y te habría forzado a venir conmigo al altar. Estuviera tu hermano de acuerdo o no.

-¡No! -negó ella instantáneamente-. Cuando supiste quién era lo primero que hiciste fue marcharte.

-Sí, es cierto, lo admito. Si tu hermano no me hubiera detenido me habría marchado. Pero no a buscar otra esposa. Tienes que creerme, Shayne, habría vuelto a por ti. Fue el shock de descubrir quién eras y el hecho de tener que enfrentarme de nuevo a tu hermano lo que me hizo reaccionar de esa manera.

-Tú no quieres casarte conmigo, Chaz. Sé que no quieres.

-Cariño, yo no quiero casarme con nadie -aseguró Chaz tratando de acabar con la discusión de una vez por todas-, pero ni tenía elección

antes de venir aquí ni la tengo ahora. Ni tú tampoco. Sellaste tu destino en el instante en que te dejaste caer en esa cama conmigo.

Había hablado demasiado. Podía ver la curiosidad en los ojos de Shayne.

-¿Qué quieres decir con eso de que no tenías elección antes de venir aquí?

-Te advertí de que yo también tenía secretos.

-Y ese secreto... ¿lo sabe Rafe, verdad? De eso es de lo que estuvisteis hablando los dos.

-Supongo, pero eso no cambia en nada las cosas-añadió Chaz inclinando la cabeza hacia el párroco-.

Es hora de terminar lo que hemos comenzado.

-¿Y si vuelvo a decir que no?

-No lo harás. Ibas a redimirme, ¿recuerdas? -Creía que era imposible redimirte.

-Y lo es -sonrió él irónico-. Pero tú eres una mujer,

y por eso volverás a intentarlo de todos modos.

De nuevo la había insultado. Pero por desgracia sospechaba que no sería la última.

-En cuanto descubra que no estoy embarazada acabaré con este matrimonio -aseguró Shayne.

Aquella promesa hubiera debido de aliviar a Chaz, pero en cambio le molestó.

-Te quedarás hasta que hayas cumplido con tu promesa, solo entonces podrás marcharte. Si es lo que deseas.

-Así será.

-Bien. Y ahora vuelve ahí y diles que has cambiado de opinión. Hay un largo camino hasta Colorado, nos marchemos en cuanto hayas hecho la maleta.

En aquella segunda ocasión delante del párroco

Chaz sí prestó atención. Le había dicho la verdad a Shayne. En cuanto hubiera comprendido las consecuencias de su entusiasta reencuentro habría vuelto para arrastrarla al altar. Chaz tomó las manos de Shayne en las suyas y dijo las palabras que se esperaban de él. Si alguien notó que omitía la palabra «amor» nadie lo mencionó. Pero él sabía que Shayne sí lo había notado, y que para ella era un shock. Chaz juró. ¿Por qué se exponía Shayne a tanto dolor? Era una estúpida casándose con él. Y él aún más por permitírselo. Shayne seguía siendo una inocente joven en lo más profundo de su corazón, seguía creyendo en milagros y cuentos de hadas. Pero la vida junto a él la desengañaría.

-¿Tenéis anillos? -preguntó el párroco.

-Lo siento, no...

-Permitidme... -los interrumpió Rafe metiéndose la mano en el bolsillo.

Chaz trató de calmarse y de no golpear con el puño la perfecta y arrogante dentadura blanca de su cuñado. Cualquier duda que hubiera podido albergar en cuanto a si todo aquello había sido una trampa se desvaneció.

-Tenías planeado hasta el último detalle, ¿no es eso, Beaumont?

-Me gusta estar preparado.

Chaz silbó y bajó la voz para que solo el otro hombre pudiera oírlo.

-Entonces ya puedes ir preparándote, hermanito. La próxima vez que nos encontremos tú y yo vamos a intercambiar algo más que palabras.

-Si eso va a hacerte sentirte mejor... Mientras trates bien a mi hermana no me importa lo que me hagas a mí -replicó Rafe poniendo una caja con un anillo en las manos de Chaz-. Pero como le hagas daño te juro que me encargaré de que tu vida sea miserable.

-Demasiado tarde, Beaumont, eso ya lo has conseguido.

-Chaz, ¿va todo bien? -inquirió Shayne.

-Sí, todo va bien.

Chaz abrió la caja. Beaumont le había cambiado la invitación al Baile de Cenicienta por un anillo de boda. Y por supuesto los anillos encajaban en sus dedos perfectamente. En cuanto la unión fue bendecida Chaz tomó a su esposa en los brazos. Shayne levantó la vista para mirarlo y él vio en ella una fuerza interior apenas perceptible nueve años atrás. El tiempo y la experiencia habían reforzado aquella fortaleza con su hierro. No era él el único que había caminado por el lado amargo de la vida, ni el único que había luchado. Y sin embargo ella aún conservaba la profundidad de corazón de una mujer, capaz de amar por muy en contra que estuvieran las circunstancias.

-Lo siento -murmuró él entre dientes.

-¿Sientes haberte casado conmigo?

-No, siento que nuestro matrimonio vaya a herirte.

Chaz se inclinó y capturó sus labios, bebiéndose todo su sabor mientras pensaba que pronto viviría con ella como su esposa. Durante unas cortas semanas se cumplirían sus sueños, lo cual era toda una ironía teniendo en cuenta que ya no creía en ellos. Sin embargo por alguna razón aquel cinismo se fue desvaneciendo y Chaz se encontró con que solo podía pensar en la mujer que tenía en los brazos, en la

dulzura de aquel beso. Shayne se abría a él, se lo ofrecía todo, se ofrecía a sí misma a pesar de todas sus amenazas. Suavemente fue soltándola.

-Tienes que hacer tu maleta. Nos iremos en cuanto estés lista.

-Te ayudaré -se ofreció Ella.

Rafe dio un paso adelante y abrazó a su hermana.

-Tu marido y yo te esperaremos en mi despacho.

Shayne le devolvió el abrazo a Rafe con un inconfundible entusiasmo. Aquello irritó a Chaz. Le molestaba verla poner su afecto en personas que no lo merecían. Para empezar en él, y en segundo lugar en Beaumont. ¿Acaso no tenía ningún instinto de conservación?

-No os peleéis -rogó Shayne en un susurro que todos pudieron oír.

-Nos comportaremos -respondió Rafe echando una mirada significativa a Chaz-. Al menos lo intentaremos.

-Uno de los dos lo intentará -sacudió la cabeza Chaz.

El otro mordería el polvo al primer comentario arrogante y, con un poco de suerte, si no tardaba en salir de sus labios, le atizaría en cuanto estuvieran a solas. Chaz trató por todos los medios de controlar su carácter mientras recorrían los pasillos hasta el despacho de Beaumont.

-Es fascinante la información que se puede adquirir hoy en día -dijo Rafe en cuanto entraron-. ¿No te parece?

-¿Como por ejemplo la medida de mi dedo para el anillo?

-Medidas de anillos, tallas de sombrero, de botas -contestó Rafe indicando una carpeta sobre su mesa y apartándose del alcance de los puños de Chaz-. Todo está documentado. ¿Quieres ver el archivo?

-Así que me has investigado -afirmó Chaz-. Pues es una información bastante personal, juraría que tu investigador se ha metido hasta en mi cama.

-Quizá lo hiciera, era investigadora. No le pregunté por sus métodos, solo le pagué la factura -explicó Rafe acercándose al armario de los licores-. ¿Una copa antes de marcharte?

-Whisky. Y a propósito, no me acosté con tu investigadora.

¿Por qué diablos había dicho eso? No le debía a Beaumont ninguna explicación, más bien al contrario. Y estaba perfectamente dispuesto a recibirla. La expresión de Rafe se dulcificó por primera vez.

-Lo sé. Y también sé con cuántas mujeres te has acostado desde que estuviste con mi hermana. Esa información es la única razón por la que estás casado con ella en este momento, querido amigo.

La ira comenzó a apoderarse de Chaz, que se acaloró.

-¡No tenías ningún derecho!

Para su sorpresa y mayor irritación Rafe inclinó la cabeza dándole

la razón y cruzó el despacho para ponerse detrás de la mesa. Era un cobarde. Dejó los dos vasos sobre la mesa y empujó uno en dirección a Chaz.

-Sí, eso decía Ella, y en más de una ocasión.

-Me alegro de que estemos de acuerdo -gruñó Chaz-. No se puede ir por ahí metiendo las narices en los asuntos de los demás.

-Yo me sentiría exactamente igual que tú si estuviera en tu situación -comentó Rafe con una irritante amabilidad. Luego abrió una caja de tabaco y, al encontrarla vacía, suspiró desilusionado-. A Ella no le gusta que fume.

Chaz sonrió a su pesar, y ambos compartieron un instante de perfecto acuerdo, un acuerdo que no tardaría en romperse en cuanto uno de los dos volviera a abrir la boca. Chaz fue quien lo hizo, contento de verse de nuevo pisando un terreno familiar.

-No habría hecho falta que las cosas llegaran hasta este punto. Si tú no te hubieras entrometido...

-Tú no conoces toda la historia, McIntyre. No sabes la vida que ha llevado Shayne ni comprendes por qué la protejo de un modo tan exagerado.

-Ahora ya no es asunto tuyo.

-Ahí es donde te equivocas, amigo mío. Shayne será siempre asunto mío. Pero estoy deseando ponerla en tus manos para que la protejas tú. De momento.

-Maldita sea, Beaumont. Shayne es una mujer, no una propiedad. No es ni tuya ni mía, y tú no puedes dármela ni yo apropiármela.

-Pero es asunto tuyo protegerla -advirtió Rafe con un brillo helado en los ojos-. Y yo me aseguraré de que lo haces.

-¿Alguna otra amenaza?

-Sí -respondió Rafe sin molestarse en dorar la píldora

-No voy a dejar que nada le haga daño -afirmó Chaz.

-Te creo -replicó Rafe con sinceridad-, pero me preocupa más el daño que puedas hacerle tú que el que puedan hacerle otros.

-Yo no le haré daño -mintió Chaz desesperado, golpeando la mesa con el vaso de whisky.

-No a propósito, quizá, pero... te has convertido en un hombre muy duro, brutal. Y los hombres duros pueden aplastar a las cosas pequeñas de un pisotón sin darse cuenta.

-A Shayne no.

-Esperemos que no. Hay otra cosa más -añadió Rafe.

-¿Y ahora qué?

-Relájate, McIntyre. Se trata solo de un ofrecimiento.

-Estupendo. Di lo que tengas que decir y acabemos con esta farsa.

-Mi investigadora me ha proporcionado un montón de información muy interesante. -¿Y?

-Que si necesitas mi ayuda solo tienes que pedirla -explicó Rafe.

Chaz soltó el aire contenido en los pulmones con un suspiro. Podía tomarse aquella sugerencia como un insulto. Diablos, sería fácil. Solo tenía que dejarse llevar por su orgullo y responderle a gusto. ¿Acaso sus puños no se cerraban instintivamente?

Pero en lugar de ello Chaz se inclinó sobre la mesa y le tendió la mano.

-Gracias, lo haré.

CAPÍTULO 4

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

Soñé contigo la noche pasada. Han pasado tres años, y yo sigo soñando contigo. Tu fragancia me envuelve, me consume, me hace creer, por un engañoso instante, que estás a mi lado. Puedo escuchar tu voz, cohibida y no obstante llena de pasión femenina. Puedo ver tus ojos, tan oscuros como el cielo de noche, llenos de risa y después de calor y finalmente de amor, de un amor tal como nunca lo he visto antes... ni lo veré. ¿Te suena demasiado manido si te digo que tu piel era como el satén, si te digo que tus cabellos eran como una cascada cayendo sobre nosotros como los dorados rayos del sol en una habitación a la luz de la luna?

¿Tienes idea de cómo te aferras a mi mente, de lo infeliz que soy hasta el momento en que vuelva a tenerte en mis brazos? ¿Tienes idea de cuántas noches me he despertado desesperado por una última caricia, por una última palabra, desesperado por una pasión que ninguna otra mujer puede proporcionarme? Me persigues, mi amor. Me robas el alma y me obligas a esperar lo imposible. Cada vez que miro a otra mujer solo veo que no puede comparársele contigo.

Te amo, mi dulce esposa. Mi Eterno Amor. Nunca habrá nadie más que tú.

El sol del atardecer caía sobre el paisaje de Colorado y sobre el perfil duro y brutal del hombre que tenía a su lado.

-¿Es este tu hogar? -preguntó Shayne.

-No -la corrigió Chaz en un tono de voz carente de toda expresividad-. Es mi casa. Convertirlo en un hogar es asunto tuyo.

Shayne examinó el rancho con aprensión. Necesitaba reparaciones estructurales. Las escaleras del porche se combaban y hundían, el tejado tenía unos cuantos parches, las paredes necesitaban de una mano fresca de pintura y los canalones parecían el hogar perfecto de las termitas. Y los terrenos que rodeaban la casa no estaban en mejor estado. El trozo de terreno que hacía las veces de jardín estaba lleno de malas hierbas, pero tendría que esperar hasta la primavera. Eso si para entonces seguía allí.

Shayne se tocó el vientre a tientas. ¿Habría echado raíces el hijo de Chaz tras una noche explosiva? Lo sabría en unas pocas semanas. Mientras tanto solo le cabía esperar.

-Dime qué te gustaría que hiciera.

-Aquí fuera nada, yo me encargaré de eso. Tu tarea es dentro.

Shayne miró la puerta principal. Si el interior estaba en tan mal estado como el exterior tenía un buen problema. Respiró hondo. Podía

hacerlo. Si se trataba de construir una vida con Chaz podía transformar aquel montón de madera en un hogar.

-Enséñamelo.

Chaz la guió y abrió la puerta. Shayne lo siguió. Al llegar al umbral se detuvo, pero luego dio un paso adelante. Chaz no iba a llevarla en brazos como hubiera deseado cualquier novia recién casada. Aquel paso desvaneció toda emoción que hubiera podido albergar su alma.

Entonces se preguntó por primera vez por qué sería tan importante para él crear un hogar. ¿Para qué necesitaba una esposa, cuando hubiera podido servirse de una decoradora de interiores? Era evidente que no deseaba el matrimonio. Un vaquero salió del interior de la casa.

-Jefe, tenemos problemas, muchos problemas.

-¿Cómo es que eso no me sorprende? -preguntó Chaz suspirando e inclinando la cabeza en dirección a Shayne-. Shayne, éste es mi capataz, Penny. Penny, mi mujer.

El capataz se pasó una mano por la mandíbula y la examinó abiertamente, con curiosidad.

-Quizá ella deba ocupar la habitación número uno.

-¿La habitación número...? ¡Ah, diablos! ¿Qué hay detrás de la habitación número uno, viejo? ¿O debería de preguntar quién?

-Doña Isabella está en tu oficina, la hice pasar allí porque me figuré que no era un buen sitio para husmear. ¿Es que no la has visto por la ventana?

-No. ¿Y tras la puerta número dos?

-Mojo.

-¿Qué le pasa ahora? -preguntó Chaz más agresivo.

-Oyó decir que te habías casado.

-Pues te lo ha tenido que oír a ti, porque eres el único a quien se lo dije.

-De todos modos se ha agarrado una buena. Si quieres iré a buscar a Jumbo para que se encargue de él, pero no les pidas que vayan a entretener a doña Isabella, ella los asusta.

-Pero a ti no, ¿verdad?

-Tú sigue así, jefe -le advirtió Penny-. Como me aprietes las tuercas me voy con los Winston. La pequeña Cami me ha dicho que siempre tendrá un trabajo para mí.

-¿Y vas a trabajar para su capataz? -inquirió Chaz cruzándose de brazos-. Eso me gustaría verlo. Tú y Gabby no os pondríais de acuerdo ni sobre el color del cielo. ¡Demonios, pero si eres capaz de decir que una vaca es un toro con tal de no ponerte de su parte!

Shayne ahogó una protesta. Sin duda aquellos dos hombres tenían

cosas de qué hablar, pero no era el momento. Tenía que tomar cartas en el asunto.

-Chaz, si tú vas a hablar con Mojo yo iré a hablar con doña Isabella. Penny, ¿crees que podrías llevarnos un café mientras esperamos a mi marido?

-Yo no soy cocinero -se apresuró a responder el hombre irritado.

-De eso ya me he dado cuenta, pero dudo de que haya algún capataz que no haga el café mejor que el cocinero.

-Será mejor que no diga esas cosas delante de Mojo

-respondió Penny con un brillo travieso en la mirada. -¿Te refieres al Mojo que está con la perra en la cocina? -inquirió Shayne.

-Al mismo. -¿Y es él el...?

-El cocinero. Mojo, en realidad se llama Joe. No es por ofender, pero el café es asunto de Joe, por si no lo sabías.

Estupendo. Shayne solo llevaba dos minutos en el rancho y ya había insultado al capataz.

-¿Y te importaría mucho hacer el café por esta vez, teniendo en cuenta que Mojo no querrá?

-Sí, señorita, me importaría -suspiró Penny-. Pero como veo que eres nueva aquí y todo eso... bueno, lo haré, pero solo por esta vez, ¿queda claro?

-Gracias, eres un encanto.

-Haces algo bueno y mira cómo te lo pagan -replicó Penny con mala cara-. Te insultan, eso es lo que hacen. Te llaman encanto. ¡Vah!

-No creo que eso haya sido una buena idea -comenzó a decir Chaz.

-Te unirás a nosotras en cuanto hayas hablado con Mojo, ¿verdad?

-Shayne...

Shayne acarició el brazo de Chaz. Buscaba un apoyo que le diera seguridad, pero en lugar de ello solo consiguió una insatisfacción tan fuerte que la hizo temblar. ¿Cómo era posible? Los nueve años que habían pasado separados hubieran debido de enterrar todos esos anhelos, pero en lugar de ello apenas era capaz de mirarlo o de tocarlo sin desear estar en sus brazos... y en su corazón.

-Te casaste conmigo para que me comportara como tu esposa, o al menos eso creo, así que déjame que haga mi trabajo, Chaz. Puedo tomar un café con la señora sin provocar un desastre.

-No cuentes con ello -musitó él.

-Tienes que confiar en mí.

-No es una cuestión de confianza -respondió Chaz pasándose la mano por el pelo y desordenándose los mechones rubios y castaños de un modo terriblemente atractivo-. Lo primero de todo se llama Doña Isabella Magdalena Vega de la Cruz.

-¿Y lo segundo?

-Y lo segundo... ¡maldita sea, Shayne!

-Es uno de tus secretos, ¿verdad?

La tensión se dibujó en las líneas del rostro de Chaz confirmando todas sus sospechas.

-Sí, forma parte de uno de ellos. No quiero que te cuente algo que debería de contarte yo, no lo mereces.

Chaz la estaba protegiendo. Aquello encendió una chispa de esperanza en Shayne, esperanza que ella no dudó en alimentar con toda la decisión y resolución de que fue capaz.

-Entonces puedes estar seguro de que no me lo dirá. ¿Te parece bien?

-¡Qué remedio!

-¿Cuál es tu oficina?

-Por ahí -indicó Chaz haciendo un gesto hacia la puerta de la izquierda-. Enseguida estaré con vosotras.

-Saldrá bien, Chaz -sonrió Shayne.

-No es probable

Chaz la tomó del cuello y la atrajo hacia sí. Sus labios rozaron los de ella en un breve beso. Pero un instante después él volvió a por otro, a por uno más grande y teñido de pasión que fue como un ruego, una promesa y una exigencia al mismo tiempo.

-Tengo una idea.

-¿Cuál? -preguntó ella negándose a abrir los ojos.

-Dejarlos a todos esperando. Nos escurrimos escaleras arriba y recuperamos nueve años. Con un poco de suerte se habrán marchado para cuando bajemos.

-¿Acaso soy el menor de tus males? -inquirió Shayne abriendo los ojos.

-No, eres la puerta de escape de esos males -respondió Chaz escalando con los labios el camino a lo largo de su barbilla y cuello para llegar a la oreja y depositar allí su cálido aliento-. Eres un oasis, agua en medio de un interminable desierto, vida en el estéril revoltijo de rocas y piedras.

Conocía a ese hombre. No era el Chaz con el que acababa de casarse, sino el hombre del que se había enamorado en una ocasión. Shayne sintió el júbilo de su vuelta, sintió un alivio más allá de lo que hubiera creído posible al descubrir que él no había desaparecido para siempre. Quizá, con un pequeño esfuerzo, pudiera sacarlo del duro caparazón en el que se había encerrado. Quizá. Pero tendría que mostrarse cautelosa, sumamente cautelosa.

-Desearía poder subir las escaleras y esconderme allí para siempre -

confesó con devastadora sinceridad-. Solo nosotros dos.

-Hagámoslo -respondió él atrayéndola más hacia sí-. Ponte la máscara, esposa mía, y finjamos que somos dos extraños sin pasado ni futuro, sin nada que nos atormente. Sentiremos solo el placer del instante mientras dure.

-¿Y cuando termine? -inquirió Shayne sintiendo de nuevo un dolor agudo y repentino.

-Ya nos enfrentaremos a ello cuando llegue. Más tarde, mucho más tarde.

-Desearía...

-¿Desearías qué...?

-Desearía que la noche pasada hubiera significado para ti algo más que un revolcón en la cama. Desearía que esta noche también pudiera significar algo más.

Había hecho mal en decirlo. La expresión de Chaz se tomó inmutable y dura, borrándose de golpe la pasión contenida. Cualquier fisura que hubiera creído ver en el caparazón que le servía de escudo no había sido más que un espejismo. Aquel cambio brusco de actitud empañó de lágrimas los ojos de Shayne, lágrimas que ella ocultó tras largas pestañas.

-Te lo advertí antes de casamos.

-Lo sé.

-No me pidas más de lo que puedo darte.

-Siento decepcionarte, pero no voy a dejar de hacerlo -contestó Shayne.

-Pues entonces agárrate, cariño, porque no voy a dejar de negarme.

-Eso es asunto tuyo -replicó ella tratando de reunir coraje-. Y ahora, ¿por qué no nos ocupamos de los negocios? Sospecho que así, cuando estemos juntos, todo será especial.

Chaz la agarró de la solapa de la camisa y tiró de ella hasta marcarla con un beso final en los labios.

-Cuenta con ello. Y cuenta con que mi intención es que estemos juntos a la primera oportunidad.

En los ojos de Chaz brillaba una chispa voraz, como si fuera un animal muerto de hambre que cayera sobre un inesperado trozo de carne. Shayne comenzó a comprender. Los animales hambrientos caían sobre la comida con apetito voraz, exigiendo una satisfacción inmediata, sabiendo que en cualquier momento alguien podía quitarles el trofeo.

-Piensas que lo que sentimos el uno por el otro se va a desvanecer con el tiempo, ¿no es eso?

-No me cabe ninguna duda -confirmó él-. Un día nos

despertaremos y descubriremos que lo único que queda entre los dos es un desierto.

-Si llega ese día no tendrás que pedirme que me marche, me iré por mi propia voluntad.

Chaz inclinó la cabeza asintiendo, pero algo retuvo a Shayne. Algo que la alentaba a tomarlo en sus brazos y

a jurarle amor eterno hasta la muerte, a prometerle que su amor sobreviviría a todo, a decirle que nada volvería a separarlos. Pero la cautela la detuvo tanto como la actitud de él. Shayne dio un difícil paso atrás, un paso que le costó mucho más de lo que hubiera supuesto.

-Me presentaré ante doña Isabella.

-No tardaré.

Cada uno tomó una dirección. Era una ironía que Shayne no dejó de notar. Ella abrió la puerta del despacho y se preparó para enfrentarse a la señora y al secreto que Chaz tanto protegía. Un solo vistazo fue suficiente para reconocer a una mujer de presencia formidable.

Estaba sentada, perfectamente erguida, delante de la mesa de Chaz. Y no se volvió al oírla entrar. Tenía las manos sobre el regazo y el mentón levantado. No miró a Shayne hasta que ésta no se interpuso en su línea de visión. Sus ojos negros, altivos, estaban llenos de vida y de rebeldía. Justo lo contrario que se hubiera esperado de su inflexible apostura.

-Doña Isabella, soy Shayne McIntyre, la mujer de Chaz. Lamento mucho haberla hecho esperar, acabamos de llegar.

-¿Su mujer? -repitió ella. Una ligera emoción cruzó sus orgullosos rasgos. Había logrado captar toda su atención-. Así que por fin ha hecho lo que le pedí. Confieso que me sorprende.

Shayne se sentó, pero no detrás de la mesa del despacho. Era un detalle sin importancia que esperaba que la señora interpretase como un gesto de paz e igualdad.

-¿Y por qué le sorprende tanto?

-No esperaba que encontrara a ninguna mujer deseosa de unirse a él.

-Pues yo estaba más que deseosa.

-Eso no te hace más admirada a mis ojos.

-¿Acaso necesito que me admires? -preguntó Shayne divertida.

-Sí, si deseas mi cooperación.

-He ordenado que nos traigan café, ¿te parece un buen comienzo?

-No, yo siempre tomo té.

-Lástima -dijo Shayne con calma, comprendiendo el juego de la

señora y siguiéndole la corriente-. Sospecho que Penny se ofendería si le pidiera un té.

-Es un bruto -confirmó la mujer con un brillo de humor en los ojos.

-Pues a mí me gusta. Siempre está dispuesto a ofrecer su sincera opinión.

-Sí, la ofrece gratis muy a menudo. Difícilmente se puede considerar una actitud apropiada para un empleado.

-¿Quieres que hable con él sobre su actitud? -se ofreció Shayne.

-¿Crees que serviría de algo?

-No.

-Entonces, ¿para qué?

-Por divertirnos - contestó Shayne bajando la voz e inclinándose hacia ella.

Doña Isabella soltó una carcajada y justo entonces la puerta se abrió. Penny entró con dos tazas de café.

-Café solo. Ni se les ocurra arruinar una taza del café de Joe con otra cosa que no sea whisky -comentó dejando las tazas en la mesa y mirando a las dos mujeres suspicaz-. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis de ese modo?

Las dos mujeres compartieron un instante de complicidad femenina.

-Gracias por el café, Penny -dijo Shayne solemne-. Espero que no haya sido demasiado trabajo.

-Sí, lo ha sido, pero eso a vosotras os da igual... -Penny miró a doña Isabella y calló-. Si el jefe me necesita estaré en el establo, al menos allí los animales no me miran mal.

-He tomado una decisión -anunció la señora en cuanto Penny se fue-. He decidido que sirves.

-Gracias, aunque no estoy muy segura de para qué. -McIntyre no te ha contado nada, ¿verdad? -Aún no.

La mujer hizo un gesto de mal humor al tiempo que conservaba un aspecto satisfecho.

-Entonces esperaré a que te lo cuente antes de dar mi veredicto.

-¿Y crees que es mejor esperar porque...?

-Porque quiero estar segura de que sigues siendo su esposa una vez que sepas por qué estoy aquí. -Comprendo -murmuró Shayne.

En realidad no comprendía. Era evidente que todo aquello tenía relación con el secreto que había mencionado Chaz.

-..y haz tu trabajo, que para eso te pago -se escuchó la voz de Chaz a través de la puerta.

Shayne se alarmó y se levantó. Pidió disculpas y abrió la puerta. Chaz estaba delante de ella, de espaldas y con un puño levantado,

amenazando a un enorme y musculoso hombre que desapareció a toda prisa por el pasillo. Se apresuró a salir y cerró la puerta.

-¿Qué ocurre? -susurró.

-Simplemente le explico las cosas de la vida al cabezota y estúpido de mi cocinero, que pronto se quedará sin empleo.

-No comprendo. ¿Por qué le molesta tanto nuestro matrimonio?

-Bueno, supongo que debería de haberle advertido de que quizá trajera a una mujer a casa, pero como no estaba seguro...

-¿Te acobardaste? -lo interrumpió ella-. No te culpo, ese hombre es un gigante.

Chaz frunció el ceño entre divertido e irritado. Para alivio de Shayne finalmente ganó su sentido del humor.

-¿Te da miedo? Pues deberías verlo con el cuchillo de carnicero -comentó señalando hacia la puerta de entrada, donde había un cuchillo clavado.

-Ese hombre... -Shayne dejó de respirar, tragó, y se echó a temblar-... ¿hizo eso?

-Bueno, cariño, no lo hizo en serio. De haber sido así ahora no estaría aquí. Solo trataba de dejar claros unos cuantos puntos.

Shayne cerró los ojos y susurró una plegaria en español.

-¿Y por qué le molesta tanto que te hayas casado conmigo? -volvió a preguntar.

-Tiene miedo de que intentes cambiar las cosas, es un poco posesivo con su cocina -¿Y eso era todo? Shayne suspiró-. Eh, ¿te encuentras bien? -Chaz la tomó en sus brazos-. No va a hacerte daño, en serio.

Shayne sintió el calor del cuerpo de su marido, la largura de su cuello que, de algún modo, encontró bajo sus labios, olió su fuerte fragancia a cedro... aquello le hacía sentirse segura. Las manos de Chaz se enredaron en su pelo y tiraron de su cabeza hacia atrás. Sus salvajes ojos azules se clavaron en ella explosivos, llenos de necesidad. Chaz murmuró algo, algo que sonó parecido a «mi amor». Pero no podía ser eso.

Y entonces no pudo seguir pensando. Las manos de él se hundieron profundamente en su cabello, forzándola a levantar el rostro y a entrar en un hirviente revoltijo de labios, lenguas y cálidos alientos. Shayne-deslizó las manos por dentro de su camisa tomando de nuevo conocimiento de aquella carne fuerte y poderosa.

-Todo saldrá bien -musitó Chaz contra su boca. Entonces él volvió a beberla una vez más arrastrándola con su sabor-. Ya lo verás, yo me ocuparé de todo.

Qué típicamente masculino. Chaz tenía mucho que aprender de la

mujer con la que se había casado. Si pensaba que podía excluirla tan fácilmente estaba muy equivocado.

-¿Mojo es uno de tus secretos? -No.

-Entonces ahora sí que estoy preocupada. Creo que ha llegado el momento de que tengamos una charla, ¿no te parece?

La puerta del despacho se abrió y doña Isabella apareció en el umbral.

-Estoy de acuerdo, hace mucho tiempo que deberíamos de haber tenido una charla -anunció mirándolos enfadada a los dos-. ¿Pensabais estar ahí mucho rato, o ibais a agraciarme con vuestra presencia en un futuro próximo?

-Lo siento, ya vamos -se disculpó Shayne.

-Mis disculpas por tenerla esperando -comentó Chaz mientras se sentaban-. Ya veo que Penny os ha traído café.

-Está frío.

-Eso pasa cuando no se lo bebe uno a tiempo. -Doña Isabella prefiere té -se apresuró a decir

Shayne.

-¡Qué gracia! La última vez lo detestaba.

-A las mujeres mayores se nos debe de permitir cambiar de opinión -comentó despectiva con un gesto de la mano-. Es uno de los pocos placeres que nos quedan.

-Claro, y para ti es uno de los más preciados, ¿verdad?

-Si lo que quieres decir es que me divierte mostrarme difícil tienes razón -rió la señora-. Me encanta.

-Estoy seguro -continuó Chaz-. Vayamos al grano. Ya conoces a mi esposa. He hecho lo que me has pedido, así que ahora dame lo que quiero.

Doña Isabella apretó los labios y posó su mirada sobre Shayne.

-Es una elección encantadora, no esperaba que de mostraras tanto acierto.

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-Que no se lo has dicho -suspiró la señora. -Pensaba decírselo esta noche -contestó Chaz endureciendo la voz-. Te has adelantado un poco viniendo hoy.

-Díselo ya.

-No me presiones -advirtió él.

-Díselo ahora, tengo que estar segura de que no te abandonará en cuanto sepa la verdad.

-No tienes derecho...

Doña Isabella golpeó el suelo con el bastón y respondió:

-¡Tengo todo el derecho!

-Adelante, Chaz -soltó Shayne-. Si eso va a satisfacerla dilo abiertamente.

-Cariño, te aseguro que pensaba decírtelo -se lamentó Chaz-, pero no así.

No podía tratarse de nada bueno. Shayne respiró hondo y luchó por mantener la calma. Se había pasado la mayor parte de su vida practicando el autocontrol, aprendiendo a ocultar sus pensamientos y sentimientos. Los años vividos en casa de su tía le habían servido de experiencia, y tras su abortado matrimonio con Chaz, cuando la culpa por lo sucedido amenazaba con acabar tanto con ella como con su hermano, había sabido mantener una fachada que había engañado y salvado a Rafe. Fuera cual fuera el secreto de Chaz lo aceptaría con calma. -Tranquilo -aseguró Shayne-. Antes de casarnos te dije que aceptaba tu secreto, y hablaba en serio.

-Muy bien -respondió él reuniendo valor-. Doña Isabella tiene algo que yo quiero.

-Eso ya lo imaginaba.

-Y para obtenerlo tenía que cumplir dos condiciones. La primera era adquirir una casa.

-¿Y la otra una mujer? -Sí.

-Y a cambio ella te daría ... ¿qué?

Chaz vaciló unos instantes, pero luego contestó: -A cambio ella me daría a mi hija.

CAPÍTULO 5

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

Ha pasado otro año más y sigo sin tenerte en mis brazos. ¿Cuántos van ya? ¿Cuatro? Cuatro largos e imposibles años. Cómo te echo de menos, mi Amor Eterno. ¿Aún me estás esperando, o has encontrado ya a otro? Esa idea me persigue, me retuerce el alma de tal modo que apenas puedo pensar.

¿Fue solo mi imaginación la que me hizo creer que estuvimos juntos aquella noche, que éramos parte de un único todo? ¿Puedes aún imaginarme, ver mi rostro en tus nublados sueños tal y como yo veo el tuyo? ¿Me oyes, Shayne, tan claramente como te oigo yo a ti, como oigo tu voz susurrándole al viento de la noche, llamándome con el canto del pájaro cada mañana, murmurando en las corrientes en primavera? ¿O no soy ya nada para ti más que un recuerdo borroso?

Te estoy perdiendo, mi amor. Lo siento. Y sé que si eso ocurre también perderé una parte de mí, la parte que tú mantienes viva.

¡Vuelve a mí! Te necesito.

Chaz necesitó de toda su fortaleza de carácter para permanecer en su sitio. Deseaba acercarse a Shayne, tomarla en sus brazos y llevarla a la habitación. Explicarle todo el asunto de su hija en privado, con una dulzura que pudiera ayudarla a amortiguar el dolor. Doña Isabella había forzado las cosas, se había hecho cargo del asunto. Y por esa causa su nueva esposa estaba tensa y rígida, con el mentón desesperadamente levantado en un orgulloso ángulo y los ojos enormemente abiertos, como dos pozos de angustia.

-¿Cómo se llama? -preguntó Shayne finalmente, con una voz llena de dolor-. Me refiero a tu hija.

-Sarita.

-Es un nombre precioso -añadió con aquella generosa sinceridad suya que se le hacía insoportable-. ¿Cuántos... cuántos años tiene?

-Cumplió tres en agosto.

-Igual que mi sobrino Donato. ¿Y... y la madre de Sarita?

Si aquello no terminaba de inmediato Shayne acabaría sollozando. Chaz se negaba a que eso ocurriera, se negaba a darle a doña Isabella la satisfacción de saber que había herido profundamente a su mujer. Se puso en pie y dio la vuelta a la mesa.

-Hablaremos de eso más tarde. ¿Y bien, doña Isabella? ¿Estás satisfecha?

-Lo siento, Mclntyre, ha sido un error. Debería de haberte dado la oportunidad de explicárselo antes.

-Sí, deberías de haberlo hecho -respondió Chaz ofreciéndole una

mano-. Te veré fuera.

-¿Qué hay de Sarita? -preguntó Shayne.

La señora se levantó con la ayuda de Chaz y del bastón y contestó:

-La traeré de visita a finales de este mes.

-Pero dijiste que... -protestó Chaz, a quien no le había gustado esa respuesta.

-Hasta el momento has hecho todo lo que te he pedido -lo interrumpió -, así que no creo que el resto de mis condiciones te creen grandes problemas.

-¿Condiciones... o exigencias?

-Siempre trato de mostrarme cortés -aclaró la señora tratando de apartar a Chaz de su camino con el bastón-. Pero tú haces de la cortesía una tarea difícil.

-Trato de agradar -contraatacó Chaz-. Pero supongo que no tienes prisa por contarme el resto de exigencias para que pueda ver el final. ¿O acaso vas inventándolas sobre la marcha?

-Cuidado, McIntyre. Santa aún no es tuya.

-Pero lo será.

Doña Isabella se detuvo justo delante de Shayne y preguntó:

-¿Y qué hay de ti? ¿Estás dispuesta a aceptar a Sarita como hija tuya?

Shayne no vaciló ni un instante.

-Sí, será mi hija.

Aquellas palabras le llegaron a Chaz a lo más hondo del alma. Implicaban por parte de Shayne una intención demasiado fuerte de permanecer con él, demasiado como para guardar las distancias. Era a su hija a quien quería, no a una esposa. Y sobre todo no a una esposa con un corazón tan blando como el de Shayne. Sarita era lo único que importaba. No obstante, mientras lo pensaba, Chaz sentía que su corazón estaba teñido de desesperación.

Una vez tuvo algo que ofrecerle a una mujer como Shayne. Una vez, cuando era joven y estúpido y aún creía en el amor. Pero ya no creía en esa emoción. Desde luego no creía en su pureza, ni en su bondad, y mucho menos aún en su duración. Nueve largos, larguísimos años, lo habían curado de esa fantasía. Del amor solo conocía el lado oscuro y doloroso, no era para él más que una emoción que te robaba el corazón y echaba a perder tu alma. Pero si Shayne permanecía con él acabaría por descubrir también ese lado oscuro, y le haría daño tal y como Rafe había dicho.

-Quiero a mi hija, ya he tenido bastante paciencia. He hecho todo lo que me has pedido. Querías que tuviera una casa y la tengo, querías que tuviera una madre para ella y aquí está.

-Pues ahora quiero asegurarme de que esta casa y esta mujer son adecuadas para Sarita.

-No me presiones más, Isabella.

Por una décima de segundo la máscara de la anciana falló revelando detrás a una mujer cansada y vulnerable. Desapareció de ella toda pretensión y fingimiento y en su lugar, en las líneas de su rostro, pudo leerse su preocupación por Santa y la batalla interna en busca de lo mejor para la niña.

-Ella es mi única bisnieta -explicó dolorida-. Si decido que las condiciones son adecuadas volveré de México con ella. Santa tiene allí todo lo que necesita.

-¿Todo? -repitió Chaz, para quien la afirmación de la señora sonaba falsa-. ¿Entonces por qué has acudido a mí? ¿Por qué me informaste de su existencia cuando tu nieta se tomó tantas molestias para ocultármela? ¿Por qué me preguntaste si quiero quedarme con Sarita cuando tú puedes proporcionárselo todo?

Doña Isabella no respondió. En lugar de ello se volvió hacia la puerta y caminó lentamente, deteniéndose en la entrada.

-Mañana por la mañana me llevo a Sarita a San Francisco. Volveré a finales de mes, y tengo mucho interés por ver los progresos de tu mujer. Espero que sepa convertir este lugar en un hogar para Sarita.

Shayne la siguió y deslizó una mano por el brazo de Isabella.

-Haré todo cuanto pueda -dijo abriéndole la puerta y ofreciéndole la mejor de sus sonrisas-. ¿Podemos hablar fuera un momento?

-Si lo deseas.

Chaz maldijo en silencio a Shayne. Se pasó una mano por el cabello y reflexionó. Estupendo. La mujer que lo había perseguido durante más años de los que podía recordar se aliaba de pronto con su enemiga. De aquella combinación no podía salir nada bueno.

-¡Jumbo! -gritó Chaz.

Jumbo entró a toda prisa en el despacho. Era un hombre enorme, de piel cobriza y rasgos mestizos. La celeridad de su respuesta le sugirió a Chaz que había estado espiando.

-¿Me has llamado?

-Pon la cena. Y asegúrate de que hay bien de bebidas. -¡Vaya, jefe! -sacudió la cabeza Jumbo disgustado-.

¿Es que vas a beber hasta emborracharte en tu noche de bodas?

-No es mi noche de bodas, y no me mires así. No soy yo quien tiene que emborracharse, ni es asunto tuyo.

-Comprendo. Champán para la señora. ¿O sirvo vino? -preguntó el hombre con un brillo cómplice en los ojos.

-No, champán no, vino. Y mantén su vaso lleno, aunque dudo de

que sirva para algo. Otra cosa, no le permitas a Mojo que salga de la cocina, no quiero que asuste a mi mujer nada más llegar.

-Pero él querrá echarle un vistazo.

-Malo.

-Está bien, pero te lo advierto: puede que Mojo no quiera cocinar para tu mujer, sobre todo si ella se mete en su cocina.

-Bueno, eso ya lo veremos -comentó Chaz seguro de que Shayne se habría marchado antes de causar problemas-. Y ahora vamos, ve a ver a tu hermano.

-Ofrécele más vino -aconsejó Jumbo durante la cena.

Chaz miró irritado a su empleado, pero no sirvió de nada. Aquel hombre era tan inmune a sus rapapolvos como Penny. Apretó los dientes y ofreció:

-¿Más vino?

-No, gracias.

-¿Estás segura? Es un vino muy...

-No, gracias. Paso.

Bien. Shayne pasaba del vino. Igual que había pasado del pan, de la ensalada. E igual que pasaría del resto de la cena y del postre. Pero lo más frustrante de todo era que pasaba de todo intento de entablar una conversación. Chaz alcanzó el vaso que ella rehusaba beber y golpeó con él la mesa.

-No la presiones, jefe -advirtió Jumbo dejando un plato delante de él-. Quizá no le guste el vino. Si aún deseas emborracharla puedo traerte alguna de esas botellas que tienes escondidas en la mesa de tu despacho. Podríamos echarle un poco en el café.

-Repite esa palabra.

-¿Qué palabra?

-La que empieza por J.

-¿Cuál? ¿Jefe?

-Sí, ésa. Quiero que reflexiones sobre ella antes de volver a abrir la boca, así quizá conserves tu empleo hasta después de la cena.

-¿Pero qué he dicho?

-En primer lugar te metes en donde no te llaman -respondió Chaz tratando de bajar la voz-, y en segundo estás soltando demasiada información. Y tercero, no estoy tratando de emborrachar a mi mujer.

-¿Ah, no? ¿Entonces es que has abandonado el plan? A mí no me importa mucho, no creas.

-¡Jumbo!

-¿Quieres que me calle?

-0 lo haces ahora mismo o lo hago yo por ti -amenazó Chaz.

-No diré ni una palabra más.

-Bien.

Jumbo dejó un plato delante de Shayne.

-¿Quieres que te traiga algo? -preguntó Jumbo dirigiéndose a Shayne-. Que quede claro que no me estoy entrometiendo. Preguntarle qué quiere es parte de mi trabajo. No puedo traerle nada si no me lo dice primero -añadió mirando a Chaz a la defensiva.

-No, gracias Jumbo -contestó Shayne.

-Pero te vas a comer todo lo que te he traído, ¿verdad?

-Para ser sincera no tengo mucha hambre -respondió Shayne parpadeando sorprendida.

-Mal asunto -añadió Jumbo poniéndose en jarras.

-¿Sí? -preguntó Shayne abriendo mucho los ojos.

-Sí, sí sigues así, dejándotelo todo, acabará por venir Mojo con el cuchillo a exigir una explicación. No le gusta que la gente desprecie su comida.

-¡Jumbo!

-¿Es que quieres ver a tu esposa cortada a cachitos, jefe? -preguntó Jumbo volviéndose hacia Chaz-. Estoy tratando de proteger tu propiedad.

-¡Ella no es de mi propiedad! -exclamó Chaz. ¿Pero qué le ocurría a la gente? ¿Acaso no veían que ella era una persona tan independiente y fuerte como las demás? Quizá se debiera a su aire de fragilidad, al hecho de que fuera la más deliciosa criatura femenina que jamás había entrado en su casa-. Ella es una mujer con voluntad propia y con capacidad para tomar decisiones.

-Escucha, jefe... -dijo entonces Jumbo tomando asiento-. Ahí es donde te equivocas. Traes a una mujer como ésta y todo se te va de las manos. Cuando fuiste a ese baile debiste traer a otro tipo de mujer, a una obediente. No es que esta tenga nada de malo, no, es una buena compra. Es solo que no es de ese tipo. A una mujer obediente le dices que se meta en sus asuntos, en la casa y los niños, y sus sentimientos nunca resultan heridos.

-¡Yo no la he comprado! ¡Jamás he dicho algo semejante!

-No con muchas palabras -asintió Jumbo-, pero todos captamos el mensaje.

Para alarma de Chaz Shayne dejó la servilleta sobre la mesa y se reclinó sobre el respaldo.

-Cariño, te aseguro que nunca he dicho que fuera a comprar una mujer. Te lo juro.

-¿Te parece más adecuada la palabra «trueque»? -inquirió Jumbo pensativo-. Sabes muy bien que... es un intercambio. Tú le das la casa, y ella la cuida. A eso me refiero.

-Disculpadme, por favor -se excusó Shayne poniéndose en pie.

-Cariño, espera...

Pero Shayne apenas escuchó a Chaz, igual que el resto de sus empleados. E hizo exactamente lo contrario. Se apresuró a salir al pasillo y después a los dormitorios al fondo de la casa. Chaz pensó que estaría llorando. Entonces se volvió hacia Jumbo.

-Dile a Mojo que prepare una cena ligera. Luego la pones en una bandeja y la dejas delante de la puerta de mi dormitorio. Y no hagas ruido, o te juro que no volverás a ver el amanecer -lo amenazó poniendo un dedo sobre su pecho-. Mañana tú y yo vamos a hacer un experimento.

-¿Qué clase de experimento?

-Vamos a comprobar cuántas veces tengo que noquearte para que se te caigan todos los dientes.

Chaz se marchó en persecución de Shayne, y encontró a su mujer al final del pasillo mirando a su alrededor. Era evidente que no sabía qué puerta abrir. Pero él arregló la cuestión tomándola en sus brazos y llevándola a su dormitorio. El sol se había puesto dejando la habitación en penumbra. Sin embargo cuando Chaz fue a encender la luz ella lo detuvo.

-No -susurró.

Entonces él supo que había estado llorando. Trató de armarse de paciencia, luchó por ser la clase de hombre que ella merecía en lugar del hombre con el que se había casado, y dijo:

-Cariño, tenemos que hablar.

-En realidad no -respondió ella con la voz llena de oscuridad.

-Sí, en serio.

-Bueno, pues habla. Pero sin luz.

-No puedo ver tus reacciones a lo que digo sin luz -argumentó él.

-Lo sé.

Bien, de acuerdo. Harían las cosas a su manera. Considerándolo bien quizá fuera justo. Chaz la hizo sentarse sobre la cama y se apartó para dejarle espacio. Acercó una silla, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas.

-Lo siento, Shayne -comenzó a decir-. Primero por lo que ha dicho Jumbo. Pero también... debería de haberte hablado de Santa antes de casamos.

Shayne se hizo un ovillo en el centro de la cama y abrazó la almohada de tal modo que Chaz comenzó a arder en deseos. Ella lo había abrazado a él precisamente así la noche del Baile. Pero en ese momento solo llevaba tres cosas: la máscara que ocultaba sus deseos, la piel suave como el pétalo de una flor, y su fragancia secreta a

pasión de mujer.

-¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué ocultaste a Sarita?

-Porque era un perfecto... -el anillo de boda de Chaz reflejó los últimos rayos de sol del día. Entonces se interrumpió y recapacitó sobre su lenguaje. Y enseguida notó la ironía. Cuarenta y ocho horas antes había hablado sin ningún miramiento, y de pronto estaba aprendiendo el arte de la diplomacia entre marido y mujer-. En ese momento estaba jugando a tu juego. No sentía que te debiera nada, y menos aún una explicación.

-Comprendo.

Shayne bajó la cabeza y su pelo cayó hacia delante reflejando todos los rojos y púrpuras de la puesta de sol, que quedaron prendidos de sus mechones dorados.

-Escucha, Shayne. Sé que te he hecho daño. No solo porque no te dijera lo de Santa, sino por el mero hecho de tener una hija.

-Nosotros no estábamos casados -contestó ella abrazándose a la almohada con fuerza-. Tú no tenías ninguna obligación de serme fiel, lo comprendo.

-¿Lo comprendes? -preguntó Chaz sin poder evitarlo, deseoso de conocer la respuesta.

Shayne dejó la almohada a un lado y respondió con seguridad.

-Estoy segura de que te cuesta creerlo, pero sí, lo comprendo. Lo que tú no quieres oírme decir es por qué.

No, no quería oírlo. Eran palabras prohibidas, palabras que lo ataban a la desesperación y a la ira más incansable.

-Se llamaba Magdalena -explicó Chaz reflexivo-. Me hizo la vida un poco más fácil en una época muy dura.

Shayne lo miró. Pero no sirvió de nada. Sin luz su expresión permanecía indescifrable, igual que si llevara una máscara. Hasta su voz sonaba fría, demasiado tranquila como para hacerle sentirse bien.

-¿La amabas?

-¿De verdad necesitas que responda a esa pregunta?

-No te crees capaz de amar a nadie, ¿verdad?

Aquella pregunta, susurrada en la oscuridad, lo heló. Quizá fuera la falta de emoción de su voz, o quizá su callada aceptación. Chaz no quería escuchar ninguna de las dos cosas. Maldijo en silencio y se aproximó a ella, persiguiendo con agudeza la más dulce de las fragancias. La tomó en sus brazos. La respiración entrecortada de Shayne demostraba su sobresalto.

-Una vez te amé a ti, ¿no es suficiente?

-¡No! -contestó Shayne luchando contra él, revolviéndose-. Tienes miedo a la vida, Chaz. Nunca lo hubiera creído posible, pero es así.

-No es miedo, esposa mía -susurró él cerca de su boca-. Es cautela, sospecha. Y algo más que un ligero cinismo.

Shayne se volvió evitando aquel roce que era casi un beso, pero Chaz se negó a soltarla. Quizá su rigidez lo alentara, o quizá simplemente no le importara cómo respondiera ella.

-¿Qué fue de Magdalena? -preguntó Shayne cuando comprendió que él no iba a soltarla.

-No fue más que una diversión temporal. -¿Para ti o para ella?

-Para los dos -contestó él-. Ella era la hija menor de una familia rica, y era de naturaleza muy rebelde. Su familia trató de controlarla, pero ella luchó hasta que fue imposible que la perdonaran.

-¿Su familia descubrió que estaba contigo? -Sí.

-¿Y te la arrebataron? -inquirió Shayne volviéndose hacia él-. ¡Oh, Chaz!

-No, Shayne, no reaccionaron igual que Rafe. Su respuesta no fue de rabia y amor. La dejaron sin un penique.

-¿La desheredaron? ¿Cómo pudieron hacer una cosa así?

-Orgullo malentendido, supongo. Inflexibilidad. ¿Quién sabe? La única que se puso de su parte fue su abuela, doña Isabella.

-¿Y tú no pudiste ayudarla? ¿No podías haberte casado con ella?

-Yo no sabía que la habían desheredado. Y aunque lo hubiera sabido, Magdalena no estaba ni a favor del matrimonio ni enamorada de mí -explicó apoyando la mandíbula sobre la cabeza de Shayne-. Te lo he dicho, fue algo temporal. Cuando se hizo evidente que nuestros sentimientos habían cambiado Magdalena hizo las maletas y se marchó deseándome suerte. Doña Isabella vino a buscarla al día siguiente. Una semana más tarde yo me mudaba para ocupar un nuevo puesto de trabajo..

-¿Y no te contaron nada de Sarita?

-No, entonces no. No supe nada hasta hace unos meses. Doña Isabella vino a contarme que Magdalena había muerto en un accidente de coche y se trajo a Sarita con ella.

-¡Vaya sorpresa! ¿O acaso esa palabra es demasiado suave?

-Creo que «shock» es más correcto -sonrió Chaz.

-Isabella debió de pensar que alguien tenía que decirte que tenías una hija. ¿Por qué sino iba a traerla?

-Aún estoy tratando de explicármelo. Si Doña Isabella no quiere que me quede con Sarita, ¿por qué me habló de ella? ¿A qué viene este juego? -inquirió Chaz

-¿Entonces es que ella te ofreció la posibilidad de criar a tu hija?

-Sí, pero solo si podía proporcionarle una casa.

-¿Y una madre? -inquirió Shayne, cuya voz delató de nuevo el

dolor.

-Sí -suspiró Chaz.

Shayne permaneció en silencio mientras Chaz sentía la tensión renacer en ella.

-Quizá sea este un buen momento para que discutamos qué es lo que deseas de mí.

-¿Qué diablos significa eso? -preguntó Chaz.

-Jumbo no iba tan descaminado, ¿verdad? Hemos hecho un trato. Tú querías a una mujer que pudiera crear un hogar para ti -explicó Shayne soltándose de su abrazo antes de que él pudiera darse cuenta-, pero olvidaste mencionar que el hogar era para tu hija, no para nosotros dos.

-¿Y?

-Y me gustaría saber exactamente qué significa eso. ¿Qué quieres de mí? -repitió ella.

Chaz no tenía ni idea de cómo responder a esa pregunta. Rodó por la cama, cruzó la habitación y se quitó la camisa.

-Toma -dijo pasándole el improvisado camisón-. Los dos estamos cansados, y no sé qué ha hecho Jumbo con nuestras maletas. Ponte esto esta noche y mañana las buscaremos.

-No voy a dormir aquí.

-Entonces escoge otra habitación. A mí me da igual una que otra.

-Quiero decir que... que no voy a dormir contigo.

Lo imaginaba. Pero aquello no alteró su decisión. Chaz estaba resuelto.

-Tú y yo dormimos juntos -afirmó en un tono de voz poco habitual en él, un tono que hubiera obligado a obedecer al más díscolo-. Y ahora cámbiate.

Chaz creyó escuchar un juramento. Entre eso y el crujir de ropa supo que había ganado-la batalla. Por fin había conseguido vencer en una discusión. Abrió la puerta y recogió la bandeja. Entonces un rayo de luz entró en la habitación y al volverse vio a Shayne.

Estaba de rodillas en el centro de la cama, sentada sobre las piernas dobladas y con los brazos levantados, lista para ponerse la camisa por encima de la cabeza. Se había quitado su ropa y la luz iluminaba su perfil. El tiempo pareció detenerse concediéndole un respiro, regalándole un segundo eterno, pleno. El dorado cabello de Shayne caía en una cascada por la espalda, y sus puntas terminaban tímidas justo donde comenzaba la redondez de su trasero. Sus muslos, cremosos, se unían a unas caderas estrechas, pero las sombras se mofaban de él arrojando modestas manos justo en el dorado delta bajo su vientre plano. Sus pechos eran altos y redondos, con cimas rosadas

erectas por el beso del soplo del aire. Shayne tenía el rostro vuelto hacia él, y su vulnerabilidad se reflejaba en sus enormes y oscuros ojos ardientes, que eran como una llamada que irrevocablemente llegaba a su alma.

Chaz cerró la puerta y la devolvió al manto protector de la oscuridad. Y entonces comenzó a luchar por seguir respirando, forzando al aire a entrar en sus pulmones. El deseo clamaba en su interior, exigiéndole que dejara la bandeja a un lado y tomara a la mujer que había sobre su cama, marcándola como su posesión.

-¿Chaz?

La voz de Shayne atravesó la oscuridad llena de aprensión. Chaz supo entonces que no podía hacerle daño. Bastante dolor le había causado ya. Luchó como nunca antes había tenido que hacerlo y trató de recuperar el control. La memoria guió sus pasos hacia los pies de la cama, donde dejó la bandeja.

-No has cenado nada, así que le dije a Jumbo que trajera esto.

-Tú tampoco has cenado nada.

Chaz encendió la luz de la mesilla. Shayne se había refugiado detrás de las sábanas, había tirando de ellas hasta el mentón. Nada más ver su rostro Chaz comprendió que sus sospechas eran ciertas. Había estado llorando. Tenía las pestañas húmedas, y había rastros de lágrimas en sus mejillas. Una ira impotente se apoderó de él, ira contra sí mismo por hacerla llorar e ira contra ella por exponerse a ese dolor. Si Shayne se diera cuenta de que el amor no era tan maravilloso como se decía, si desdeñara sus emociones, la vida sería mil veces más sencilla. Podrían gozar del placer que se brindaban el uno al otro sin angustias. Y sin culpabilidad.

Chaz recogió la bandeja y se sentó a su lado. Mojo había hecho una ensalada de pollo. Tomó un trozo y se lo ofreció a su mujer, que abrió la boca sin rechistar. Quizá por cansancio, quizá por hambre. De un modo u otro él no se iba a quejar.

Chaz esperó a que Shayne comiera una buena parte de la ensalada antes de hablar:

-Este es el trato, cariño... Yo haré cualquier cosa con tal de conseguir a mi hija. Por desgracia doña Isabella tiene todos los ases en la manga. Si decide prolongarlo marchándose del país con Sarita no hay mucho que yo pueda hacer. A menos que emprenda una batalla legal, cosa que preferiría evitar a ser posible.

-Y yo soy el medio gracias al cual tú conseguirás a Sarita -lo interrumpió Shayne con los ojos fijos sobre él, llenos de una emoción innombrable e indeseable-.

Esa es la razón por la que te casaste conmigo, para obtener la

custodia de tu hija, ¿no es así?

Chaz trató de infundirse a sí mismo valor y confesó lo imperdonable:

-Más o menos.

Shayne cerró los ojos ocultándole la calidez de su mirada y unos sentimientos que no hubieran debido de importarle. Pero entonces, ¿por qué diablos su fría reserva lo irritaba y enfurecía? ¿Por qué se sentía tentado de tomarla de la barbilla y de forzar a aquellos preciosos ojos marrones a mirarlo para ver si podía hacerles expresar aquello que había brillado en ellos al hacer el amor? Chaz se obligó a sí mismo a no tocarla. Sabía que sería incapaz de reprimirse si cometía el error de hacerlo. Shayne pareció leerle el pensamiento y tiró otro poco más de la sábana.

-¿Esperas que adivine lo que quiere doña Isabella?

-Sí, pero qué pueda ser... -desesperado por ocuparse en algo, Chaz recogió la bandeja y la dejó sobre una silla cerca de la cama-. Escucha, tú puedes adivinarlo tanto como yo. O mejor aún. Apuesto a que mejor.

-Entonces, ¿me das carta blanca?

-Me parece que no me queda otra alternativa.

-¿Y qué ocurrirá una vez que tengas a Sarita?

Chaz no fingió que no entendía la pregunta.

-¿Te refieres a qué pasará contigo?

-Sí -Shayne se hizo un ovillo con la almohada en un gesto de autoprotección-. Si no estoy embarazada, una vez que tengas a Sarita, ¿qué pasará conmigo?

CAPÍTULO 6

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

He tomado una decisión. Es una decisión estúpida, no lo dudo ni por un instante, pero no puedo resistirme a no hacerlo.

Pronto habrá un nuevo Baile de Cenicienta, y he decidido asistir por última vez. Tengo una invitación de un amigo, así que Ella no verá mi nombre en la lista de invitados ni avisará a tu hermano. Pero asistiré, cuenta con ello.

No lo sé. Quizá sea para despedirme de ti. O quizá me esté engañando a mí mismo esperando encontrarte allí. En parte espero que estés. Es extraño después de tantos años, ¿verdad?

Supongo que necesito saberlo con seguridad. Necesito poder dejarte atrás de una vez por todas y comenzar de nuevo. No dejo de repetirme que aunque estés ya no somos los mismos. Existe la posibilidad de que nos encontremos y huyamos el uno del otro.

Pero tengo que saberlo. Tengo que estar seguro de que seguir adelante con mi vida, sin ti a mi lado, es lo mejor. Si estás tendremos otra oportunidad. ¿No es así, Amor Eterno? Y la aprovecharemos.

Y si no estás... supongo que ya tengo la respuesta, ¿no?

Espérame, esposa mía. Ya voy.

Embarazada. Madura para llevar a su hijo en el vientre. La imagen resultaba tan fuerte que Chaz sacudió la cabeza.

-¿Por qué no esperamos a ver qué ocurre?

-No, Chaz, quiero saber la respuesta ahora -insistió Shayne. Chaz sabía que no iba a dejarlo escapar sin una respuesta. Nunca había conocido a una mujer tan decidida a hacerse daño a sí misma-. Si no estoy embarazada, ¿qué será de nuestro matrimonio?

-Demonios, cariño, no voy a echarte de casa.

-Pero tampoco me necesitarás. Ni vas a quererme, ¿no es así?

Lo tenía bien acorralado.

-Me estás pidiendo una respuesta que no tengo -naturalmente ésa no era la respuesta correcta. Se las había arreglado para volver a herirla. Pero se apresuró a dar marcha atrás-. Si estás embarazada entonces, por supuesto, te quedas.

No, esa tampoco era la respuesta correcta.

-¿Pero y si no estoy embarazada? -los labios de Shayne temblaron suplicando un beso que él sabía que rechazaría-. Si no lo estoy nuestro matrimonio se termina.

-¡Yo no he dicho eso! Cariño, estoy muy cansado, no sé ni lo que digo. Al menos hace dos días que no pego ojo y tienes que admitir que el día de hoy no ha sido fácil.

Los esfuerzos de Chaz por suavizar la situación fallaron. Shayne rodó por la cama y le dio la espalda.

-Creo que yo me voy a dormir. Deberías de hacer lo mismo.

-Buena idea -respondió él quitándose la ropa antes de unirse a ella en la cama.

Entonces comenzó a deslizar un brazo por debajo de los hombros de Shayne, pero ella lo paró.

-No tenemos por qué tocarnos, ¿no crees? No creo que pueda... -su voz se interrumpió desgarrándolo-. Creo que dormiremos mejor si no nos tocamos.

Estaba dolida. Y exhausta. Los dos últimos días no habían sido mejores para ella de lo que lo habían sido para él.

-No, no tenemos por qué tocarnos -aseguró Chaz delicadamente.

-Bien.

Pero no, no estaba bien. Chaz se quedó tumbado a su lado y esperó, esperó hasta que su respiración se hizo lenta y tranquila y la tensión abandonó sus músculos. Y entonces la hizo darse la vuelta y la tomó en sus brazos. La mano de Shayne se deslizó por su pecho colocándose junto a su corazón, y su cabeza se hizo un hueco en el hombro. Shayne se acurrucó contra él como si lo hubiera hecho un millón de veces antes, con una pierna por encima de las suyas. Chaz apretó los dientes decidido a resistir.

Pero la victoria final, la que le dio la suficiente paz como para descansar, llegó cuando ella, adormilada, lo besó presionando los labios contra su barbilla y murmuró unas palabras que él no hubiera debido de querer oír. Solo entonces dejó Chaz que se lo llevara el sueño.

Shayne se fue despertando gradualmente con la desconcertante idea de que había algo que estaba mal. Se había sentido cómoda y caliente, perdida en uno de los más deliciosos sueños, uno que parecía haber perseguido durante toda su vida. Pero el sueño se había desvanecido con la llegada de la mañana... al igual que la fuente de la que procedía el calor.

El sonido de una campana retumbó en la habitación e hizo que abriera los ojos. Chaz estaba a los pies de la cama. Al mirar ella él se puso el Stetson sobre la cabeza y miró con sus penetrantes ojos azules en su dirección.

-Buenos días -la saludó.

Chaz se quedó de pie, sin moverse, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Aparentemente esperaba su respuesta. Pero

considerando la forma en que había terminado su conversación el día anterior Shayne no tenía demasiadas ganas de comenzar otra. A pesar de todo... quizá debiera intentarlo.

-¿Eso ha sido una campana?

-Sí, es Mojo. Es para avisarnos de que el desayuno está listo -explicó Chaz. Luego vaciló, como si tuviera algo en mente y no le salieran las palabras-. Siento lo de anoche -dijo al fin-. No fue exactamente la luna de miel que había planeado pero... trataré de hacerlo mejor.

-¿Hacerlo mejor? -repitió ella a duras penas.

-Sí, mejor -contestó él tenso-. Menos... doloroso.

De los labios de Shayne escapó un inaudible grito de incredulidad. Debía de tener un aspecto terrible con el pelo revuelto, la camisa caída por un hombro, los ojos hinchados, la boca abierta por la sorpresa. Chaz, según parecía, interpretó aquel gesto como un acuerdo, porque asintió satisfecho y abandonó la habitación.

¿Menos doloroso? ¿Qué quería decir con eso?

Shayne permaneció en la cama durante cinco minutos más rumiando las palabras de Chaz hasta que de pronto comprendió que había estado durmiendo justo en el centro de la cama. Había una pequeña hendidura en el lugar que había ocupado él, hendidura que ella había sobrepasado en parte. No tenía importancia. En algún momento de la noche ella se había deslizado hacia su lado y había hecho uso de él como si fuera una almohada. Lo que le había negado despierta se lo había revelado en sueños.

Menos doloroso. Aquellas palabras siguieron ocupando su mente mientras se duchaba y vestía con la ropa de la maleta que alguien había entrado en la habitación en algún momento de la mañana. No era demasiado, pero era un comienzo. Significaba que Chaz estaba deseoso de intentarlo. Una chispa de esperanza renació en ella. Era una luz que iluminaba el camino hacia el futuro. Quizá, solo quizá, su matrimonio tuviera una oportunidad.

Shayne encontró a Chaz sentado en el comedor con una taza de café. Había una segunda taza caliente junto a él. Se sentó y hundió la nariz en ella.

-Así que, ¿qué planes tienes para hoy?

-Supongo que tengo que pensar en cómo transformar este lugar.

-¿Alguna idea?

-No.

-Que no cunda el pánico. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo -dijo Chaz. Luego esperó a que ella diera un par de sorbos de café y añadió-: ¿Qué te parece emplear el día en familiarizarte con el lugar?

Mira a ver si hay algo que estimule tu imaginación. Quizá quieras ver los dormitorios y elegir uno para Santa.

-¿A cuántos empleados puedes prestarme para que me echen una mano cuando vaya a empezar? -preguntó Shayne pensando que aquella era una buena idea.

-Puedes quedarte con Jumbo. Él siempre echa una mano en todo lo que se hace aquí. En este momento yo apenas lo necesito, pero si hace falta podemos contratar a alguien en el pueblo. Dile a Jumbo lo que necesitas y yo me encargaré.

Jumbo apareció entonces en el dintel de la puerta como si Chaz lo hubiera conjurado. Llevaba dos platos en la mano.

-Buenos días.

-Chico, tengo mucha hambre -anunció Shayne tratando de empezar con mejor pie aquel día.

-Bueno, entonces, señorita, tengo algo perfecto para ti -sonrió Jumbo poniéndole un plato delante.

-Yo tengo más si no te basta con eso -bufó Chaz.

-Gracias, pero creo que es bastante -contestó Shayne mientras su sonrisa se desvanecía.

-Ahora no me vengas con ésas. Ese platito de nada apenas puede satisfacer a nadie.

-No, de verdad, es suficiente.

-Mojo vendrá, seguro -chasqueó la lengua Jumbo a modo de advertencia-. Espero que no lo sientas demasiado por tu esposa, jefe.

-Ella es mía, yo la protegeré. Y si Mojo quiere hablar unas palabras conmigo yo no tengo inconveniente.

Aquella animada defensa logró elevarle el espíritu a Shayne. Dejó caer la servilleta sobre el regazo e hincó el tenedor sobre los huevos revueltos, obteniendo con ello una sonrisa de parte de Jumbo. Pero cuando los probó volvió a centrar la atención sobre su marido.

-Tengo una primera petición que hacerte.

-¿Sí? ¿Cuál?

-Un perro. Quiero uno grande, un lobo bien hambriento.

-¿Y dónde lo quieres, querida esposa? -sonrió Chaz. -Justo debajo de mi silla -contestó Shayne devolviéndole la sonrisa.

-Veré qué puedo hacer.

Veinte minutos más tarde Shayne apartó el plato y gruñó.

-No puedo comer ni un bocado más.

-Pero si eso es solo parte de lo que ha preparado Mojo...

-¡Mojo! ¡Y dale con Mojo! ¡Esto es ridículo! -exclamó Shayne

levantándose y dirigiéndose a la cocina. Chaz corrió tras ella.

-Cariño, puede que no sea muy buena idea...

-Pues yo creo que es una idea excelente –contestó ella abriendo la puerta de la cocina. Jumbo estaba sentado en una banqueta delante de una barra alta y larga.

De pie, delante del fregadero y de espaldas a ella, estaba el otro gigante que debía de ser Mojo. A su lado Jumbo parecía un mosquito muerto-. Hola.

Mojo se puso rígido. Según parecía con aquella única palabra había conseguido meter la pata.

-¿Es esa la chica? -le preguntó Mojo a su hermano. -Sí, es ella.

-¿Y qué quiere?

-No lo sé. ¿Qué podemos hacer por usted, señora? -Pensé que Mojo y yo debíamos de conocernos. -Mojo no conoce a nadie.

-Pues ahora sí -respondió Shayne cruzándose de brazos.

Mojo dejó la sartén que estaba fregando en el escurridor y se secó las manos. Luego se volvió y enseñó un rostro sembrado de heridas y completamente remendado. Pero Shayne no se asustó como los demás cuando lo veían por primera vez. En lugar de ello lo examinó abiertamente. Y luego se acercó a él. Se puso de puntillas y le recogió un mechón de pelo de la frente, que le tapaba una de las heridas.

-Chico, tuviste suerte -comentó-. Medio centímetro más abajo y hubieras parecido una imitación de un pirata, con parche y todo. ¿Qué te ocurrió? ¿Fue un accidente de coche?

-Bueno, digamos que mi caballo ya no tiene parabrisas.

-¿Tu caballo? -repitió Shayne riendo.

-Es broma. Mojo y yo no montamos a caballo -rió Jumbo.

-Quizá es que no haya ningún caballo dispuesto a llevarte -intervino Chaz.

-Vamos en tu Jeep.

-¿Entonces es que a tu Jeep lo llamabas Caballo?

-Exacto -respondió Jumbo impresionado-. Un día Caballo decidió lanzar a Mojo por delante de él tirándose por un terraplén.

-Eso me suena familiar -comentó Shayne, que se aproximó a la mesa más cercana y se subió a ella.

Luego miró de reojo a su marido preguntándose cómo iba a tomarse aquello y se desabrochó la manga izquierda de la camisa. Era mejor hacerlo en público, donde Chaz tuviera que controlarse, que en privado. Los hombres la miraron curiosos y ella se remangó exponiendo una larga cicatriz.

-Me llega hasta el hombro -anunció-. Y tengo suerte de poder levantar el brazo. Todavía me pica cuando cambia el tiempo.

Chaz respiró hondo, y Shayne miró en su dirección con los nervios de punta. Parecía como si alguien le hubiera dado un puñetazo.

-Bonita -comentó Mojo silbando.

-Pues esto no es nada -contestó ella sacándose la camisa de la cinturilla de los -vaqueros y levantándosela hasta enseñar las costillas-. Tengo marcas de éstas por todo este lado del cuerpo. Os enseñaría más, pero puede que a mi marido no le guste.

-¿Qué diablos te ocurrió? -preguntó Chaz.

-Tuve un accidente de coche, igual que Mojo.

-¿Pero cómo? ¿Cuándo?

-Hace bastante tiempo a juzgar por las heridas -contestó Mojo acercándose lo suficiente y silbando unas cuantas veces más-. ¿Cuánto tiempo estuviste en reposo?

-Un par de meses -respondió Shayne aprovechando la ocasión para evadirse de las preguntas de su marido-. Eso sin incluir la cirugía estética que tuvieron que hacerme para quitarme las cicatrices más feas.

-¡Hah! ¡Te gano! -se mofó Mojo-. Yo la primera semana estuve a punto de morir tres veces. Los médicos dijeron que no tenía ninguna oportunidad.

-¿En serio? Bueno, yo perdí la mitad de todo el volumen de mi sangre.

-¡No!

-Bueno, quizá no fuera la mitad -sonrió Shayne-, pero era mucha. Sí mi hermano no hubiera reaccionado tan deprisa habría muerto.

-¿Rafe estaba contigo? -preguntó Chaz apretando los labios.

-Venía detrás de mí -contestó Shayne eligiendo con cuidado las palabras.

-¿Por dónde ibais?

-Por Costa Rica. Las carreteras de montaña pueden ser realmente peligrosas.

-Entonces me aseguraré de que te alejas de las carreteras de por aquí.

-Pues va a ser un poco duro viviendo a la sombra de las Rockies.

-Aléjate de ellas -repitió Chaz con severidad, esperando, sin duda, zanjar con ello el asunto.

Shayne se encogió de hombros y se volvió de nuevo hacia Mojo.

-Y en cuanto a la cocina...

-¿Qué pasa con ella? -preguntó el cocinero de mal humor.

-Que creo que es fuente problemas. O al menos eso me ha parecido.

-¿Tienes algo que decirme? -preguntó Mojo cruzándose de brazos.

-Desde luego. Ya que hoy estoy revelando tantos secretos, creo que voy a confesar otro más.

-¿Y cuál es?

-Que yo no cocino.

-¿No cocinas?, ¿en serio? -inquirió Mojo contento. -No cocino. En serio. Nuestra ama de llaves, en Costa Rica, trató de enseñarme unas cuantas lecciones, pero finalmente tuvo que darlo por imposible. -¿Cuántas cenas quemaste? -preguntó Chaz relajándose lo suficiente como para sonreír.

-Demasiadas como para contarlas. Rafe fue muy equitativo conmigo. Quizá fuera porque acababa de rescatarme de... -de pronto Shayne cerró la boca, pero fue demasiado tarde.

-¿Rescatarte de dónde? -preguntó Chaz en voz baja-. ¿De quién, de mí?

-¡No! No -repitió Shayne para que quedara bien claro-. Tú sabes muy bien que de ti no necesitaba que me rescataran.

-¿Entonces, de quién?

-De mi ... tía -respondió Shayne bajándose de la mesa y sonriendo-. Entonces, ¿hemos resuelto la crisis de la cocina? ¿Seguirás cocinando para nosotros, Mojo? -Desde luego. Y si alguna noche quieres algo especial para cenar... bueno, diablos, consideraré incluso la posibilidad de preparártelo.

-Aprecio mucho esa oferta -contestó Shayne con gravedad-, pero trataré de no tomármela al pie de la letra.

-Sabía que ibas a gustarme -comentó Mojo dándole palmaditas a Shayne en la espalda-. Un poco escuálida, pero ya me encargaré yo de eso.

Chaz dio un paso adelante antes de que Mojo siguiera dándole golpes en la espalda y la tirara.

-Ella está muy bien como está. -No si está comiendo por dos.

-¿Qué has dicho? -preguntó Chaz sobresaltado. -Tengo ojo -insistió Mojo orgulloso-. Lo heredé de mi mamá. Ella podía ver cosas que otros no ven, y yo también.

Shayne tomó a Chaz de la mano y lo arrastró hacia la puerta.

-Vamos, Mojo está de guasa. Es demasiado pronto para saberlo con seguridad.

Chaz se dejó llevar y comentó:

-Mojo va a perder su empleo como no tenga más cuidado.

-Confía en mí, eso no te conviene -respondió Shayne.

-¿Ah, no? ¿Tan mala cocinera eres? -preguntó Chaz.

-Peor -lo miró sonriendo-. Mucho, mucho peor.

-Pero es que no entiendes, jefe.

Chaz ni siquiera levantó la cabeza del libro de cuentas.

-No hay nada que entender, Jumbo. Ella está al mando. Y si dice que hay que mover algo a la izquierda, entonces tú agarras toda la casa y la mueves a la izquierda, ¿comprendes?

-Pero... pero es que tiene una pizarra.

-¿Una qué? -preguntó Chaz atendiéndolo por fin.

-Ya me has oído. Es una de esas que tiene un bolígrafo colgado y... la cosa se pone cada vez peor, jefe. No sé cómo decírtelo pero... te lo diré claramente, agárrate.

-Ya estoy agarrado.

-Está haciendo una lista. Igual que si fuera la mismísima Santa Claus.

-¿Una lista, dices?

-¿No ves que lo va a cambiar todo? -preguntó Jumbo caminando de un lado a otro del despacho con dos zancadas-. Sé que no está bien, pero he estado espiando. Lo tiene todo numerado.

-¿Numerado? -sacudió la cabeza Chaz-. Eso parece serio.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Jumbo poniéndose en jarras.

-Parece que tendré que hablar con ella. ¿Tienes idea de dónde está?

-En uno de los dormitorios. Yo esperaré aquí a que vuelvas.

Chaz buscó a Shayne por los dormitorios. Estaba en el que supuestamente ocuparía Sarita, sentada en un banco junto a la ventana, contemplando los pastos con algo en los brazos. A un lado estaba la pizarra con la famosa lista. Chaz no pudo evitar sonreír. Shayne incluso se había cambiado de ropa, y se había atado el glorioso cabello en un moño.

Chaz se acercó a ella y le soltó el moño, permitiendo que sus mechones cayeran. Luego deslizó las manos por la cascada de oro y le acarició la nuca.

-No creí que fuera posible, pero has asustado a Jumbo.

Shayne se mantuvo de espaldas y se recostó sobre su pecho para mirar los nevados picos de las Rockies.

-Eso creo. Sospecho que la culpa ha sido de la pizarra.

-Está en mi oficina temblando de miedo.

-Lo siento -rió ella-. Sólo trataba de organizarme.

-Pues hazme un favor, ¿quieres? Procura organizarte un poco menos, a ver si así no asustas a tu ayudante -Shayne asintió-: ¿Se te ha ocurrido alguna brillante idea?

-Unas pocas -contestó ella apartándose de él. Luego dejó la caja que tenía en las manos sobre el banco de la ventana-. He decidido que esta habitación es perfecta para Sarita. Creo que tú pensaste igual,

¿no?

Chaz se maldijo en silencio. Había olvidado que lo había dejado allí.

Shayne le dio la vuelta a la caja y descubrió la muñeca que Chaz le había comprado a su hija. Era el tipo de muñeca que suponía le resultaría irresistible a cualquier niña. Tenía el rostro de porcelana, el cabello largo, negro y rizado, e iba vestida de raso llena de lazos. Tenía ojos marrones y largas pestañas. Chaz se aclaró la garganta. Algo iba mal, pero no estaba seguro de qué.

-He oído decir que a las niñas les gustan las muñecas que se parecen a ellas.

Shayne cerró los ojos, de pronto cansada. ¿Cómo podía pensar un hombre que no tenía corazón cuando se comportaba con tanto esmero y consideración? No tenía sentido.

-Es preciosa, Sarita la adorará.

-¿Tú crees? -preguntó Chaz-. La compré para regalársela en Navidad o como regalo especial... para hacerla sentirse más en casa cuando se mudara aquí. ¿Tú qué opinas?

Aquella era la primera vez que lo veía vacilar. Debía de querer mucho a su hija. En parte se alegraba por él, pero en parte también se lamentaba de que Chaz no hubiera hecho un esfuerzo semejante por su perdida esposa. Shayne tomó la pizarra y se puso en pie.

-Creo que es un regalo perfecto, da igual cuándo se la des.

Chaz la tomó del brazo al pasar.

-¿He hecho algo mal? -No, por supuesto que no.

-Estás molesta. ¿Por qué? -la examinó Chaz-. ¿Es por lo de la pizarra?

-No seas ridículo.

-¿Es por lo de anoche? ¿Tienes miedo de que vaya a echarte una vez que tenga a Sarita?

Shayne no tenía fuerzas para volver a enfrentarse a él. ¿Cómo podía explicarle a un hombre que no creía en el amor que ella se había pasado la vida entera buscándolo? ¿Cómo podía decirle que en una ocasión lo había encontrado en sus brazos? ¿Y cómo explicarle que sería precisamente amor lo que más anhelaría una niña, más incluso que una muñeca? Shayne misma, de pequeña, había perdido a sus padres y se había sentido abandonada y sin amor. Aquellos habían sido los peores años de su vida, una década llena de heridas mucho peores y más permanentes que las de su cuerpo. Y había aprendido que, sin amor, la vida era una pérdida de tiempo.

Miró a los ojos a su marido. Sus preciosos ojos azules parecían helados como el invierno y de pronto cálidos como el verano, al

instante siguiente. En aquel momento eran cálidos. ¿Que si tenía miedo de que la echara? ¿Acaso Chaz no comprendía nada?

-No, Chaz, eso no me da miedo. Tengo miedo, estoy aterrorizada, me da miedo la idea de que tengas razón, de que sea cierto que ya no sabes amar.

Y, mientras lo observaba, el viento descendió sobre su rostro, sobre la dura línea de su boca y sobre sus ojos, que se mostraron helados de pronto.

-No es necesario que le tengas miedo a la verdad, cariño -contestó Chaz con una sonrisa fría-. Sencillamente enfréntate a ella.

CAPÍTULO 7

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

Fui al Baile de Navidad. No hace falta decir que tú no.

No sé qué más decirte en mis cartas. No sé qué sentir. Nunca pensé que me rendiría. Pero ahora...

He conocido a alguien, Shayne. No la amo, pero la verdad es que no creo que sea capaz de volver a amar. Magdalena y yo hemos llegado a un acuerdo y ella parece feliz, a pesar de que yo no tenga mucho que ofrecerle. Demonios, si fuera sincero con ella le diría que no tengo nada que ofrecerle. Pero ella no me pide nada. Ella siente un vacío que crece de año en año, un vacío que sospecho que un día me consumirá.

¿Pero entonces por qué siento como si te estuviera engañando?

Te he fallado, cariño, y lo siento de veras. Pero es así. No puedo soportarlo más. Y por eso, mi largamente perdida esposa, te digo mi adiós final.

Si alguna vez hubiera encontrado el Amor Eterno habría sido contigo.

Chaz recordó el segundo exacto en el que cayó en la cuenta. Estaba subido a la escalera, recogiendo basura del canalón. Podía haberla perdido.

Había pasado años buscando a Shayne, y hubiera podido perderla para siempre hacía tiempo, si hubiera muerto en aquel accidente de coche en Costa Rica. El nunca habría conocido su destino. Bajó las escaleras y entró en la casa. Encontró a Shayne en la planta de arriba, ordenando las tres habitaciones vacías. Shayne hizo una pausa y levantó la cabeza.

-¿Necesitas algo?

-Sí.

Chaz hizo un gesto con la mano a los empleados para que se marcharan, se quitó los guantes y los tiró al suelo. En el mismo instante en el que estuvieron solos puso a Shayne contra la pared y tomó su rostro entre las manos. Y durante un rato estuvo así, mirándola, contemplando sus delicados rasgos. Tenía una piel suave y cremosa, y el color que le daba el trabajo le sentaba bien. Mientras la observaba ella se lamió los labios, generosos y lujuriosos, y clavó sus aterciopelados ojos oscuros sobre él. Aquellos ojos seguirían persiguiéndolo siempre, lo habían perseguido mientras estaba subido a la escalera.

-¿Chaz?

-Shh. Tenía que hacer esto.

-¿Hacer qué?

Las palabras no le salían, de modo que dejó que sus acciones hablaran por' él. Deslizó una mano por la nuca de Shayne y atrajo su boca hacia él. Y entonces se dejó caer en un infinito placer, profundo y sin fin. Pero no le resultó doloroso. No, se estaba deleitando en el par de labios más deseables que jamás hubiera besado. Chaz aspiró su fragancia, la consumió, la devoró deprisa, a cachitos.

Shayne podría haber muerto.

Pero no había muerto, sino que le devolvía el abrazo. Sus miedos se desvanecieron, pero no así su deseo. Si acaso se hizo incluso más fuerte, hasta el punto de no dejarlo pensar. Chaz la abrazó con fuerza, sintiendo sus suaves pechos contra el de él y las redondas caderas contra su cuerpo. Si no hubiera habido nadie en la casa la habría tomado allí mismo, en ese instante. ¿Hubiera envuelto ella las piernas alrededor de su torso dejando que la salvaje tormenta la consumiera, o habría prevalecido su modestia? La pasión que sentían el uno por el otro aumentó de intensidad por momentos. Tenía la respuesta.

¿Pero cuánto tiempo duraría esa pasión? ¿Durante cuántos días continuaría él anhelándola? ¿Cuántas noches pasarían antes de que uno de los dos o ambos se sintieran saciados? Chaz volvió a besarla, pero de un modo incontrolado, desesperado por aferrarse al placer del presente y olvidar el futuro. Shayne había llegado a puerto, estaba a salvo en sus brazos... si es que sus brazos eran un puerto a salvo. Ella no parecía compartir sus dudas.

Porque su mujer, su dulce y preciosa mujer, le ofrecía su boca con tanta generosidad y calor, tan abierta a cada uno de sus deseos, que aquello amenazaba con destruirlo. .

Nunca comprendería a los hombres, ni aunque viviera cien años.

-No te entiendo, Chaz. Creía que querías que arreglara la casa.

-Sí, pero arreglar significa pintar las paredes, los muebles, poner una alfombra aquí y allá, unos inútiles cojines. ¡No esto!

-Pero no pensaba dejar el baño sin cañerías, solo iba a escoger cosas infantiles.

-¿Y las niñas necesitan raíles en la bañera?

-Sí, y en la ducha. Y uno de esos asientos en un rincón. Son perfectos para poner los botes de champú. Las niñas pequeñas usan un montón de botes de champú. Tienen un poyete lleno.

Chaz se caló el Stetson y respondió:

-Está bien. Pon una ducha con asiento. ¿Pero dos lavabos? ¿Para qué necesita dos?

-Bueno... -de pronto Shayne sintió que le llegaba la inspiración-. Es

evidente que tú nunca has vivido en una casa con dos mujeres.

-Una niña pequeña no es una casa llena de mujeres.

-Lo es cuando es su cumpleaños y hace una fiesta por la noche con sus amigas.

-¿Una fiesta por la noche?

-Sí, es esencial -afirmó Shayne decidida-. En cuanto se corra la voz de que tienes una hija llegará una avalancha de niñas pequeñas.

-¿Una avalancha? -repitió Chad a punto de desfallecer.

-Sí, riéndose a hurtadillas, poniéndose maquillaje.

-¿Maquillaje? ¡Pero si Sarita solo tiene tres años!

-Pero crecen muy deprisa -replicó Shayne contenta.

-No, mi hija no -sacudió Chaz la cabeza.

-Creo recordar que Rafe dijo algo parecido a propósito de mí. Lo dijo en español, y había un chico que trataba de conseguir una cita.

-¿Una cita? -repitió Chaz derrumbándose contra la pared.

-Ya hablaremos, ahora tengo que ver al electricista.

-¿Qué diablos le ha pasado a mi suelo? -gritó Chaz.

-A mí no me mires, ha sido idea de tu mujer -contestó Jumbo levantando las manos.

-Mi... -debería de haberlo supuesto-. ¿Y dónde está mi mujer?

-En tu despacho.

Chaz frunció el ceño. Aquello no le hacía nada feliz. El despacho de un hombre debía de ser un lugar sagrado, incluso para su mujer.

-Bueno, pues no hagas más agujeros en el suelo.

-Lo siento, jefe, pero yo no recibo órdenes de ti. Me dijiste que hiciera todo que me mandara Shayne, y eso es lo que estoy haciendo.

Chaz gruñó de frustración

-Sigue así, grandullón, y te arrojaré por encima de la tapia hasta que... hasta que se te congelen las orejas.

-¿Las orejas? -silbó Jumbo-. El matrimonio te sienta mal, jefe. Ya no dices cosas tan ingeniosas como antes.

-¿Ah, sí? -preguntó Chaz enfadándose aún más-, Pues a ti también se te han acabado los días de decir cosas graciosas. En cuanto llegue mi hija no quiero oír ni una sola palabra malsonante. Y eso va también por Mojo.

-¿Y eso se lo vas a decir tú, o vas a atar una nota a una piedra y a arrojársela a la cocina? -sonrió Jumbo.

-Creo que dejaré que se encargue mi mujer -sonrió Chaz.

-Entonces obedecerá como un corderito. Nunca creí que llegara el día en que mi hermano obedeciera a una mujer.

-Pues aún no has visto nada, Jumbo. Espera a que venga mi hija. Apuesto a que ella consigue domesticarlo en una hora.

Chaz miró la puerta del despacho. Estaba cerrada. ¿Qué diablos estaría tramando Shayne?

-¿Shayne, qué diablos le has hecho al suelo?

Ella estaba sentada detrás de la mesa, con su gloriosa melena sujeta en un moño una vez más. Sus manos hubieran corrido a soltárselo, sus labios hubieran corrido a besar cada una de las heridas de Shayne si ella lo hubiera dejado. Pero por supuesto no había tenido la oportunidad.

Durante las dos últimas semanas ella solo le había dejado tocarla dos veces. La había besado en dos ocasiones, pero o bien era de día o ella estaba dormida. Solo entonces Shayne accedía a acurrucarse contra él y a dejarse envolver en sus brazos. Solo entonces ella se permitía besarlo en el mentón y susurrar sus prohibidas palabras de amor, permitiéndolo sumirse en un dulce olvido. Solo entonces encontraba él verdadera paz. Aquel matrimonio lo estaba matando poco a poco, haciéndolo cachitos que quizá nunca pudiera volver a recomponer.

Pero Shayne no se daba cuenta. No. Ella permanecía dolorosa y frustrantemente sumida en el olvido. Shayne levantó la vista de los papeles y tomó el auricular en una mano.

-Estoy contigo en un minuto. -Tenemos que hablar, Shayne. Por supuesto ella lo ignoró.

-Los que quiero son de 30x30. ¿Puedes embalarlos y mandármelos? Por avión, si es necesario. Sí, ya sé que será caro, pero no importa. Comprueba que pasan la aduana, Chelita. O que se encargue Marvin de eso. Ya he llegado a un acuerdo con él.

-¿Con quién diablos estás hablando? -exigió Chaz saber.

-Gracias, Chelita, hasta pronto.

-¿Quién diablos es Marvin?

-Un amigo. Creció en el pueblo, cerca del cafetal de Rafe.

-¿Y qué es lo que te va a mandar por la aduana?

-Algunas piezas artísticas.

-Ah, bueno, escucha. El suelo...

En ese momento la puerta se abrió y entró un hombre con un cinturón tan pesado a causa de las herramientas que llevaba colgadas que se le cayeron los pantalones. Chaz se puso delante para evitarle la vista a su mujer. Era impropio que un hombre vagara por su casa así, delante de su mujer. Shayne movió la silla para poder verlo.

-Hola, Tim, ¿qué puedo hacer por ti?

-Ya he terminado con los agujeros de las paredes. Sin problemas -

contestó él subiéndose los pantalones, que volvieron a caérsele dos segundos después-. ¿Te importaría echarle un vistazo?

-¡Alto ahí! -los interrumpió Chaz-. ¡Nada de agujeros en las paredes!

-Gracias, Tim, iré enseguida -sonrió Shayne. La puerta se cerró y la sonrisa de ella, dulce y maravillosa,

se desvaneció-. Creía que me habías puesto al mando de la casa.

-Y lo hice, pero...

-No recuerdo que hubiera ningún pero en nuestro acuerdo.

-Pues tiene que haber alguno -replicó Chaz apretando los dientes-. ¡Con varias comas para que pueda ir añadiendo cosas conforme van saliendo agujeros en las paredes!

-Estás gritando.

-Me está permitido gritar -respondió Chaz comenzando a caminar por la habitación para derrochar la energía sobrante sin tener que sacar a Shayne de detrás de la mesa y dar rienda suelta a sus necesidades físicas-. Y me está permitido jurar. Y quejarme cuando mi mujer da cháchara a hombres medio desnudos.

-No puedes estar refiriéndote a Tim.

-¡Sí, me refiero a Tim! Un poco más y lo conoces mejor que su médico. Se supone que tienes que preparar la casa para mi hija, y apenas faltan dos semanas para que venga la hermana de Satanás con su escoba.

-Qué comparación más interesante -comentó Shayne ladeando la cabeza.

Chaz dejó el Stetson sobre la mesa y se mordió la lengua.

-Ya sabes a qué me refiero. En lugar de arreglar las cosas estás destrozando la casa hasta dejarnos...

El anillo de bodas de Chaz reflejó un rayo de luz. Chaz maldijo en silencio. Ya era suficiente. Su vida ya no le pertenecía, sus empleados lo habían traicionado y su mujer lo trataba como a un irritante hermano menor. Ni siquiera podía expresar con libertad lo que pensaba, tenía que medir cada una de sus palabras, y lo peor de todo era que sentía un dolor que no desaparecía.

Bien, había una cosa que sí podía hacer. Podía marcharse al establo, echar de allí a los animales y convertirlo en su hogar. Podía convertir el establo en un lugar solo para hombres, sin mujeres y sin agujeros. Pondría un refrigerador y lo llenaría de cerveza. Pondría un bar. Aunque por supuesto tendría que cerrarlo con llave para evitar que se llenara de cowboys.

-¿Qué ibas a decir? -preguntó Shayne con una ceja inquisitiva-. ¿Que estoy destrozando la casa hasta dejarnos...?

-Sordos.

-Eso es justamente lo que pensé que ibas a decir.

Shayne se puso en pie. Lo rodeó con los brazos por la cintura y mostró todos sus encantos femeninos. Dijo algo más, pero Chaz no se enteró. A cada nuevo contacto de ella las piezas de su cuerpo se iban sobrecargando. Y finalmente todo su sistema falló en bloque. Su cuerpo sufrió un cortocircuito y su cerebro se bloqueó en el esfuerzo por calibrar los daños. Chaz luchó por respirar. Solo uno de sus sistemas permanecía en perfecto funcionamiento. Pero tenía que controlarlo, porque era una verdadera amenaza de aniquilación.

-No... hagas... eso.

Shayne dio un paso atrás y lo miró con expresión confusa.

-¿Ocurre algo malo?

Chaz trató de articular palabra. Shayne esperó pacientemente, parpadeando con sus enormes ojos marrones y forzándolo a fundir unas cuantas neuronas más.

-No.

-Bien -respondió Shayne dándole otro matador abrazo-. Voy a ver a Tim, hasta luego.

Chaz no supo cuánto tiempo permaneció inmóvil, pero cuando recuperó la movilidad lo primero que hizo fue dirigirse al establo. Las heladas temperaturas no lograron agarrotarlo, pero podía maldecir cuanto quisiera. Quizá sus empleados encontraban extraña su conducta, pero no dijeron nada. Excepto Penny.

-Qué, te ha dado donde más duele, ¿verdad? Las mujeres son especialistas en eso. O eso he oído yo nunca fui tan estúpido como para tratar de averiguarlo.

-Muy bien, pues ahora voy a poner límites.

Shayne parpadeó mirando a Chaz llena de confusión. Estaba de rodillas sobre la alfombra del despacho de Chaz, y desde esa posición su marido parecía Jumbo.

-¿Qué límites?

-Los que voy a establecer aquí mismo, en este mismo instante -contestó Chaz echándose hacia atrás el Stetson y cruzándose de brazos-. Veamos. Cuando destrozaste uno de los cuartos de baño no rechisté, a pesar de que estaba perfectamente decente. Ni siquiera dije una palabra sobre el loco del electricista, a pesar de que hubiera debido llamar a la policía para que lo arrestaran por indecente. Y he sido el hombre más comprensivo de la tierra con esos agujeros que has hecho en las paredes y en los suelos.

-¿Lo crees?

-Me lo he tomado todo con paciencia, como un corderito. Y, cariño, eso es mucho decir en la tierra de las cabras -continuó Chaz mirándola con tal expresión de sinceridad que Shayne comprendió que creía verdaderamente en lo que decía-. Ningún otro hombre se hubiera conformado con este desorden sin perder el control.

-¿Lo crees?

-¡Por supuesto! Pero esto ha ido demasiado lejos.

-Si lo dices por el suelo de tu despacho no te preocupes, durará poco.

-No puedo llegar a la mesa.

-Yo sí -contestó Shayne poniéndose de pie-. ¿Necesitas algo? Te lo alcanzaré...

-No se trata de eso -replicó Chaz mirando las tiras de luces parpadeantes sobre la alfombra-. Esto tiene un sospechoso aire a Navidad.

-Es que es para Navidad. Pensé que podría poner unas cuantas luces y decorar un poco las habitaciones antes de que...

-No en mi casa.

-¿No en tu casa?

-Ni en este mundo ni en el otro. Yo no celebro la Navidad.

_¿Qué quieres decir con eso de que no celebras la Navidad?

-Nada de luces. Ni de árbol. Ni estúpidos ángeles de cerámica ni Santa Claus abarrotándolo todo. Ni lazos ni cintas ni nada que se parezca ni remotamente al verde y al rojo de la Navidad -hizo una pausa para considerarlo mejor-. A menos que se trate de algo comestible. No quiero mostrarme poco razonable en esto, pero aquí no hay navidades. ¿Queda claro?

-No -contestó Shayne. Los ojos de Chaz reflejaron ira-. ¿Quieres explicármelo otra vez?

-Ya me has oído.

Antes de que las cosas pudieran ir a más Jumbo apareció en el umbral cargado de luces. Se quedó mirando a uno y otro y musitó:

-Oh oh.

-El jefe dice que él no celebra las navidades -comentó Shayne volviéndose hacia él como para pedir confirmación-. ¿Qué ocurre aquí?

-No sabría decirte, yo solo trabajo aquí.

-¿No sabrías, o no querrías? -lo miró seria Shayne-. Vamos, Jumbo, suéltalo. ¿No hay Navidad? ¿Nunca?

-Me temo que no. Es decir, no las ha habido desde que yo lo conozco, y de eso hace cinco años. Por lo general el jefe se encierra en

su despacho con una botella de Jack Daniels y un montón de papel de cartas y se emborracha hasta el sopor.

-¡Yumbo! -gritó Chaz quitándose el Stetson y tirándolo al suelo.

-¿Qué? ¿He dicho algo malo?

-Si quisiera que mi mujer supiera de mis aventuras yo mismo se las contaría -explicó Chaz poniendo el dedo índice sobre el pecho del hombretón-. No te olvides de quién firma tu cheque.

-Tonterías, jefe. Te olvidas de que me asignaste a su servicio. Tengo que responder a sus preguntas.

Era el momento de interrumpir aquella discusión, antes de que llegaran a las manos. Shayne se puso en pie y señaló el pecho de su marido con el dedo índice ella también.

-Y mi siguiente pregunta es: ¿por qué te desagrada tanto la Navidad? ¿Vas a contestarme o tengo que preguntárselo a Jumbo?

Chaz no deseaba contestar, eso era evidente. Pero lo que Shayne no comprendía era la razón. Sin embargo llegaría hasta el fondo del asunto. Chaz podía mostrarse endiabladamente reservado si quería, pero ella podía ser muy cabezota. Chaz miró a Jumbo y ladeó la cabeza indicando la puerta. Jumbo se apresuró a salir del despacho.

-Suéltalo, Chaz. ¿Qué ocurre?

-Si no hay más remedio... las navidades me traen malos recuerdos -confesó Chaz.

También a Shayne las navidades le traían malos recuerdos. Razón de más para convertirlas en algo alegre y tratar de olvidar.

-¿Por algo que me puedas contar? -preguntó ella amable.

-Lo siento, Shayne, aún no estoy preparado para eso.

-Chaz, entiendo que te muestres reacio, pero tienes que comprender que no puedes negarte a celebrar la Navidad. No sería justo para Sarita.

-No metas a mi hija en esto.

-¿Crees de verdad que puedes ignorar las fiestas como si no existieran? -Yo sí.

-Bueno, pues los demás no. Yo no -afirmó Shayne-.

Ni tampoco podrá hacerlo Sarita. Y te garantizo que no funcionará con doña Isabella.

-Teniendo en cuenta que ella no va a estar aquí no creo que eso le afecte.

-¿Y yo? ¿Estaré yo aquí en Navidad? ¿O es que mis deseos no valen nada?

-Aún no sabemos si estarás o no. ¿Estás embarazada?

Aquella malévola pregunta le robó el aliento. Su brutalidad resultaba como una bofetada. Shayne luchó por no derramar las

lágrimas. Aquel no era el hombre con el que se había casado nueve años antes. Las circunstancias lo habían transformado en el hombre que tenía delante, un hombre con un de corazón de hielo. ¿Qué diablos le había ocurrido? ¿Qué le había transformado en un hombre tan frío y remoto, y qué podía hacer para conseguir que volviera a ser el de antes? Shayne tardó un minuto entero en controlarse y contestar, y entonces mintió:

-No sé si estoy embarazada.

-Lo siento, Shayne, no venía a cuento.

-, Fue en Navidad cuando Magdalena te dejó? -insistió ella-. ¿Es por eso por lo que te trae malos recuerdos?

En parte esperaba que aquella nueva pregunta lo devolviera a su frío estado anterior, pero en lugar de ello Chaz sacudió la cabeza y contestó:

-Esto no tiene nada que ver con Magdalena. No me gusta la Navidad. Fin de la discusión.

-¿Y eso es todo? ¿Es esa tu última palabra?

-Es mi última palabra.

CAPÍTULO 8

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

Ni siquiera puedo explicar por qué vuelvo a escribirte este año. ¿Por costumbre? ¿O es que me gusta castigarme a mí mismo? No te amo. No, no amo a nadie. Ya no. Los sentimientos que tuve una vez han muerto hace mucho tiempo.

Pero aún sigo mirando a otras mujeres y pienso... que no son tú.

Shayne... ¿Qué le ha ocurrido a nuestro Amor Eterno? ¿Por qué no puedo arrancarte de mi mente?

-Y en eso de las navidades, ¿qué parte de mi última palabra... es la que no has entendido? -inquirió Chaz.

Shayne se sentó en lo alto de la escalera en medio del pasillo y parpadeó con expresión inocente. Pero Chaz no estaba dispuesto a creer en esa inocencia, ni en sus largas pestañas cayendo sobre aquellos ojos marrones de mujer fatal ni en sus húmedos y provocativos labios entreabiertos con un gesto ingenuamente seductor. Y menos en su tono de voz cuando contestó:

-No he entendido nada.

-Sabes muy bien lo que quería decir -contestó Chaz moviendo una mano en el aire para señalar el último de todos los vertiginosos cambios que estaban teniendo lugar en la casa-. Estas decoraciones navideñas... las que te dije que no podías poner en mi... en nuestra casa.

-¿Nuestra casa?

Shayne repitió sus palabras con una deliciosa sonrisa que lo derritió por entero durante dos segundos completos antes de poder recordar por qué estaba enfadado.

-Esa sonrisa no va a arreglar las cosas, querida. Y ahora quita la decoración. Y deprisa.

-No seas tonto, Chaz. Esta decoración no es de Navidad -mintió con labios sensuales.

-¡Pero si son luces intermitentes! Si eso no es para...

-¡Ah, te refieres a eso! -respondió Shayne con un gesto despectivo de la mano-. Eso no son luces de Navidad.

-¿No?

-¡Pues claro que no, por Dios! ¿Quieres saber por qué?

-Sí, por favor, dímelo -rogó Chaz controlando su ira y apoyándose en el dintel de la puerta-. Tengo que saberlo.

Shayne se arrellanó en el último escalón de la escalera de aluminio con toda tranquilidad, sin importarle que la escalera se tambaleara.

-Mira, las luces de Navidad son verdes, rojas o blancas. Estas son

rosas.

-Rosas.

-Exacto. ¿Ves esos lazos? ¿Esos que sujetan la hiedra? -preguntó Shayne dejando de mover la escalera, para alivio de Chaz-. Pues no son lazos de Navidad tampoco.

-No, por supuesto que no. Déjame que lo adivine, no son de Navidad porque son de color púrpura.

-No seas ridículo, son de color castaño rojizo. Y además no les he puesto ninguna rama de abeto ni nada que recuerde ni remotamente a la Navidad.

-¿Y entonces cómo llamarías a todo esto? -preguntó Chaz mirando a su alrededor.

-Un trabajo de cosmética, tal y como me pediste. ¡Pero por Dios, si ni siquiera la hiedra es verde!

-¿Entonces de qué color es? ¿Roja?

-No me tomes el pelo -rió Shayne-. Sabes perfectamente que es azul. Azul verdoso, color pino, para ser exactos.

-¿Estás tratando de decirme que el color del pino y de la hiedra no es verde?

-Ni lo más mínimo. Es más azul que otra cosa.

-Ya -asintió Chaz acercándose a la escalera-. Pues te diré, en primer lugar, que era a esto a lo que me refería cuando dije que no quería decoraciones navideñas. Lo segundo es que cuando te pedí que hicieras un trabajo de cosmética me refería a que pintaras las paredes, no a que llenaras la casa de hiedra. Y lo tercero es que como no rellenes de inmediato los agujeros del suelo alguien se va a caer y no vamos a volver a encontrarlo.

-Pero si hay un forjado inferior, debajo del suelo -contestó Shayne tambaleándose en la escalera-. Es imposible que nadie se caiga.

-No, pero tropezará y se romperá algo.

-Sabes... tiene gracia que menciones los agujeros. Jumbo se va a ocupar de ellos hoy mismo.

-¿Y quieres explicarme cómo va a hacerlo?

-Creo que dejaré que te dé una sorpresa -contestó Shayne tras aclararse la garganta.

Chaz frunció el ceño. Alargó una mano y la hizo bajar de la escalera antes de que se cayera. De pie, frente a él y con el rostro lleno de esperanza, Chaz encontró doloroso tener que ser testigo de tanta emoción.

-¿Y será una sorpresa tan grande como tu decoración no Navideña?

-Puedes estar seguro.

-Me lo temía -contestó Chaz inclinándose para quitarse las ramas

de hiedra que se le habían enredado en el tobillo. Antes de que pudiera mirar para arriba tropezó de bruces con una corona de guirnaldas. Hubiera deseado apartarla de un golpe, pero no quería ver la expresión del rostro de Shayne si la rompía-. Cariño, odio tener que decírtelo, pero todo esto tiene que desaparecer.

-Pero... ¿por qué?

Los labios de Shayne se fruncieron de tal modo que Chaz anheló sellarlos con un largo y profundo beso que la hiciera olvidar. Antes de responder, sin embargo, sonaron unos golpes en la puerta. Chaz abrió. Doña Isabella llenaba todo el hueco de paso. Y a su lado, con su diminuto brazo colgando del de ella, estaba su hija mirándolos a ambos con los ojos enormemente abiertos, apretujándose contra su bisabuela. Shayne las recibió con una enorme sonrisa.

-¡Doña Isabella, qué agradable sorpresa! -exclamó bajando hasta el nivel de la niña-. Y ésta debe de ser Sarita. Hola, cariño.

Sarita enterró el rostro en la falda de su bisabuela y luego se asomó con la más hermosa sonrisa que Chaz hubiera visto nunca. La anciana miró inquisitiva a su alrededor.

-Espero no ser inoportuna.

-¿Y cómo podrías serlo? Estoy seguro de que lo has planeado así a propósito -contestó Chaz.

-No le hagas caso -rió Shayne-, no eres inoportuna -añadió abriendo más la puerta para dejarlas entrar-. Pero cuidado con los agujeros del suelo.

-¿Agujeros?

-Sí, así es como los llamó Chaz en cuanto los vio. Elevando la voz, claro.

-¡ Shayne !

-Fue así, es cierto.

Sarita tiró de la mano de su bisabuela y señaló la última contribución «cosmética» de Shayne a la casa.

-¡Abuelita, mira qué bonita!

¿Abuelita? Chaz trató de reprimir una sonrisa. Nunca hubiera imaginado que nadie llamara así a la austera doña Isabella. Según parecía su hija era una excepción. La señora lo miró con dureza y luego volvió la atención a la decoración.

-¡Qué decoración navideña tan bonita! -comentó admirada.

-¡Ah!, pero si no es para Navidad, ¡por Dios! -insistió Shayne mirando de reojo a Chaz-. Pensé que quedaría bien, pero si te fijas te darás cuenta de que no tiene los colores de la Navidad, lo cual significa que...

La voz de Shayne se desvaneció. Chaz se sintió como un canalla.

Ella había trabajado duro para tener la casa lista. Y lo había hecho por él y por su hija, para que pudiera ganarse la custodia. Por fin cedió a lo inevitable.

-Me alegro de que te guste, Shayne se merece tu aplauso. Ha trabajado muy duro para conseguir que todo esté perfecto para las vacaciones. Y supongo que tú vendrás por aquí por esas fechas, ¿no?

-No quisiera imponer mi presencia.

-¿Y por qué habías de tomártelo así? -preguntó él seco.

-¿Qué te parece si te enseño el resto? -se apresuró Shayne a intervenir-. Así podrás sugerir los cambios que se te ocurran.

-Eso estaría muy bien -contestó doña Isabella inclinando la cabeza graciosamente.

-¡Fantástico! ¿Por dónde quieres empezar?

-¿Has preparado una habitación para Sarita?

-Sí, ese fue mi primer proyecto. Por aquí.

Shayne le hizo un gesto a Chaz para que desapareciera y luego le indicó a Sarita que caminara hacia adelante. La niña miró a su padre brevemente y luego le dio la mano a Shayne, trotando y desapareciendo con ambas mujeres por el pasillo. Chaz cerró los ojos. Aquella mirada de su hija fue suficiente para agarrotarle el corazón que creía dormido.

-Si no te gusta el color de la pared aún podemos cambiarlo -ofreció Shayne mientras les enseñaba el camino-. Y también podemos cambiar los muebles.

-¡Qué cómoda! -murmuró doña Isabella.

-Lo dices como si fuera algo malo -contestó Shayne.

-Podría serlo, si no es sincero.

Shayne abrió la puerta de la habitación que había preparado para Sarita y esperó a que la niña se entretuviera explorándola antes de volverse hacia la señora y decir:

-Voy a hacerte una promesa, Isabella. Nunca te mentiré. Y nunca fingiré sentir algo que no siento. Y además trataré a esta niña como si hubiera sido yo quien la trajo al mundo. Ella nunca dudará de que la quieren y de que es una hija deseada. Y nunca, nunca en la vida, pensará que es una carga -afirmó con tranquilidad y convicción.

-¿Una carga? -repitió doña Isabella frunciendo el ceño-. ¡Qué extraña sugerencia! Explícame de dónde te la has sacado.

Shayne no deseaba responder, pero era importante ganarse la confianza de aquella mujer. Reacia, abrió en parte su alma a unos ojos a los que mejor hubiera mantenido alejados.

-Yo perdí a mis padres cuando tenía tres años. Mi tía me crió.

-¿Y no tuviste una buena relación con ella? -preguntó doña Isabella

delicadamente.

-Mi hermano, Rafe, me rescató de ella a los trece años -respondió al fin Shayne.

-Comprendo. ¿Y vas a ocuparte de que mi Sarita no comparta contigo ese destino?

-Tienes mi palabra.

Durante unos largos instantes unos ojos negros y duros sostuvieron su mirada, escrutando su corazón. Después la anciana inclinó la cabeza.

-Te creo -luego volvió la cabeza a la habitación y suspiró llena de contento-. Esto es encantador.

La habitación estaba terminada, y la niña la miraba embelesada. Sin embargo lo que más llamaba su atención era la caja con la muñeca sobre el banco de la ventana. Santa no se atrevía a tocarla, pero estaba agachada a su lado.

-Tu padre te compró esta muñeca. ¿Quieres abrir la caja?

Santa asintió nerviosa, recogió la caja y la abrió. El paquete era demasiado grande, así que Shayne la ayudó. Y desde ese momento Santa no volvió a soltar la muñeca, que se convirtió en objeto de sus abrazos y susurros. Shayne señaló una puerta, al fondo de la habitación, que daba al baño.

-Por ahí puedes pasar al baño, que da también al dormitorio de al lado -explicó dirigiéndose a la bisabuela antes de señalarle el armario a Sarita-. Si abres el armario encontrarás un túnel secreto. ¿Por qué no entras? Nosotras te veremos al final del túnel.

-Quieres que vayamos por el baño, ¿no es eso? -preguntó la señora.

Shayne asintió y ambas entraron en el dormitorio adyacente. Doña Isabella se quedó perpleja mirando a su alrededor. El dormitorio era grande y luminoso, y daba al Sur. La cama y el vestidor apenas ocupaban espacio en él. En una pared había un sofá, y al otro lado una zona de juego con sillas, mesa, y todo tipo de entretenimientos. Shayne miró nerviosa, de reojo, a doña Isabella.

-La habitación tiene teléfono y televisión, y como es más grande que la de Santa pensé que estaría bien poner una pequeña cocina en un rincón, por si no te gusta lo que cocina Mojo. Aunque, por favor, ten cuidado con él. No te asustes por su cara, es muy sensible -luego señaló una pared vacía y continuó con su cháchara-. Quizá esta primavera pueda convencer a Chaz para que haga una puerta aquí para salir a un pequeño patio. Le molestan los agujeros en las paredes, pero tranquila. También podemos añadir un baño privado si prefieres no tener que compartirlo. Bueno, hay una tercera habitación libre que tiene baño propio, pero está lejos de la de Sarita, pegada a la

habitación de Chaz y mía. Por eso pensé que... que esta habitación sería mejor para ti.

-¿Has arreglado esta habitación para mí? -pregunto doña Isabella.

-Comprendo que tendrás parientes que querrán que vivas con ellos en México, pero también sé lo que es perder a la persona a la que más se quiere en el mundo. A Santa le harías muy feliz si te quedaras. Pero si tienes que marcharte lo comprendo, esta habitación siempre estará vacía para cuando vengas de visita.

Santa sacó la cabeza por el armario.

-¡Abuelita, he pasado por el túnel!

-¿Qué es eso del túnel? -preguntó doña Isabella.

-¡Ah, eso! Pues... es que los armarios estaban juntos, espalda contra espalda, y se me ocurrió conectarlos para que Santa pudiera visitarte siempre que quisiera.

Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas.

-¿De verdad has hecho todo esto por mí? ¿De verdad quieres que me quede?

-Sí, por favor -contestó Shayne sin vacilar-. La familia es importante, y tú eres todo lo que le queda a Sarita de su madre.

-McIntyre no estará de acuerdo.

-Ah, bueno, le diremos que es temporal hasta que se vaya acostumbrando.

-Pero eso puede llevarle mucho tiempo.

-Accederá. Él finge que no tiene corazón, pero su corazón sigue ahí, en alguna parte. Cavaremos hasta que lo encontremos. ¿Qué me dices? ¿Quieres ayudarme?

Una única lágrima resbaló por la mejilla de doña Isabella. El orgullo le impedía explayarse por completo.

-Puede que sí, aunque solo sea por lo divertido que será verlo.

-¿Te importaría que le diera yo la noticia? -Sí, díselo tú, lo prefiero -medió rió la señora. -Entonces seré yo quien se enfrente a él.

Doña Isabella rozó su mejilla y preguntó, en un murmullo, en español:

-¿Estás segura de que quieres hacer esto, niña?

-Muy segura -contestó ella en la misma lengua, preguntándose cómo sabía la anciana que ella sabía hablar en español. Quizá Rafe no fuera el único que había contratado los servicios de un investigador privado-. Soy la encargada de crear un hogar, y no lo estaría haciendo si eso no te incluyera a ti. Por favor, quédate con nosotros. Chaz no se da cuenta... todavía, pero te necesitamos.

-Llévame a la puerta, por favor -rogó la señora tomándola del brazo y haciéndole una señal a la niña para que las siguiera obediente

con la muñeca-. Puedes decirle al señor Mclntyre que he accedido a entregarle la custodia de su hija. Quizá eso lo calme cuando se entere. Y dile también que me quedaré con vosotros, de visita, hasta que esté satisfecha del recibimiento que le habéis dado a mi bisnieta.

-Una visita indefinida.

-Sí -sonrió Isabella- Decididamente indefinida.

De camino a la puerta encontraron a Jumbo en el pasillo, rellenando los agujeros del suelo con las piezas de mosaico que Shayne había encargado traer de Costa Rica. Eran doce losetas que representaban, cada una, los doce meses del año. Isabella se quedó atónita.

-¿De dónde has sacado eso? -preguntó en español.

-Las hice yo.

-¿Eres artista?

-En mis ratos libres.

-¿Y cuál era tu nombre antes de que te casaras?

-Shayne Beaumont.

-He visto tu trabajo, Shayne Beaumont. He visto una pieza tuya recientemente, un mosaico... -frunció el ceño y dio un golpe en el suelo con el bastón-. ¡Por supuesto! De camino al museo de San Francisco. Fue asombroso. Era un hombre que estaba a medias en la sombra.

-Sí, me costó mucho trabajo hacerlo. Para ser sinceros, pensé que nunca lo terminaría. Pero tengo que admitir que es mi pieza favorita.

-¿Y lo sabe tu marido?

-No, y preferiría que siguiera sin saberlo, si no te importa -sacudió Shayne la cabeza.

-Recuerdo que pensé que el hombre del mosaico me recordaba a alguien, ahora comprendo a quién. El parecido con Mclntyre es impresionante.

-Gracias.

-He sido una tonta al no darme cuenta -añadió doña Isabella-. Y has dicho que ese trabajo te llevó bastante tiempo. ¿Cuánto, exactamente?

-Trabajé en él esporádicamente durante un período de ocho años. Hubo momentos en que lo abandoné, pero mi cuñada me alentó para que terminara lo que había empezado.

-Pero entonces... conocías a Mclntyre hace mucho tiempo, antes incluso que mi Magdalena.

-Estuvimos casados durante un breve período de tiempo -confesó Shayne preguntándose cómo aceptaría la noticia-. Mi hermano pensó que yo era demasiado joven y anuló el matrimonio.

-Eso explica muchas de las cosas que no lograba entender.

-¿Y cambia tu idea de venir a vivir con nosotros?

-No, querida -respondió inclinándose para abrazarla-. Solo me demuestra que he tomado la decisión correcta. Pero deberías de contárselo a tu marido para dejarle que juzgara por su cuenta.

-No puedo.

-Es demasiado revelador, lo comprendo -adivinó de inmediato Isabella-. Es triste ver a dos personas tan enamoradas y tan atemorizadas de mostrarlo abiertamente al mismo tiempo.

-¡Te equivocas, Chaz no me ama!

Isabella la miró irónica.

-Cuando seas tan mayor como yo comprenderás que lo que acabas de decir es una tontería. Tanto como ocultarle tu obra a tu marido. Y entonces te reirás con tu marido o bien...

-¿O bien?

-0 bien llorarás sola en tu cama, llena de arrepentimiento y de pena, pero será demasiado tarde.

Y con aquellas palabras la señora tomó la mano de Santa y se dirigió hacia la puerta principal.

-¿Qué quieres decir con eso de que se ha ido? ¿Dónde está Santa? -preguntó Chaz desde detrás de su mesa, dispuesto a salir corriendo para perseguirlas-. Si ni siquiera me han dado la oportunidad de despedirme...

-Tranquilo, volverán.

-¿Qué te ha dicho esa bruja? ¿Nos dejará tener a Sarita?

-Sí, más o menos.

-¿Más o menos? ¿Qué diablos significa eso? -preguntó nervioso de pronto-. Déjame adivinarlo. ¿Hay más condiciones?

-Sólo una. Pero te prometo que será la última.

-Me sentiría mejor si fuera ella quien me lo prometiera -respondió Chaz luchando por mantener la paciencia-. Dímelo ya, cariño. ¿Cuál es la condición?

Shayne caminó hasta el extremo opuesto del despacho, donde había una ventana que daba a la fachada principal de la casa.

-Este sería un lugar perfecto para un árbol de Navidad -murmuró.

-Eso ya lo hemos discutido, ¿recuerdas? -Esperaba que hubieras cambiado de opinión. -Ni lo más mínimo.

-Pero Santa...

-Olvídate de ese dichoso árbol, Shayne, y dime lo que quiere doña Isabella.

Shayne se volvió y, aprovechándose de la debilidad del carácter de Chaz, le mostró unos ojos llenos de lágrimas.

-Es solo una niña, Chaz. Ella no puede comprender que tú tengas tus razones personales para odiar la Navidad. Todo lo que sabes es que está sola y que no tiene familia, y que es Navidad. Pero ni hay ni música, ni risas, ni árbol, ni regalos.

Chaz se puso tenso. Algo estaba ocurriendo, pero no sabía qué.

-¿Por qué tengo la sensación de que no estamos hablando de Santa?

-Lo... lo siento -se disculpó Shayne pálida de pronto. Entonces Chaz supo que había dado en el clavo. Ella inclinó la cabeza y lo miró a los ojos-. Tú no eres el único que tiene malos recuerdos de Navidad, pero yo prefiero olvidarlos, por el bien de Santa. Hago todo lo que puedo para proporcionarle felicidad, porque pienso que ella me la devolverá.

-¿Qué te ocurrió, cariño? -preguntó Chaz enjugando una lágrima de su mejilla-. ¿Por qué tanto jaleo por un simple árbol?

-Solo quiero que Sarita sea feliz.

-No lo creo. ¿Por qué es tan importante para ti decorar la casa? Vamos, suéltalo.

-No... no me siento bien -tartamudeó Shayne-. Creo que voy a ir a acostarme un rato.

-Cariño...

Ella sacudió la cabeza tratando de liberarse de su contacto.

-Por favor, Chaz, déjame un rato a solas.

-Espera un minuto, necesitamos hablar. No me has contado cuál es la condición. Y maldita sea, Shayne, quiero discutir este asunto de la Navidad contigo.

-No creo que pueda -su voz se quebró-. Al menos no ahora mismo.

Y, tras esas palabras, Shayne se dio la vuelta y se marchó. El instinto urgía a Chaz a seguirla, a pelear y a ayudarla a vencer sus demonios, a obligarla a expulsarlos al exterior. Vaciló, suspicaz ante la idea de que estaba atendiendo a sus hormonas masculinas en lugar de dejarla luchar a solas, tal y como deseaba.

Miró el reloj. Una hora. Le daría una hora y después mantendrían una larga charla sobre el pasado, sobre Sarita, sobre su matrimonio y sobre el futuro.

Y por último se dejaría llevar por sus hormonas masculinas.

CAPÍTULO 9

A MI LARGAMENTE perdida esposa:

Ha pasado otro año más y de nuevo ha llegado el invierno. ¿O acaso siempre ha estado aquí? A veces creo que sí. Miro por la ventana y veo un manto blanco tan hermoso y puro como lo eras tú la primera vez que nos besamos. Han pasado muchos años, y sin embargo los recuerdos no se han borrado.

No lo comprendo. Nuestro amor murió hace mucho tiempo, las ascuas se tornaron cenizas tiempo atrás, y sin embargo, cuando miro por la ventana, ahí estás tú. Tu imagen es tan clara como la primera vez que te vi en el jardín de los Montagues.

Permanecerás en mis pensamientos, esposa de mi corazón, como la dulce memoria que me permitiré a mí mismo mantener una vez al año. Estás en lo más profundo de mi mente. Eres una voz llena de risa, una fragancia tentadora, una sonrisa que me roba el aliento.

Te guardo en mi corazón, en donde estarás a salvo, en donde nos encontraremos en un sueño una vez al año y en donde puedes permanecer... como mi esposa para siempre, la única a la que he amado. Mi Amor Eterno.

Chaz encontró a su mujer en el dormitorio, hecha un ovillo sobre la cama, completamente vestida y dormida. Había pasado más de una hora, pero había tenido otros .asuntos que atender.

Miró a Shayne y se preguntó una vez más por qué se había mostrado tan inquieta. Frunció el ceño al verla acurrucada en posición fetal y de pronto comprendió la verdad, supo la verdad sin asomo de duda. Entonces se dejó caer al borde de la cama. Shayne había descubierto que no estaba embarazada, y había creído que eso significaría el fin de su matrimonio. Ésa era la razón por la que no se lo había dicho, porque sospechaba que la apartaría de sí. Chaz se quedó sentado un momento, luchando por comprender la desilusión que lo poseía. No quería más complicaciones en su vida, y sin embargo...

Unos suaves golpes en la puerta lo obligaron a abrir. Chaz se sorprendió de encontrar a Mojo en el dintel con una bandeja.

-La señorita ha comido muy poco durante la cena, por eso le traigo esto -explicó el cocinero-. Quizá tú puedas conseguir que coma algo.

Era sorprendente la rapidez con que Shayne había sabido hacerse un sitio en el corazón de aquel hombre. Pero en realidad... ¿acaso no se lo había hecho igual en el suyo, nada más conocerse?

-Veré lo que puedo hacer -prometió.

Chaz tomó la bandeja, la dejó sobre la cómoda y contempló a su

mujer. Tenía un aspecto delicado, vulnerable. Quizá debiera de ponerle un camisón. Y si se despertaba la obligaría a comer como había hecho el primer día. Solo que en esa ocasión intentaría no hacerla llorar. Por alguna extraña razón sus lágrimas lo inquietaban, prefería evitarlas. Abrió uno de los cajones de la cómoda buscando un camisón y lo encontró vacío.

¿Qué diablos significaba aquello? Uno tras otro fue abriéndolos todos, y todos estaban vacíos. Por un terrible momento Chaz pensó que Shayne había decidido abandonarlo y que, en lugar de decirle que estaba embarazada, se marcharía. La ira lo embargó. La culpa era de Isabella. Ella había decidido entregarle por fin a su hija, y Shayne había creído que aquel era el fin. Por eso había preparado las maletas. Solo una cosa la había retenido esa noche: se había quedado dormida antes de escapar.

Chaz cruzó la habitación hacia el armario y abrió las puertas. Solo había un vestido colgado, pero era suficiente para apretar más el nudo que atenazaba su corazón. En el suelo, dentro del armario, estaba la maleta. Estaba abierta y llena de ropa interior razonablemente ordenada, pero algo en su forma de estar apilada indicaba que no la había hecho con demasiada antelación. Chaz frunció el ceño y comenzó lentamente a comprender.

Shayne nunca había deshecho la maleta.

Durante un mes entero había vivido con la maleta preparada, y él ni siquiera se había dado cuenta. Chaz soltó el aire contenido produciendo un silbido. Sabía lo que eso significaba. Shayne había sabido, casi desde el principio, que no estaba embarazada, y aquella era la prueba de su aceptación de la corta duración de su matrimonio. Aquel fatalismo callado lo hizo casi arrodillarse. Shayne planeaba marcharse. No ese día exactamente, pero sí cualquier otro, antes o después. Ordenaría toda aquella ropa y cerraría la maleta, y entonces la perdería exactamente igual que la había perdido nueve años atrás. Solo que en esa ocasión sería definitivo.

No. De ningún modo.

No sabía cuándo había ocurrido, pero en algún momento, durante las semanas anteriores, había pasado de desear acabar con ese matrimonio cuanto antes a desear que Shayne permaneciera con él para siempre. Y no porque la amara, se aseguró Chaz a sí mismo. No, ni hablar. Él no era capaz de amar a nadie. Sencillamente Shayne era una persona con la que era... cómodo vivir. Resultaba conveniente tenerla cerca, necesaria en un sentido inexplicable. Pero tampoco estaba dispuesto a confesárselo. Si lo hiciera ella lo interpretaría de un modo incorrecto: se sentía insultada o leía en sus palabras una errónea

declaración de amor.

Chaz miró hacia la cama con ojos hambrientos. Quizá pudiera demostrarle algo, decirle sin palabras lo que sentía. La idea lo atraía inmensamente. Sacó la maleta del armario y la dejó sobre una silla. El sol había dado paso al crepúsculo y no le quedaba mucho rato de luz, pero no quería despertar a Shayne.

Abrió el cajón de la mesilla y sacó unas cerillas. Siempre tenía preparada una lámpara de aceite por si una tormenta producía un apagón. La encendió, la graduó a poca intensidad y, satisfecho de verla dormida, se volvió hacia la maleta.

Abrió el primer cajón y lo llenó de tentadora ropa interior. Luego sacó el resto y lo guardó colgado del armario o lo metió en los otros cajones. En el fondo de la maleta estaba la máscara que ella había llevado en el Baile de Cenicienta.

Los cascabeles sonaron con voces alegres de plata. Chaz se quitó el Stetson, lo dejó sobre el poste de la cama y puso encima la máscara. Luego volvió la vista hacia la maleta y su sonrisa se desvaneció. Entonces la recogió y la tiró por la ventana al frío de la noche, regocijándose en ello.

-¿Chaz? -lo llamó Shayne incorporándose y apoyándose sobre un codo con ojos somnolientos-. ¿Es mi maleta lo que acabas de tirar por la ventana?

-Sí -respondió él lleno de satisfacción.

-Pero... -Shayne se sentó, confusa-... ¿por qué has hecho eso?

-He tomado una decisión -respondió Chaz cruzando la habitación para ir a por la bandeja y dejarla sobre la cama-. ¿Hambre?

-No comprendo -contestó ella abrazándose las piernas-. ¿Qué clase de decisión?

-Tú eres una mujer inteligente, adivínalo.

Shayne bajó la mirada de largas pestañas y volvió a levantarla. Una expresión tan hambrienta como la de él alumbraba su mirada.

-¿Significa que por el momento no voy a ir a ninguna parte?

-Buena conjetura.

-¿Aunque Isabella vaya a dejar venir a Sarita? ¿Aunque ya no vayas a necesitarme más? ¿Aunque... aunque no sepamos seguro si estoy embarazada o no?

Pero él sí lo sabía. Y su intención era arrebatarle esa excusa sin más dilación.

-He cambiado las condiciones de nuestro matrimonio. ¿Alguna objeción?

-Para ser sinceros -admitió ella esperanzada-, me gustaba la ropa que tenía en la maleta.

-Ah, pero la ropa no la he tirado, solo la maleta -y para demostrárselo abrió el primer cajón de la cómoda y sacó una pieza de ropa interior negra. Para ser sinceros había tenido más de un pensamiento lujurioso con aquella diminuta pieza mientras la guardaba y soñaba con que se la quitaba. Con un poco de suerte convertiría sus sueños en realidad-. ¿Lo ves? Todas tus pertenencias están a salvo.

A salvo hasta que él se las arrancara, por supuesto.

-Te das cuenta de que esto no cambia en nada las cosas, ¿verdad?

Chaz volvió a la cama y retiró el plástico que cubría uno de los platos. Le pasó el sándwich a su mujer y esperó a que comenzara a comer antes de contestar.

-Este lugar aún necesita algo de trabajo, pero es un buen sitio y tiene posibilidades. He trabajado en algunos de los ranchos de los alrededores, y me gusta la zona. Es el lugar en el que quiero criar a mi hija. La gente es amable y en la ciudad hay de todo.

Shayne le echó un rápido vistazo con los ojos entrecerrados.

¿Estás tratando de vendérmelo?

Planeaba abandonarlo. La certeza de esa idea invadió la mente de Chaz.

-¿Tengo que hacerlo?

-Se me ocurre que aún no hemos hablado de ciertos asuntos -contestó ella dando un mordisco al sándwich-, Quizá podamos discutirlos ahora.

Chaz no deseaba que Shayne le hablase sobre el bebé que no llevaba en su seno. No aquella noche.

-Quizá debiéramos de ir asimilando las cosas una por una.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de Shayne, que dejó el sándwich a medias sobre el plato.

-¿Me buscaste alguna vez, Chaz?

Chaz juró en silencio. ¿De dónde salía esa pregunta?

No tenía energías para mantener esa conversación.

-Te busqué -afirmó escueto.

-Pero Rafe hizo imposible que me encontraras, ¿no es así?

-¿Tenemos que hablar de esto ahora? -preguntó él sacudiendo una mano en el aire. No sentía deseos de reabrir viejas heridas, de descubrir si lo había superado.

Ciertos asuntos era mejor olvidarlos-. Te busqué, pero no te encontré. Fin de la discusión.

-¿Durante cuánto tiempo estuviste buscándome? -Shayne...

-¿Un día?

-Déjalo ya, cariño -respondió Chaz sintiendo que la ira se

apoderaba de él.

-¿Un mes?

-Sí, maldita sea. Un mes.

-¿Un año? ¿Estuviste buscándome durante todo un año?

Cada nueva pregunta se adentraba más en la profundidad, en un lugar oscuro que ni él mismo se atrevía a tocar.

-No sabes nada, Shayne -afirmó por fin en voz baja, ronca, al límite. Shayne iba a dejarlo. Tenía que conseguir hacerla callar antes de que dijera o hiciera algo que luego pudiera lamentar, antes de ahuyentarla-. Sé inteligente, Shayne. Basta ya.

-¿Más de un año? ¿O doce meses te pareció bastante?

-¿Es que no me has oído? ¡Basta!

Los oscuros ojos de Shayne brillaron con una contradictoria mezcla de suavidad aterciopelada y amargo reproche, como si todas sus emociones estuvieran en guerra contra su razón.

-Te rendiste, ¿verdad?

Por un instante Chaz no se movió. Un zumbido terrible le llenaba la cabeza como preludio de una ira tan profunda, antigua e incansable que todo lo demás carecía de importancia. De pronto Chaz explotó, se levantó de la cama y los cascabeles de la máscara resonaron frenéticos. Todo pensamiento racional se desvaneció, y la fina capa de civilización que todo lo cubría desapareció para dar paso al salvaje animal que llevaba dentro. Chaz dio un grito gutural y arrojó la bandeja fuera de la cama, contra la pared.

Por un segundo él vio su reflejo en el espejo y vaciló. Porque lo que veía en él era a un hombre reducido a su estado más primitivo. Tenía las mejillas coloradas, los ojos brillantes y encendidos con un fuego mortal. Hasta la atmósfera de la habitación había cambiado como si se quemara en ella el incienso de la ira, la necesidad de atacar. Chaz respiró hondo, tratando de recuperar el control y temblando por el esfuerzo.

-¡Te busqué, maldita seas! -gritó con palabras que salían de lo más profundo de su ser-. Él sobornó a mis investigadores privados. Te mandé cartas, pero tú nunca contestaste. ¿Dónde estabas, Shayne? ¿Por qué no viniste a mí?

-Vine a ti -respondió ella acercándose adorable, estúpidamente femenina, restándole importancia a su ira con dulces y suaves manos-. Al menos lo intenté.

La frialdad volvió a Chaz, quien le dio la bienvenida contento, aferrándose a ella como a un escudo y negándose a reconocer sus sentimientos.

-¿Qué te detuvo, Shayne? -preguntó él volviéndose hacia Shayne como un animal herido, tratando de producirle el mayor daño posible antes de retirarse a agonizar él mismo-. ¿Qué excusa puedes tener?

-Yo... -la tristeza ensombrecía su expresión-... tuve un accidente.

En ese momento Chaz descubrió que tenía corazón y que aquella mujer sabía manejarlo.

-Un accidente -repitió.

Un accidente. El accidente. Chaz sacudió la cabeza. No. Eso no. No podía referirse al accidente que había dejado tantas cicatrices sobre su dulce, precioso cuerpo. No mientras acudía a él. No podía tratarse del accidente que le había contado a Mojo mientras lo miraba de reojo, como si esperara en parte que él la rechazara por culpa de las cicatrices.

-¿Eso te lo hice yo? -susurró-. Tus cicatrices, ¿fueron por culpa mía?

-¡No! -exclamó ella abrazándolo, envolviéndolo en su calor-. No fue culpa de nadie. Hubo una tormenta terrible y una piedra se desprendió. Perdí el control del vehículo.

-Rafe. Estaba tratando de detenerte, ¿verdad?

-No me perseguía, si es a eso a lo que te refieres. Acababa de descubrir a dónde iba y planeaba interceptarme en el aeropuerto. Tuve suerte, Chaz. Si él no hubiera bajado por la montaña cuando...

-¡No!

Shayne se interrumpió y se apartó ligeramente.

-¡Pero si estás temblando!

-Desde luego que estoy temblando -de un solo y rápido movimiento Chaz le quitó la camisa por encima de la cabeza y la arrojó a un lado-. Y dentro de un minuto tú también estarás temblando.

El sujetador fue la pieza que siguió. Por mucho que quisiera llenarse las manos con la suavidad de su piel tenía cosas más importantes que hacer, como dejarla desnuda, encima de la cama, donde pudiera regocijarse en ella a su antojo. Le desabrochó los pantalones, metió los dedos por dentro de la cinturilla y arrastró con ellos toda la ropa.

En menos de treinta segundos la tenía tal y como deseaba, tal y como la había imaginado y fantaseado desde aquel primer apasionado encuentro antes de su boda. Y tenía que reconocer que aquel desesperado recuerdo lo había perseguido durante nueve largos años. Chaz la tomó en sus brazos y la llevó a la cama. La dejó encima, y su cuerpo apenas hundió el colchón. Shayne lo miraba sin el menor asomo de timidez, y Chaz comprendió que le gustaba aquella mirada directa. Estaba aliviado de ver que sus cicatrices no le habían robado

la franqueza ni la habían llenado de vergüenza.

Las ropas de Chaz cayeron al suelo y entonces se unió a ella en la cama. La lámpara de keroseno llenaba de sombras la habitación, pero él sabía qué era lo que debía de buscar, encontró las cicatrices con facilidad. Antes de que acabara aquella noche besaría cada una de ellas por entero. Eran el testimonio de su historia con Shayne, de todas las cosas por las que habían tenido que pasar para poder estar juntos. Eran como un mapa de oro que les llevaba a aquel preciso momento en el tiempo.

-Chaz... -la voz de Shayne le llegaba a través de la puesta de sol, llenándolo de deseo.

Deseaba desesperadamente amarla como ella se merecía. Deseaba que su interior, muerto, pudiera renacer a la vida, que el corazón que acababa de descubrir fuera capaz de bombear algo más que fría sangre por sus venas.

-Estoy aquí, cariño. Estás a salvo. Nada podrá hacerte daño, te lo prometo.

Excepto él, recordó.

La mirada de Shayne siguió los contornos de luces y sombras que se dibujaban en la impresionante amplitud de los hombros de su marido. No podía verlo por entero. La oscuridad se cernía sobre su intimidad, escondiéndoselo de cintura para abajo. Pero la luz de la lámpara le daba de lleno en el rostro, tornando sus ojos de un impresionante color azul. Y también resaltaba los angulosos huesos de su mandíbula y las arrugas del sol que hablaban de un hombre que había recorrido un largo y duro camino.

Chaz le devolvió la mirada y la sostuvo. Y luego la tomó de las muñecas y se las levantó por encima de la cabeza sujetándola mientras la examinaba de cerca. Sin decir una palabra mas se hundió en ella, encontrando la línea de la cicatriz que iba desde la muñeca hasta la cara interior del antebrazo. Shayne tembló al primer contacto de su boca, se estremeció impotente bajo cada uno de los lametones de su lengua. Centímetro a centímetro, tortuosamente, Chaz siguió el sendero de la cicatriz hasta que llegó al final. Pero aquel no era el fin.

La hizo rodar por la cama y la volvió hacia un lado, con los brazos sobre la cabeza permitiendo que la luz alumbrara las heridas, heridas que solo habían visto los, médicos. Y entonces las besó una a una, posando miles de tiernos besos sobre ellas.

-¿Cuánto tiempo tienen? -preguntó él.

-Son antiguas.

-¿Cuánto? ¿Cinco años?

-Sí.

-¿Seis?

-¡Sí!

-¿O tienen ocho años? -Chaz le soltó las muñecas y la agarró de la cabeza, forzándola a encontrarse con su mirada de fuego-. ¿Y qué te parecen ocho años y un mes? ¿Crees que pueden ser así de antiguas? Ibas de camino al Baile de Aniversario de los Montagues, ¿no es eso? Ibas a tratar de encontrarme y a volver a comenzar nuestra vida otra vez.

Las lágrimas estaban a punto de resbalar por sus mejillas, lágrimas de arrepentimiento y de anhelo, lágrimas de pena por un descuidado movimiento de volante en una carretera de montaña.

-Sí -lloró Shayne-. Lo siento, Chaz, lo siento tanto. Traté de volver a ti, lo hice.

Chaz la hizo callar con un beso tan apasionado que las lágrimas corrieron por fin incontroladas sobre su rostro.

-Todo eso ya pasó -dijo él con una inconfundible finalidad.

De nuevo Chaz volvió a encontrar las cicatrices con sus labios, pero en lugar de llenarla de tembloroso placer aquello la excitó insoportablemente. La mano de Chaz rozó accidentalmente su pecho. ¿O fue de un modo deliberado? Sus dedos callosos acariciaron la suavidad de su vientre, en donde no había heridas. Shayne comenzó a sentir un revoloteo profundo, centrado en lo más hondo de su húmeda feminidad. Con cada caricia aquella emoción se intensificaba, provocándole un pálpito entre las piernas y excitando sus pechos hasta que los pezones estuvieron dolorosamente tensos.

-¡Por favor! -jadeó ella, incapaz de soportarlo un minuto más.

-Tengo intención de complacerte, amor mío, tengo intención de complacerte de todos los modos posibles, más otros que ya se me ocurrirán.

Chaz abrazó sus pechos prestándoles toda su atención. La respiración de Shayne se aceleró al tiempo que su cuerpo se tensaba de necesidad. Chaz se recostó pesadamente sobre ella, deslizando las manos por sus muslos y abriéndoselos. Y encontró su centro húmedo y cálido, se hundió en él, se regodeó en él. Y cuando ambos estuvieron locos de deseo él la llenó, cabalgando con ella hasta un éxtasis que los hizo uno. Una mente. Un corazón. Un alma. Juntos en perfecta unión.

No fue hasta mucho, mucho más tarde, cuando llegan las horas oscuras de la noche con sus pesadillas y su incertidumbre, cuando Chaz se despertó y comprendió la verdad. Shayne planeaba abandonarlo, y él no podía hacer nada al respecto.

-¿Que has hecho qué?

Shayne se levantó y tiró de las sábanas mirando a Chaz.

-Sabía que ibas a ponerte así cuando te lo dijera, por eso es por lo que no te lo he dicho antes.

-Escúchame, esposa, y escúchame bien. Nunca consentiré en que ese viejo murciélago viva bajo mi techo, antes se helará el infierno. ¿Tienes idea de los meses de tortura que me ha hecho pasar?

-Ella solo trata de proteger a Sarita.

-Tonterías, lo que quiere es volverme loco.

-Sarita la necesita. Además ya es demasiado tarde para decirle que no -objetó Shayne-. Le contesté que sí.

-Encuentra el modo.

-¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

-Miente. Dile la verdad. Explícale que no tenemos habitación. Francamente, me da igual, pero asegúrate de que su Majestad y su bastón toman el autobús de vuelta a México.

-Solo que ese plan tiene un pequeño fallo.

-¿Y cuál es? -inquirió Chaz amenazador, con la mandíbula levantada.

-No puedo decirle que no tenemos habitación para ella porque... porque ya la ha visto.

-¿Qué quieres decir con eso de que ya la ha visto? ¿Qué es lo que ha visto?

-Quiero decir que... -la voz de Shayne se desvaneció-... arreglé uno de los dormitorios para ella y la dejé verlo.

-¿Que hiciste qué?

Shayne se negó a cargar con toda la culpa en aquel asunto.

-Si te hubieras molestado en echarle un vistazo a los arreglos que he estado haciendo lo habrías visto tú también, yo no pretendía ocultarte nada.

-¿Estás tratando de decirme que habías planeado esto desde el principio? -preguntó Chaz saliendo a toda prisa de la cama.

-No estoy tratando de decirte nada, te lo estoy diciendo.

¿Por qué cada vez que conseguía que Chaz se desnudara tenía que abandonar enfadado la cama? Shayne se quedó pensativa con una mano sobre la barbilla. Debía de estar haciendo algo mal. Quizá, si no usaran la cama la próxima vez... El pecho de Chaz la distraía, se elevaba y bajaba de un modo tremendamente provocativo. Sin duda lo hacía deliberadamente.

-Deja que trate de comprenderlo -continuó él-. ¿Rehabilitaste uno de los dormitorios solo para doña Isabella?

-Sí.

-Así que ella... -Chaz cerró los ojos-. Apenas puedo ni siquiera decirlo... ¿Así que ella va a quedarse?

-Sí.

-¿Por qué?

Por fin le hacía una pregunta que ella podía contestar.

-Porque Sarita la necesita.

-Sarita nos tendrá a nosotros.

-No es lo mismo, Chaz. Créeme, lo sé -antes de que él pudiera hacerle más preguntas ella continuó-. Doña Isabella es la única persona a la que tu hija conoce desde la cuna, la única familia que le queda por parte de su madre. Al menos la única dispuesta a aceptarla. Ella no me ha dicho nada, pero sospecho que la razón por la que no quiere llevársela a México es por temor al recibimiento que le pueda hacer el resto de la familia.

Chaz juró en silencio. Odiaba que Shayne tuviera razón.

-No había pensado en eso -admitió Chaz, añadiendo cabezota-. Pero eso no significa que Isabella no pueda marcharse.

-¿Tienes idea de lo que significa que te separen de la única persona a la que conoces cuando tienes solo tres años?

El tono de voz de Shayne había sonado extraño, tenía algo que captaba la atención de Chaz como ninguna otra cosa lo hubiera hecho antes.

-Por supuesto que no -hizo una pausa deliberada-. ¿Y tú?

Shayne se humedeció los labios, incapaz de contener los nervios.

-Sí -después se apresuró a decir-: Te lo garantizo, por mucho que esté con personas que la quieran no es lo mismo que estar con la persona que te ha visto crecer.

-Todo esto tiene algo que ver con tu tía, ¿verdad? Con esa de la que te tuvo que rescatar Rafe.

-Nunca hablo sobre esos tiempos -asintió Shayne-. Ni siquiera con mi hermano. Pero Sarita... -cerró los ojos-. Lo haré por el bien de Sarita.

-No, cariño...

-Rafe y yo teníamos madres diferentes. ¿Sabías eso?

-No hace falta que digas una palabra más -volvió él a decir.

Pero Shayne no lo escuchó. Su atención estaba vuelta hacia su interior. Hasta su cuerpo parecía replegado en su interior, hecho un ovillo. Entonces Chaz pensó algo terrible. ¿No sería aquella la posición en la que se replegaba para protegerse de los golpes del exterior?

-Nuestro padre y mi madre murieron en un accidente de barco cuando yo tenía tres años. Rafe acababa de cumplir dieciséis. A pesar de ser tan joven él trató de que siguiéramos juntos. Trabajaba en los campos de café, llevaba la hacienda, me cuidaba. Hacía todo lo posible para que la familia siguiera intacta.

-No tenía ni idea -observó Chaz amable, sentándose cerca de ella y atrayéndola hacia sí para darle un masaje en los tensos músculos.

-Rafe lo perdió todo, Chaz. Nuestra casa, nuestro dinero. Al final estaba desesperado. Ni siquiera podía darme de comer.

-¿Y qué hizo?

-Justo antes de Navidad utilizó el último penique para llamar a la hermana de mi madre, Jackie, y preguntarle si podía hacerse cargo de mí. Jackie nunca había aprobado la boda de mi madre, pero cumplió con su deber. Voló a Costa Rica a recogerme y me llevó a Florida.

-¿Y qué fue de Rafe?

-Lo abandonó -contestó Shayne torciendo la boca-. No era responsabilidad suya. En lo que a ella se refería Rafe no era más que un chico de Costa Rica, relacionado con ella a través de un matrimonio equivocado. Durante años ni siquiera pronunció su nombre. Solo eso...

-¿Ella lo abandonó? -preguntó Chaz, a quien le costaba identificar al Rafe adulto. que conocía con aquel chico del que Shayne hablaba.

-Desearía que me hubiera abandonado a mí también, aunque hubiera tenido que vivir en las calles -suspiró Shayne-. Hubiera sido mejor.

-¿Pero qué diablos te hizo?

-Nada, abiertamente. Nada que pudiera utilizar un tribunal para apartarme de ella. Pero pagué el precio de

los pecados de mi madre. Lo primero que hizo cuando llegamos a Florida fue quemar todas mis posesiones, incluyendo la muñeca que Rafe me había regalado por Navidad. Me preguntaste por qué era tan importante el árbol... yo nunca tuve ninguno. En su casa yo era una verdadera Cenicienta. ¿No es una ironía? Jackie hacía el papel de madrastra.

Otras duras historias siguieron a aquella, historias que Chaz supo, con total certeza, que ella nunca había contado a nadie, ni siquiera a Rafe. Historias que le hicieron abrazarla convulsivamente, sintiéndose impotente para protegerla.

-¿Y qué hay de tu hermano? El te encontró, ¿no es así?

-Sí, me encontró.

Pero no la había encontrado a tiempo. En absoluto, comprendió Chaz. -¿Cuántos años tenías tú? -Trece.

Diez años. Toda una eternidad. Casi tanto como lo que le había costado a él encontrar a Shayne.

-¿Entonces Jackie simplemente te dejó marchar?

-Oh, no -respondió Shayne mirándolo a los ojos por fin, con una expresión herida-. Me vendió.

Una ola de ira embargó a Chaz con más fuerza aún que la anterior. Un nudo agarrotaba su garganta forzándolo a ofrecer un consuelo para una herida que no podía curar. Chaz sostuvo a Shayne en sus brazos y murmuró palabras de consuelo.

-No me comprendes, Chaz. No te estoy contando esto por mí.

-Shh. Todo irá bien.

-No, no irá bien -contestó Shayne apartándose y capturando su rostro con las manos-. Sé que ya no puedes amarme, pero eso no significa que no puedas amar a Sarita. Ella no es más que una niña inocente. No le hagas pasar por lo que pasé yo. Necesita a Isabella tanto como yo a Rafe. Pero a ti te necesita aún más. Por favor, Chaz, haz esto por mí y nunca más volveré a pedirte nada.

-No, Shayne.

-Te lo estoy rogando. Te prometo que no voy a causarte ningún problema más.

-Sarita no tiene nada de qué preocuparse -contestó Chaz, incapaz de soportarlo más.

Shayne soltó el aire contenido con un suspiro de alivio, y Chaz cerró los ojos luchando contra un miedo casi atenazador. «Te prometo que no voy a causarte ningún problema más», había dicho. Aquella era una despedida.

Tenía que jurar, airear su frustración soltando una palabra malsonante. Buscó una, pero no le salió nada. La confusión enmudecía su mente, en donde solo resonaba una advertencia con la claridad de los cascabeles sacudidos por el viento:

Shayne iba a abandonarlo.

CAPÍTULO 10

CHAZ HIZO una pausa delante de la puerta del salón, atónito al encontrar a su capataz sentado con doña Isabella. Aquello era algo que no esperaba ver. Ninguno de los dos lo vio, de modo que se echó para atrás el Stetson y escuchó.

-Bien, Izzy -dijo Penny-. No quiero que te enfades cuando te descubra mis cartas.

-No me enfadaré.

-Pero ayer vi que no llevabas bien eso de perder.

-Continúa con el juego, señor Penworthy. ¿No fue así como te llamé?

-Así me llamaste, sí. Pero Izzy, no vuelvas a hacerlo. Si se llega a saber por ahí que ése es mi nombre seré el hazmerreír de todos.

-Como tú desees, señor Penny.

-Eso está mejor -contestó él extendiendo las cartas sobre la mesa-. Mira y llora, preciosa. Full de ases y reyes.

-Impresionante -comentó la mujer parándole la mano al capataz, que la alargaba hacia el centro de la mesa para recoger las ganancias de las apuestas-, pero no corras tanto.

-No puedes vencer a mi full. ¡Has pedido cuatro cartas!

-Sí, pero han sido cuatro excelentes cartas -señaló la mujer enseñando cuatro reinas y sonriendo-. Gano yo.

Chaz sacudió la cabeza incrédulo. Nunca hubiera creído que aquellos dos pudieran llevarse bien. Le producía una extraña sensación. Tan extraña como la que había sentido minutos antes, al entrar en la cocina. Su hija estaba sentada sobre el regazo de Mojo, aplastando bolas de masa de galleta en una bandeja metálica. Al pasar él lo había saludado con la mano, con los dedos sucios de chocolate, y había soltado una retahíla de palabras en una mezcla de inglés y español. El cocinero no había dejado de sonreír.

Era la misma estúpida expresión que Mojo mantenía desde que la niña había entrado en la cocina por primera vez. Sarita había entrado corriendo, y nadie había sido capaz de detenerla. Mojo, al verla, se había quedado helado. La niña se había detenido al verlo, pero en lugar de marcharse asustada lo había observado con abierta curiosidad. Y después había trepado hasta su regazo, en donde se había quedado. Desde ese momento se habían convertido en grandes amigos.

¿Por qué, entonces, se sentía incómodo? Debería de estar encantado. Había conseguido unir todas las piezas necesarias para

llevar la vida que siempre había deseado, y Shayne había sido quien había ordenado esas piezas. El resultado era un hogar más perfecto de lo que jamás hubiera soñado. ¿Qué diablos lo inquietaba entonces?

Chaz deambuló por el despacho y permaneció de pie mirando por la ventana. Sabía qué era lo que iba mal. Shayne y el maldito árbol de Navidad. Shayne y la odiosa infancia a la que apenas había sobrevivido. Shayne y su infinita búsqueda del amor. Chaz sospechaba que lo que más le dolía era el hecho de que él la hubiera decepcionado. Decepcionado, en primer lugar, por no haber sabido encontrarla durante nueve años. Y, en segundo lugar y más importante aún, decepcionado porque ya no la amaba de aquel modo desesperado que ella tanto anhelaba.

Y por eso iba a abandonarlo.

Por fin había creado un hogar para él, pero se marchaba. Solo se le ocurría una cosa para retenerla: demostrarle que había hecho todo cuanto estaba en su mano para encontrarla. Podía tratar de demostrarle, una vez, que la había amado.

La siguiente decisión apenas le costó trabajo. Abrió el cajón del escritorio, buscó la tarjeta de negocios que había guardado en él un mes antes y la miró. Nunca hubiera pensado que iba a utilizarla. Marcó el número de teléfono y al otro lado contestaron.

-Beaumont.

-Me dijiste que te llamara si necesitaba tu ayuda.

-¿Mclntyre? ¿Eres tú?

-El mismo, hermanito. He decidido aceptar tu oferta -añadió Chaz soltando el aire contenido al tiempo que se deshacía de su orgullo-. Necesito tu ayuda.

San Francisco estaba frío y gris. De pie, a las puertas del museo, Chaz maldecía a Rafe en silencio por haberlo obligado a encontrarse allí.

-Mclntyre, me alegro de ver que has podido venir.

Chaz se volvió y saludó a su cuñado estrechando su mano.

-Me parece recordar que no me diste ninguna otra alternativa.

-No, hay cosas que quiero contarte y que prefiero que no oiga Shayne.

-¿Y por eso me has hecho venir hasta San Francisco?

-Bueno -sonrió Rafe-, puede que tuviera otra razón. Ven conmigo. Ya que estamos aquí podemos echar un vistazo al museo.

Chaz luchó por controlarse. Rafe tenía una lamentable forma de encargarse de todo. Bueno, le dejaría hacerlo a su modo por esa vez. No quería mostrarse antipático, pero tampoco estaba dispuesto a

olvidar su viejo antagonismo. Tras deambular por las salas del museo durante quince minutos Rafe se detuvo junto a un enorme mosaico. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y le dio un paquete de cartas mirándolo a la cara y preguntando:

-¿Quieres decirme por qué quieres darle esto a Shayne? ¿Es que quieres que nos enfrentemos?

-¡Demonios, no! ¿Qué clase de hombre crees que soy?

-Mis disculpas, pero si lo que quieres no es separarnos a ella y a mí, entonces ¿por qué, después de todos estos años?

-Porque ella necesita saber que yo la busqué, que no conseguí dar con ella.

-¡Ah, comprendo! Eso quiere decir que te ha contado lo de su tía.

-Me lo ha contado -asintió Chaz.

-¿Y te ha contado también lo del accidente? ¿Te ha contado que iba de camino al Baile de Aniversario, a buscarte, cuando chocó?

-Sí, sé lo del accidente y lo de las cicatrices.

-¿Y te ha dicho también que compró una entrada para el siguiente Baile de Cenicienta, el que se celebró hace cuatro años?

Chaz ni siquiera trató de ocultar su asombro.

-¡Pero si yo fui a ese baile! ¡Ella no acudió!

-Eso fue porque yo le quité la entrada. Mi mujer y yo nos casamos esa noche.

-Así que volviste a arrebatármela.

-Hice mal, lo sé -se disculpó Rafe con ojos llenos de arrepentimiento-. Pero piénsalo así: si las cosas hubieran sido de otro modo ahora no tendrías a Sarita.

-Esa es la única razón por la que no te parto la cara ahora mismo.

-Entonces quizá no sea demasiado tarde para que trates de recuperar el amor que una vez compartiste con mi hermana.

-Es demasiado tarde -afirmó Chaz con frialdad-. Demasiado.

-¿Y estás seguro de que no es tu orgullo el que habla?

-¡Yo no tengo orgullo cuando se trata de Shayne! De otro modo no estaría aquí, manteniendo esta conversación. Ni le daría estas cartas.

-No, amigo mío -sacudió la cabeza Rafe-. Hay algo más, algo que no me has contado. ¿De qué se trata?

-Quieres tu parte, ¿no es eso? -inquirió Chaz entre dientes-. Bien, lo has adivinado. Necesito lo que tienes en la mano, Beaumont. Si no se lo doy Shayne me abandonará.

Rafe, para su sorpresa, se echó a reír. Aquello bastó. Fuera o no su cuñado iba a noquearlo. Pero antes de que pudiera apretar el puño Rafe inclinó la cabeza hacia el mosaico.

-Mira, le llevó ocho años terminar esto.

Chaz echó un vistazo al mosaico para observarlo después detalladamente, atónito. Era él. Dio un paso atrás para apreciarlo por entero y observó que estaba subiendo por un enrejado, mitad en la sombra mitad iluminado, tal y como había hecho nada más conocer a Shayne. Y tenía una mano tendida hacia una mujer. En el fondo un arco iris resaltaba en la oscuridad. Era la obra de arte más bonita que hubiera visto jamás, y llevaba por título «La llegada de un Amor Eterno». Aquel nombre lo impactó. El artista que lo había hecho era Shayne Beaumont.

Shayne Beaumont Mclntyre, su mujer.

-Sí, mi pobre hermana. Ni siquiera eres consciente de que aún la amas, ¿verdad? -preguntó Rafe tendiéndole las cartas-. Si le haces daño, Mclntyre, me las pagarás.

Chaz tomó el paquete sin decir palabra, sin notar apenas que Rafe se marchaba. «Ni siquiera eres consciente de que aún la amas, ¿verdad?», había preguntado. Chaz sacudió la cabeza. No. No era posible. El no había sentido amor desde... Cerró los ojos y tragó convulsivamente. No había sentido amor desde que la había abrazado por última vez. Abrió los ojos y se quedó mirando el mosaico desesperado. Había sido en sus brazos, también, donde había conocido el amor por primera vez. Solo que había tenido demasiado miedo como para admitirlo.

Chaz nunca supo cuánto tiempo estuvo en el museo. Un minuto, una hora. Lo que finalmente lo puso en movimiento fue un extraño sentimiento profundamente arraigado en su pecho. Un... renacer. Le había dicho a Shayne que su corazón había muerto tiempo atrás, pero no era cierto. Sus emociones habían estado dormidas, esperando el momento de volver a florecer. Ella había vuelto con la máscara, una sonrisa tierna y unos ojos aterciopelados y llenos de amor, de un amor tan generoso y tan absoluto que le saltaba las lágrimas.

Su mandíbula se tensó mientras se esforzaba por reconocer la verdad: la amaba. La amaba desde el primer instante en que había posado los ojos sobre ella, nueve años antes, y había seguido amándola hasta ese mismo segundo. Y seguiría haciéndolo durante el resto de su vida. Solo una cosa le había impedido admitirlo.

El miedo. El miedo a perderla de nuevo en el futuro. El miedo a no poder soportarlo si le ocurría algo. Pero sobre todo el miedo a que ella no lo amara tal y como la amaba él. Y bien, delante de los ojos tenía una prueba de su amor: una obra que le había llevado ocho años.

Chaz se guardó en el bolsillo el paquete que le había dado Rafe. ¿Qué diablos estaba haciendo ahí de pie? Al día siguiente sería Navidad, y él tenía una hija, una abuela y un hogar al que volver.

Pero lo más importante de todo: tenía una esposa que lo amaba. Una esposa a la que él amaba con todo su nuevo y recién descubierto corazón.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Shayne.

-Lo que hace siempre el día antes de Navidad, se encierra en su despacho con una botella y un montón de papeles -respondió Jumbo.

-¿Pero por qué?

-No sabría decirte. ¿Por qué no vienes conmigo a la cocina? Estoy seguro de que Mojo encontrará algo con qué entretenerte.

-No, gracias, Jumbo. No me apetece quemar nada en este momento.

Jumbo le dio una palmada en la espalda y se marchó. Shayne buscó algo que hacer y fingió sacarle brillo a las piezas de cerámica nuevas del suelo. Era solo una excusa para permanecer cerca de la puerta del despacho de Chaz. Tras diez minutos de limpieza miró a su alrededor y se aseguró de que no hubiera nadie en el pasillo. Entonces se puso de puntillas y presionó el oído contra la puerta. No podía oír nada. Si Chaz estaba bebiendo desde luego lo hacía en silencio.

-¿Puedo ayudarte en algo, señorita?

-Oh, no, estaba... estaba.. -Shayne se ruborizó-.

Solo estaba...

-¿Sacándole brillo a la puerta con la oreja? -Algo así -suspiró.

-Bueno, pues sigue. Pero deberías de saber que no saldrá de ahí hasta mañana por la mañana. Nunca sale antes.

-¡Ah!

Shayne miró la puerta una vez más y se retiró al dormitorio. Tenía aún unos pocos regalos que envolver. Ese año las navidades no serían muy normales, pero no permitiría que eso le afectara a Sarita. Esperaba que le gustara su regalo. Y luego estaba el que tenía para Chaz. Shayne se sorbió la nariz tratando de no llorar. Decoró la caja con un lazo multicolor y la dejó a un lado. Se hizo un ovillo en la cama y se echó a llorar. Era una estúpida, y lo sabía. Pero aquel día le pondría punto final. Aquella era su última oportunidad para ganarse el amor de Chaz. En cuanto él abriera su regalo sus sueños terminarían.

-¡Hablad en voz baja los tres, maldita sea!

-Pues mete tú un árbol así de grande por la puerta, ¡y verás! -se quejó Penny.

-Como despiertes a mi hija o a mi mujer te la cargas conmigo.

-¿Dónde quieres ponerlo, jefe? -preguntó Mojo. -Junto a la ventana. ¿Listo? -Jumbo lo tenía agarrado con las manos y las piernas, pero no acertaba a ponerlo de pie en su sitio-. Como no lo pongáis

bien os voy a colgar los adornos de la oreja.

-Ya está otra vez con lo de las orejas. Tú no estás sobrio, jefe. ¿Qué ha sido de tu cita con Jack Daniels? -Creo que hemos tomado caminos diferentes. -Sabía que el matrimonio acabaría contigo -comentó Penny-. ¿Te ayudamos a poner los adornos? -No, eso es asunto mío. En realidad será un placer.

Shayne se despertó a la mañana siguiente sabiendo, aún sin mirar, que no encontraría a su marido a su lado en la cama. Abandonó la cama en silencio y se puso la bata. Necesitaba hablar con él antes de que se despertara nadie de la casa. Aquella era la mañana del día de Navidad, y tenía que hacerle comprender la importancia que aquella fecha tenía para una niña, algo en lo que, evidentemente, había fallado hasta ese momento.

Salió del dormitorio y se dirigió al despacho de Chaz. La puerta estaba entornada. Asomó la cabeza. Su marido estaba tirado en el suelo, profundamente dormido. Al oírla abrió un ojo y musitó algo, unas palabras que ella fingió no oír.

-Oh, Chaz, ¿qué estás haciendo? -Buenos días, cariño. Feliz Navidad.

Shayne parpadeó. No estaba segura de haberlo oído bien.

-¿Sabes qué día es hoy?

-Por supuesto que lo sé -respondió Chaz con los ojos inyectados en sangre pero alerta, y con una sonrisa más devastadora que nunca-. ¿Y tú?

-Claro, sí, pero... -Shayne entró en el despacho y entonces lo vio. Un enorme árbol llenaba por completo el rincón de la habitación. Se quedó mirándolo incrédula y dijo-: Eso... parece un árbol de Navidad.

Chaz, tendido en el suelo, dobló los brazos y los puso bajo la cabeza.

-No, no puede ser. Yo no celebro la Navidad, ¿recuerdas?

Shayne dio un paso más y tocó con un dedo una de las ramas.

-Pues al tacto es igual que un árbol de Navidad.

-Bueno, quizá lo sea. ¿No es extraño?

Shayne soltó la rama y ésta se balanceó suavemente. Un excitante coro de cascabeles resonó alegre en el aire. Eran los cascabeles de la máscara. Las .lágrimas resbalaron por las mejillas de Shayne. Chaz los había colgado uno por uno del árbol.

-Si hasta... -Shayne tragó, y lo intentó de nuevo-... hasta suena igual que un árbol de Navidad.

-Bueno, demonios, entonces es que lo es. No sé cómo ha llegado

hasta aquí. Supongo que tendré que sacarlo antes de que nadie lo vea.

-Si... lo has decorado -lloró ella.

Además de los cascabeles Chaz había atado lazos verdes y rojos a las ramas. El hecho de que estuvieran torcidos y mal hechos lo hacía aún más encantador.

-Cariño -la llamó Chaz sentándose-, no estarás llorando, ¿verdad?

-No -lloró ella-, no estoy llorando.

Chaz se puso en pie de inmediato. En dos zancadas estuvo a su lado y la atrajo a sus brazos.

-Por favor, no llores, mi amor. He hecho esto para hacerte feliz, no para disgustarte.

-No estoy disgustada.

-Pues desde luego lo parece -respondió Chaz inclinándose de modo que ambos quedaran a la misma altura.

-¿Pero es que no comprendes nada? -preguntó ella envolviéndolo con los brazos por la cintura y presionando los labios contra su pecho-. Esta es la cara que pongo cuando soy feliz.

Chaz sonrió al escuchar aquello, y la tensión se desvaneció lentamente.

-Entonces es que tienes miedo -Chaz la besó. La besó con una pasión que ella no pudo malinterpretar, con una pasión que hablaba de amor y de eternidad y de permanencia y de compromiso. Aquellas eran palabras prohibidas, pero de pronto se hacían necesarias-. Feliz Navidad, esposa mía.

Shayne tardó unos minutos en recuperarse.

-No entiendo nada. Has puesto un árbol y lo has decorado.

-Exacto.

-Debes de haber estado trabajando toda la noche.

-Más o menos.

-Pero... ¿por qué?

-Porque estaba equivocado. Completamente equivocado. Santa y tú os merecéis una Navidad perfecta.

-Si hasta tienes regalos.

Shayne creía estar soñando, tenía que estar soñando. Pero todo parecía real, hermoso e increíblemente real.

-No son gran cosa -respondió Chaz con un brillo en los ojos que alertó instantáneamente a Shayne.

-¿Qué es?

-Cariño, si te lo digo ya no será una sorpresa.

Antes de que Shayne pudiera hacer más preguntas ambos escucharon pisadas en el corredor. Segundos más tarde Sarita entró en la habitación. Contempló el árbol y los regalos y gritó entusiasmada

lanzándose en brazos de su padre. Chaz cerró los ojos y la estrechó con fuerza. Resultaba casi doloroso ver la expresión de su rostro. Entonces la balanceó por los aires y rió.

-Feliz Navidad, princesa.

Mojo y Jumbo aparecieron en el umbral de la puerta, y Penny y doña Isabella los siguieron de cerca.

-¡Vaya, no está mal, jefe!

Las horas que siguieron fueron las más felices que Shayne recordaba desde hacía tiempo. Después de cambiarse y de desayunar todos se reunieron en el despacho de Chaz para abrir los regalos. Fue ese el día en que Sarita fundó una relación profunda con sus nuevos padres, corriendo del uno al otro para abrazarlos y besarlos con tal generosidad que Shayne se hubiera vuelto loca por aquella niña si no lo hubiera estado ya. La expresión de Chaz estaba tan llena de júbilo que las lágrimas resbalaron por sus mejillas en más de una ocasión.

Doña Isabella y los empleados de Chaz también recibieron unos cuantos besos de la niña. Santa exclamaba y se admiraba de todos los regalos por ridículos que fueran, desde el cuchillo de Mojo hasta la pizarra de Jumbo. Chaz prodigó, junto con los regalos, buen humor.

Solo para doña Isabella tuvo un regalo más serio: un camisón y unas zapatillas. Sarita echó un vistazo a la casita de muñecas nueva que le había traído su padre de San Francisco y desapareció para jugar. Al cabo de un buen rato Chaz llevó a Shayne a un rincón y le dio una pequeña caja.

-Preferiría darte esto en privado.

Shayne miró a su alrededor. Todos estaban ocupados, y nadie iba a echarla de menos durante un rato si se escapaba con Chaz. Tomó su mano y lo llevó al dormitorio.

-¿Te parece lo suficientemente privado?

-Perfecto -respondió él con una sonrisa tierna y tan apasionada como el beso.

-Entonces, ¿quién abre el regalo primero?

-Abre tú el mío.

Shayne pudo apreciar la sombra de incertidumbre en los ojos azules de Chaz. No sabía cómo iba a reaccionar ella ante su regalo. Miró la caja durante unos instantes y la desenvolvió. Después abrió la tapa y encontró un paquete de cartas.

Frunció el ceño y sacó una. Su nombre estaba en el sobre, que había sido enviado a la casa de los Montagues. Y entonces vio la fecha. Era de la víspera del día de Navidad de hacía nueve años. Le dio la vuelta lentamente al sobre. Había sido enviada.

-Ábrela -dijo él.

Shayne la abrió y la leyó sin decir una palabra. Y después leyó la siguiente, fechada en el mismo día, un año más tarde. Y luego otra, y otra y otra, hasta que leyó todo el testimonio de su amor eterno durante una década. La última no había sido enviada.

-Esta la... la escribiste anoche, ¿verdad? -preguntó Shayne-. Cuando te encerraste en el despacho con Jack Daniels.

-No me encerré con Jack Daniels, solo con un puñado de papel y una pluma. Me cuesta mucho trabajo escribir, por lo general tardo toda la noche. Pero por alguna extraña razón ésta apenas me costó. Por eso he podido hacer otras tareas.

Se refería al árbol. Shayne abrió la última carta y sacó la única hoja de que constaba con manos temblorosas. Tenía fecha del día anterior.

A mi recién encontrada esposa:

Solo me queda una cosa que decirte, una cosa en la que me he mostrado negligente, una cosa que te habría dicho si no hubiera tenido tanto miedo:

Te quiero.

Mi esposa, mi único y verdadero amor. Mi Amor Eterno.

Cuando Shayne terminó de leerlo estaba tan embargada por la emoción que no pudo pronunciar palabra.

-Hay otra cosa más -dijo él-. Está al fondo de la caja.

Shayne apenas podía ver con las lágrimas. Quitó el papel que recubría el interior de la caja y vio dos anillos de oro brillantes junto a dos entradas para el siguiente Baile de Aniversario.

-¡Oh, Chaz! -susurró.

-Ya sé que aún faltan diez meses, pero pensé que quizá pudiéramos citarnos.

-No comprendo -lo miró Shayne perpleja-. Estabas tan seguro de que nunca más volverías a amar a nadie...

-Estaba equivocado. Te amo desde el primer instante en que te vi. Siempre te he amado. Solo el miedo me impedía verlo. Nunca creí que fuera un cobarde, pero era más fácil negar lo que sentía por ti que reconocer la verdad, más seguro que admitir que sin ti mi vida estaba incompleta. Y además estaba furioso, Shayne. Furioso hasta la médula. Con tu hermano, por separarnos, y contigo por no venir a mí. Y sobre todo conmigo mismo, por no haberte encontrado.

-Yo sé mucho sobre el miedo y la rabia, ¿recuerdas? -dijo Shayne con una mirada cómplice.

Entonces Chaz se encontró con su mirada y la sostuvo con seriedad y sinceridad.

-Te quiero, Shayne. Siempre te quise y siempre te querré. Siento mucho haber tardado tanto en recuperar el sentido común.

Shayne corrió a sus brazos y lo besó con un beso de amor y de perdón. Un beso que era una promesa. Un beso de pasión. Cuando se separaron ella le tendió su regalo.

-No sé cómo te tomarás esto -confesó Shayne. -Seguro que me encantará, sea lo que sea.

Chaz rasgó el papel y le quitó la tapa a la caja. Y entonces sencillamente se sentó, sin decir palabra. Shayne lo miró con aprensión.

_¿Vas a decir algo?

Chaz sacó el sonajero de la caja y preguntó: -¿Estás embarazada? ¿Seguro? -Seguro -asintió Shayne.

Chaz tendió a Shayne sobre la cama sin decir una palabra y le subió el suéter para acariciar su vientre con suavidad.

-Es... -parpadeó-... es el mejor regalo que podrías haberme hecho.

-¿Estás seguro?

-Sí, desde luego, amor mío -sonrió con júbilo-. Estoy muy seguro -luego frunció el ceño-. Solo hay un problema.

-¿Cuál? -preguntó ella nerviosa.

-¿No pensarás que...? -Chaz se interrumpió y sacudió la cabeza-. Nada, es demasiado ridículo.

-¿El qué?

-Es solo una tontería. -¡Chaz!

-¿Crees que Mojo tiene ojo de verdad?

-Te diré cómo vamos a hacer para saber si tiene ojo de verdad o no -se echó a reír Shayne.

-¿Sí? ¿Cómo vamos a hacer?

Shayne se sentó y lo abrazó por el cuello. -Dejaremos que adivine si estoy embarazada del siguiente niño antes de que lo confirme la Madre Naturaleza.

-¿El siguiente? ¿Te refieres al que va después de éste?

-Bueno, normalmente eso es lo que significa «el siguiente».

Chaz rió a carcajadas, feliz. -Muy bien, eso haremos.

EPÍLOGO

SHAYNE se acurrucó en el sillón de piel del despacho de su marido y miró a Chaz. Estaba tumbado frente al árbol de Navidad, arrollado entre risitas sofocadas y trenzas. Ni siquiera Sarita, de ocho años, era capaz de vencer a su papá. Y era una hermana mayor encantadora para Caitlin y los bebés, dos gemelas que Mojo había «visto» mucho antes que -los médicos. A pesar del terror inicial de Chaz al conocer la noticia Shayne había conseguido llenar la casa de niñas.

Los cinco últimos años habían sido los mejores en la vida de Shayne. Habían sido años de amor, de risas, y de felicidad incomparables. Años de felicidad con Chaz y las niñas, con Isabella, Mojo, Jumbo y Penny. La más pequeña de las gemelas daba sus primeros pasos hacia ella, buscando el regazo de su madre, en donde Shayne se sintió feliz de acomodarla.

Shayne mordió la punta de la pluma y volvió a concentrarse en su mensaje navideño anual. La mañana del día de Navidad Chaz encontraría un sobre oculto en el árbol. Era una tradición familiar que habían comenzado con su primer aniversario. Y Shayne estaba segura de que continuarían con esa tradición durante el resto de sus vidas. Abrazó a su hija, posó la mejilla sobre sus rizos y se lanzó a escribir:

A mi Amor Eterno…

Day Leclaire - Serie Bodas de cuentos de hadas 4 - Una esposa recuperada